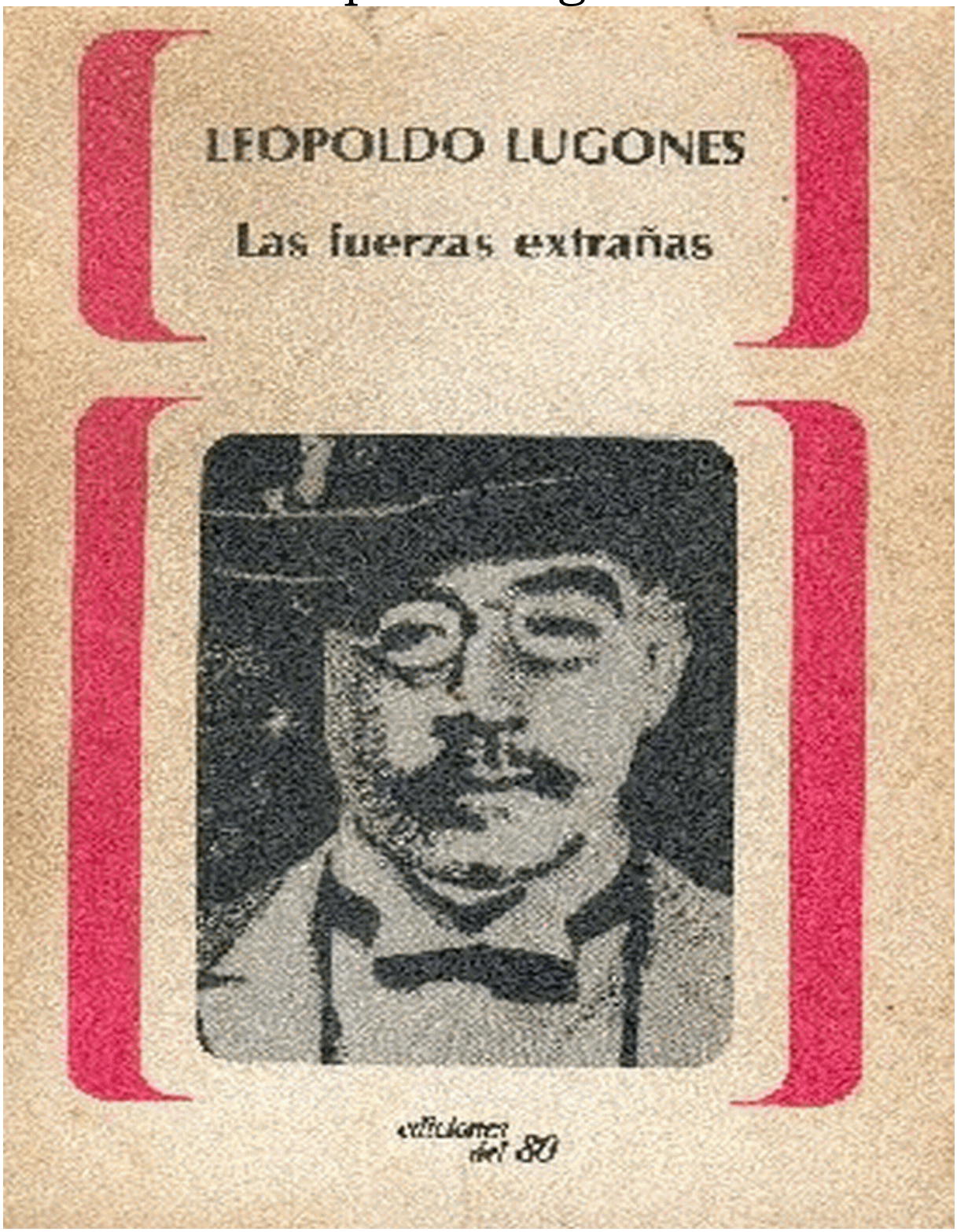
Las fuerzas extrañas
Leopoldo Lugones



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

ESTUDIO PRELIMIAR
COMPOSICION Y TEMAS DE LAS FUERZAS EXTRAÑAS

EL MODERNISMO literario hispanoamericano significó una renovación capital para el verso y la prosa. El aporte básico -las innovaciones en el instrumento expresivo- abrió nuevos cauces y posibilidades para la narrativa. En este género representó, además, la incorporación de nueva temática, el enriquecimiento de las técnicas y procedimientos, la flexibilización de las formas del relato y el predominio de personajes de cierta índole en ellos.

En la narrativa argentina, los narradores más destacables del movimiento son Enrique Larreta, autor de la mayor novela histórica modernista, *La gloria de Don Ramiro* (1907); Leopoldo Lugones, el más logrado cuentista; Atilio Chiappori, quien produjo un novelín, *La eterna angustia* (1908), y un par de volúmenes de cuentos: *Borderland* (1907), *su* mejor obra, *y La isla de las rosas rojas* (1925); y Angel de Estrada, novelista en *Redención* (1906), *La ilusión* (1910) y otras, y autor de relatos breves en *Cuentos* (1896) y en las fantasías orientales contenidas en *La voz del Nilo* (1903).

Lugones escribió cuentos casi desde su arribo a Buenos Aires, en 1896, hasta el año de su muerte; es decir, a lo largo de cuarenta y dos años. Sólo parte de lo producido lo colectó en volúmenes. El primero, *La guerra gaucha* (1905) y luego *Las fuerzas extrañas* (1906).[1] En el *Lunario sentimental* (1909) incluyó cuatro: "Inefable ausencia", "Abuela Julieta", "La novia imposible" y "Francesca", alternando con las poesías y algunos *esquema* dramáticos: En 1916, en un folleto que tituló *Cuentos*, recogió "Los pastorcitos", "¿Una mariposa?", "Un buen queso", "Piuma al vento", "La tortilla de Juanito", "Las manzanas verdes" y "Flores de durazno". En un mismo año, 1924, publicó una compilación de cinco relatos, *Cuentos fatales*, y un volumen misceláneo, *Filosoficula,* donde se concitan páginas reflexivas, apólogos, parábolas, cuentos breves y algunos poemas. Dos años después editó la única novela que compusiera: *El ángel de la sombra*.[2]

El virtuosismo de Lugones como narrador le permitió una empresa insólita: la producción en un mismo período breve de piezas de las más diversas temáticas y de muy diferenciados registros expresivos. Así, por dar un ejemplo, entre 1897 y 1899 compone simultánea o coetáneamente cuentos que se incorporaron a *La guerra gaucha* ("Estreno"), a *Las fuerzas extrañas* ("El milagro de San Wilfrido", "La metamúsica", "Un fenómeno inexplicable" y "El escuerzo"), al *Lunario* ("Abuela Julieta" y "La novia imposible") o a la compilación de 1916 ("Los pastorcitos" y "¿Una mariposa?"). No podemos hablar, pues, de sucesión de preferencias, temas, intereses o modalidades estilísticas, sino de coexistencia de todas esas posibilidades simultáneamente en su potencia creadora.

Las fuerzas extrañas consta de dos partes: la primera, constituida por doce cuentos, y la segunda, por un "Ensayo de cosmogonía en diez lecciones". Las ficciones fueron compuestas entre 1897 -"El milagro de San Wilfrido", de ese año, es la más antigua- y el año de publicación del volumen, "La fuerza Omega" es de 1906.[3]

El título hace referencia a un campo semántico vasto y complejo. Lo de *fuerzas* alude a virtudes, eficacias o potencias que los seres o los objetos reservan en sí y que actualizan o

---

[1] *Las fuerzas extrañas*. Buenos Aires, Arnoldo Moen y Hermano, editores, 1906. Segunda edición: Buenos Aires, M. Gleizer, editor, 1926. Tercera edición: Buenos Aires, Ediciones Centurión, 1948; Colección Ulises, 12; con un-prefacio "En torno a Leopoldo Lugones" por Leopoldo Lugones (h), pp. 5-11. Cuarta edición: Buenos Aires, Editorial Huemul, 1966; "Estudio preliminar" y notas de Leopoldo Lugones (h), pp. 5-21.

Las citas que hagamos en este estudio serán por la edición de 1926.

[2] En vida de Lugones se publicó una sola antología de sus cuentos: *Los caballos de Abdera*. Cuentos escogidos. México, Lectura Selecta MCMXIX, 70 pp. Contiene: "Los caballos de Abdera", "La lluvia de fuego" y "La estatua de sal" (de *Las fuerzas extráñas*) y "Francesca" y "Dos ilustres lunáticos"-diálogo o esquema dramático, más que cuento- (de *Lunario sentimental*).

[3] En las notas a los cuentos indicamos lugar y fecha en que éstos fueron publicados por vez primera. El autor revisó y corrigió los textos al recogerlos en el libro de 1906; para la segunda edición introdujo variantes leves. En el estudio, hemos señalado las variantes más significativas entre las versiones hemerográficas y el texto de 1926.

liberan en determinados momentos. El adjetivo extrañas se orienta hacia el ámbito de lo infrecuente, insólito, inexplicable, desconocido, raro, inverosímil, sorprendente, anormal o excepcional. En todas las piezas del libro están presentes, manifiestas por su poder de acción y sus efectos, potencias provocadoras de alteraciones o cambios, que se revelan para sorpresa, admiración, maravilla u horror de los testigos o protagonistas.

Podrían tentarse varias formas de clasificación de la docena de piezas narrativas. Por ejemplo, según la índole de las fuerzas actuantes en cada una de las ficciones tendríamos: 1) Fuerzas de naturaleza física: "La fuerza Omega", "La metamúsica", "Viola acherontia" y "El psychon"; 2) Fuerzas de naturaleza humano-psicológica: "Yzur", "Un fenómeno inexplicable", "El origen del diluvio"; 3) Fuerzas de naturaleza divina: "El milagro de San Wilfrido", "Los caballos de Abdera", "La lluvia de fuego" y "La estatua de sal"; y 4) Fuerzas de naturaleza maléfica o diabólica: "El escuerzo".

También podríamos clasificarlos por temas: 1) Cuentos de ficción científica o de ciencia ficción: "La fuerza Omega", "La metamúsica", "Viola acherontia", "Yzur" y "El psychon". 2) Cuentos metapsíquicos, parapsicológicos o paranormales: "Un fenómeno inexplicable" y "El origen del diluvio", y 3) Cuentos legendarios: "El milagro de San Wilfrido" (leyenda cristiana), "La estatua de sal" y "La lluvia de fuego" (leyendas bíblicas), "Los caballos de Abdera" (leyenda mítica griega) y "El escuerzo" (leyenda folklórica).

Si aplicáramos el criterio diferenciador de Todorov estableceríamos *que son: extraños,* o sea con explicación racional o natural de los hechos, todos los de ficción científica; *maravillosos,* es decir con explicación sobrenatural, "La lluvia de fuego", "La estatua de sal", "El milagro de San Wilfrido" y "Los caballos de Abdera"; y *fantásticos, si* no se atina a dar explicación valedera, natural o sobrenatural, "El escuerzo", "Un fenómeno inexplicable" y "El origen del diluvio".[4]

Si aceptamos la tripartición de Todorov, se vería como abusiva la designación de "cuentos fantásticos" para todas las ficciones del volumen como, en general, los ha designado la crítica. Lo fantástico supone una vacilación en el lector -proyectada a veces del personaje al lector- frente a un suceso, que no se atina a explicar cabalmente. Esa experiencia dubitativa lo deja en la perplejidad, en la ambigua incertidumbre acerca de su significación. Lo fantástico se presenta como una experiencia de límites, una quiebra de la coherencia universal, una fractura que se puede volcar como agresión sobre el mismo lector. Pero ninguna división puede constituirse en canónica; por ejemplo, en "La lluvia de fuego" el protagonista ignora el sentido de castigo divino que el fenómeno implica y lo contempla con perplejidad, buscando primero una razón científica, sin hallarla. El lector, por el asunto y el epígrafe, sabe que se trata de una causa sobrenatural: Dios condena al exterminio a una ciudad por sus pecados. Para el personaje la situación sería fantástica; para el lector es maravillosa. Así, podrían objetarse algunas inclusiones de las propuestas; pero, como se sabe, las clasificaciones son solamente intentos de ordenamiento de la realidad fluida y siempre individual de las obras. Su valor es orientador o didáctico.

En todos los casos las situaciones de los cuentos no se dan a partir de la violación de un límite, de la alteración de un. orden, de la ruptura de un equilibrio o estado de cosas. Esto se constituye en una falta, un pecado, una amartía o una jibris, según los niveles y circunstancias; y esa trasgresión debe ser castigada o puesta en evidencia. Los castigos son la locura, la muerte, la ceguera, la vivencia de estados agónicos. Las dos sanciones más leves son las de "El origen del diluvio" e "Yzur".

Las *fuerzas extrañas* laten en nosotros ("Un fenómeno inexplicab1e", "El psychon"), sobre nosotros ("La lluvia de fuego", "El milagro de San Wilfrido", "La estatua de sal"), por debajo de nosotros ("El escuerzo") y en torno de nosotros, en los distintos reinos de la naturaleza "La fuerza Omega" y "La metamúsica", en el terreno de la física; en el reino

[4] Podría ensayarse la clasificación a partir de las observaciones que Ana María Barrenecea hace a propósito del criterio de Todorov. Véase de la autora citada:

"Ensayo de una tipología de la literatura fantástica", en *Textos hispanoamericanos*. De Sarmiento a Sarduy. Buenos Aires, Monte Avila editores, 1978, pp. 87103.

vegetal, “Viola acherontia”; en el animal, “Los caballos de Abdera”, “Yzur”, “El escuerzo”; en el espiritual o astral, “El origen del diluvio”. Los cuentos relacionan distintos planos entre sí: materia y espíritu (“El psychon” y “Un fenómeno inexplicable”); lo animal y lo humano; lo humano y lo vegetal, el sonido y la fuerza, el color y el sonido, lo humano y lo divino; lo humano y lo diabólico, lo científico y lo ocultista; mundo y trasmundo, la vida y la muerte, los estadios del tiempo,-el pretérito y el presente- “Yzur” y “La estatua de sal” p.ej. En fin, esto afirma la interrelación de las realidades del universo de la más diversa índole. Esta concepción del mundo tiene su base en la teosofía, que Lugones estudió, practicó y a la que adhirió durante muchos años.

La nota básica común más general, tanto a las ficciones como al *Ensayo* es la articulación. de las concepciones científicas y las teosóficas, en armónico maridaje. Para Lugones teósofo todas son ciencias, las ocultas y las exactas, químicas y físicas, sin contradicciones entre si.

Todas las fuerzas psíquicas y físicas se asocian. Incluso, tal vez no sea desacertado postular que la distribución barajada de las ficciones en el cuerpo del libro, sin disponerlas por temas, asuntos u otro criterio de distinción; responda a esa visión de entrecruzamiento de las fuerza diversas en la realidad, que ejemplificarían.[5]

No obstante, cabe aclararlo: si bien la obra está construida en dos alas articuladas, una de naturaleza narrativa y otra disquisitiva, asociadas por múltiples elementos, cada cuento es autónomo, se vale por sí mismo y no en función de los otros o del *Ensayo* que le da respaldo teórico. Las ficciones son válidas estéticamente en sus propios límites tienen esfericidad.[6]

Se observa una situación narrativa dominante en las piezas del libro que condiciona el punto de vista desde el que se presentan los hechos En las ficciones científicas, excepto en “Yzur”, cuyo protagonista y narrador en primera persona es el mismo investigador, se repite igual disposición: un sabio, investigador o adepto hace confidente a quien será el narrador de un secreto o de los insólitos resultados a los que arribó en su búsqueda. La confidencia adquiere, las mas de las veces, categoría de verdadera *revelación*, que convierte al receptor o confidente. en un depositario iniciático de los poderes de ciertas fuerzan ocultas, de secretas relaciones entre los reinos de la naturaleza o de analogías insospechadas. La revelación va acompañada de largas y prolijas explicaciones que fundamentan los hallazgos y la proyección de los resultados. Así se condiciona el punto de vista narrativo: el confidente se convierte en un narrador testigo, personaje secundario dentro de la ficción, que puede ser pasivo, auditor tan sólo, o con algún grado de participación en los hechos, asistiendo a las experiencias demostrativas (“La fuerza Omega”, “La metamúsica”), sacando conclusiones y anticipando resultados (“Viola acherontia”) o sufriendo los efectos de la fuerza extraña (“El psychon”). En las dos ficciones metapsíquicas el narrador testigo tiene mayor ingerencia. En “Un fenómeno inexplicable”, al trazar con su mano el dibujo del perfil de la sombra logra la prueba cabal de la existencia del *doble;* y en “El origen del diluvio”, al accionar la llave de la luz interrumpe la producción de los fenómenos regresivos. Cabe decir que en la mitad de las piezas se mantiene, con variantes, la situación básica y el mismo punto de vista. Consideraremos primero los cuentos cientificistas, luego los metapsíquicos y por último los legendarios, para adoptar un orden en la consideración.

Las fuerzas extrañas ha sido frecuentemente mal caracterizado por reducción de las doce ficciones a las cinco de apoyatura científica. Si bien es cierto que el aporte de Lugones en esta especie narrativa es un hito en la literatura hispanoamericana -y aun una antología de

[5] La adhesión de Lugones a la teosofía y sus lecturas de autores de la corriente y su influencia en la obra del argentino, en especial las de Helena Petrovna Fadéef de Blavatsky, *Isis sin velo*, y *La Doctrina Secreta* la desarrollamos en nuestro estudio *Lugones, la teosofía y "Philadelphia "*; obviamos, pues, extendernos aquí sobre este punto fundamental, que requiere señalamientos y matizaciones que eviten planteos simplistas.

[6] En la "Advertencia" de 1926 llama a los cuentos *capítulos* (“varios de sus capítulos corresponden a una época...”). De igual manera llamará en un par de ocasiones a las lecciones del *Ensayo.*

la fantasía científica en lengua española no podría ignorarlo- no se agota en ello la materia de los cuentos.[7]

De las tres tendencias riesgosas que en el cuento modernista, en especial, conspiran contra lo estrictamente narrativo, el lirismo, el "descripcionismo" y la derivación ensayística, es la tercera la que más afecta a Lugones, en las disertaciones de carácter científico hacia la que tiende su proclividad, dado su interés por las ciencias, manifiesto desde la niñez.[8]

El amplio espectro de los intereses intelectuales de Lugones, alimentados por sostenida y omnívora lectura, respalda sin esfuerzo de información inmediata sus relatos de muy diversa naturaleza, ámbito y tema. En sus ficciones cientificistas aprovecha teorías y hechos comprobados para elaborar nuevas proyecciones, sacar consecuencias insospechadas en su aplicación o introducir variantes atractivas.[9]

En "La fuerza Omega" al hablar desde el comienzo del relato de la confidencia del "descubridor de la espantosa fuerza" usa un recurso de captación del lector, pues le abre la expectativa prometiendo satisfacerla. El protagonista realiza investigaciones que mantiene ocultas; no es un científico oficial -"no procedía de ninguna academia"- sino que trabaja al margen de las instituciones conocidas. Hay su razón para ello: cultiva el ocultismo y esto lo enfrentaría con la opinión pública. Precisamente, este conocimiento de las ciencias esotéricas es el punto de contacto con el narrador testigo, a quien halla merecedor de "escuchar la revelación" del descubrimiento.

El tema del cuento es la potencia mecánica del sonido. El sabio ha logrado un aparato para proyectarla y comprobar su efecto. Es significativo que haya denominado "Omega" a la fuerza descubierta, pues si en el *Ensayo* dice que la potencia mecánica del sonido es "la *última* de la síntesis vibratoria", cabe recordar el sentido simbólico de las letras del alfabeto y sus correspondencias cósmicas con otras realidades de diferente orden que el mero lingüístico, según una antiquísima corriente cabalística secreta, conocida y aludida por Lugones en varios sitios de sus obras. El orden va de alfa a omega, correlativos del día y la noche, comienzo y fin, vida y muerte. "Omega" es símbolo de lo final, de la destrucción. Esto se comprende por la capacidad desintegradora de la fuerza sí toca el centro de equilibrio atómico del objeto o ser. El poder aniquilador del aparato construido contrasta con su apariencia inofensiva {"Confieso que el aparato nos defraudó... al oír hablar de fuerzas enormes habíamos presentido máquinas grandiosas"). Esto es advertencia sobreentendida, de alcance general, de no juzgar el poder de las fuerzas por la apariencia de su trasmisor.

La parte del león del cuento se la lleva la amplia disquisición con la que el sabio fundamenta su hallazgo, abundante en mención de autoridades. El lenguaje científico, la precisión técnica, el nivel de lengua y las formas de insistencia, buscan producir la verosimilitud y hacen virar el relato hacia el ensayo y el informe, con lo que el lector pierde conciencia, por momentos, de que se halla en el curso de una obra ficcional.

Hay tres aspectos que nos desplazan de lo académicamente científico y establecen relación entre este ámbito y el mundo del ocultismo y los poderes secretos: primero, la mencionada adhesión del sabio a las disciplinas esotéricas; segundo, el hecho de que sólo el inventor del aparato a quien puede acertar con el punto de fusión molecular de los objetos para desintegrarlos: "Es que aquí está el misterio de mi fuerza. Nadie sino yo puede usarla. Y yo mismo no sé cómo sucede (...) Sin verlo, sin percibirlo en ninguna forma material, yo sé dónde está el centro del cuerpo que deseo desintegrar"; y esta capacidad peculiar es de índole

---

[7] El género de ficción científica ya había sido ensayado en la Argentina por autores de generaciones anteriores a la modernista: Carlos Monsalve, Eduardo L. Holinberf, Juan Carlos Goyre, y otros.

[8] La lectura de *Las metamorfosis de los insectos* de Maeterlinck fue una revelación para Lugones niño (véase Historia de Sarmiento. Buenos Aires, Otero y Cía. impresores, MCMXI, cap. VI, p. 164). En sus años de juventud cordobesa, alternó con los sabios de la Universidad que había traído Sarmiento: los hermanos Doering, uno físico y otro doctor en ciencias naturales; Harperath, astrónomo y cosmógrafo; Bodembender y Kurtz, químicos y botánicos. Estos lo ilustraban con sus conocimientos aplicados a las realidades de su mediterránea provincia natal, según testimonios del propio Leopoldo y de su hermano Santiago. Véase Capdevila, Arturo, *Lugones*. Buenos Aires, Aguilar, 1973, pp.,90-91.

[9] En la "Advertencia" dice: "Algunas de las ocurrencias de este libro (...) son corrientes ahora en el campo de la ciencia", es decir, veinte años después o mas. La observación afectaría a "La fuerza Omega" y a "La metamúsica", particularmente.

parapsicológica. Y lo tercero es el amplio parágrafo que destina, al comenzar su exposición, a señalar la presencia a nuestro alrededor de *fuerzas extrañas* ("fuerza tremenda", "fuerzas interetéreas", "fuerzo originales") en directa relación con la teoría ocultista; y en su propuesta, "hay que poner el organismo en condiciones especiales, activar la mente, acostumbrarla a la comunicación directa con dichas fuerzas". Lugones abre su libro con el relato en que se contiene esta apelación general, como una suerte de introducción incluida al mundo de las potencias desconocidas; una demorada exaltación de las fuerzas extrañas operantes y de la. necesidad de que el hombre las alcance: "El conocimiento humano debería tender a la abolición de todo intermediario entre la mente y las fuerzas originales".

La experiencia con el vaso de agua preludia el efecto de la fuerza en la cabeza del sabio por desintegración del cerebro, el órgano mediante el cual el investigador llegara al conocimiento y dominio de la fuerza. El final del cuento podría interpretarse de dos formas: la potencia se volvió, como castigo, contra quien pretendió manejarla y aniquiló la sede de su inteligencia;. o bien, el inventor se autodestruyó al tomar conciencia del peligro que su descubrimiento implicaba ("Como arma sería espantoso") en otras manos, ya que él se había abstenido, por su concepción ocultista, de probar en animales la eficacia de la fuerza Omega.

El título mismo, "La metamúsica" ,supone un ir "más allá", por tanto, una trasgresión, merecedora de castigo. El protagonista e inventor, Juan, confía al narrador su empresa porque ambos tienen una afinidad; en este caso, el gusto por la poesía. Como en "La fuerza Omega", abundan largas disertaciones científicas, referidas ahora a las relaciones, entre sonido y luz, que alternan con recitados líricos. La relación poesía y ciencia sirve para un primero y fundamental distingo: no se basan las investigaciones de Juan en la famosa audición coloreada de los poetas simbolistas, y de sus continuadores modernistas, a quienes estima enfermizos y decadentes; no se ocupa de ocasionales fenómenos de asociación psicológica individual, sino de las vinculaciones objetivas entre el arte musical y la física, su base común. Mejor aun, se trata de la verificación experimental de la relación entre sonidos y colores que se correspondan; no simbólicamente, como en el verso del célebre poema "*Correspondances"* de Baudelaire: "*Les parfums, les couleurs et les sons se répondent",* "perfumes y colores y sones se responden".

Así como en la primera ficción asoció la ciencia al ocultismo, aquí relacionará dos fuentes desemejantes: la ciencia y la filosofía mistagógica; los físicos y las doctrinas pitagóricas del universo como música, y las esperables citas del *Timeo* platónico y de su descendencia occidental.

Si en "La fuerza Omega" sugirió, desde el título, alusiones a la simbología letrista de la *Cábala,* en este cuento aludirá a la simbología numérica y a su vinculación con lo iniciático. La relevancia del sonido tendría para Lugones, además del interés simbolista ("*De la musique avant toute chose*", de Verlaine) y de la mentada audición coloreada y del entronque con lo pitagórico, otra raíz: la del *mantra* teosófico. De él dice la Blavatsky: "Como enseña la ciencia esotérica, cada sonido en el mundo físico despierta un sonido correspondiente en los reinos invisibles e incita a la acción alguna fuerza u otra en el lado oculto de la Naturaleza (*Doctrina Secreta*, III, 451). El sonido es el más eficaz y poderoso agente mágico y la primera de las llaves para abrir la puerta de comunicación entre los mortales e Inmortales (*Doc. Sec.*, I, 502). Cada letra tiene un significado oculto y su razón de ser; es una causa y un efecto de otra precedente, y la combinación de éstos produce con frecuencia los más mágicos efectos. Las vocales, sobre todo, contienen las potencias más ocultas y formidables (*Doc. Sec.*, I, 121)"[10]

Considérese la enorme proyección que estos postulados esotéricos tendrían sobre la palabra creadora, poética, de particular manera, y sobre el tema mismo de "La metamúsica".

El inventor logra su objetivo al alcanzar la octava del sol, identificando música y color; pero en ello estará su castigo: la llamarada final le vacía las cuencas, secándole los ojos, dejándolo ciego. La punición se aplica aquí al órgano que ha verificado la relación final de sonido y luz. La ceguera es la pena por pretender la meta-música.

[10] H.P. Blavatsky. *Glosario teosófico*. Traducción de J. Roviracta Borrell. *Buenos Aires*, Editorial Glem, 1959; lo citado p. 406.

Podemos señalar en nuestra literatura argentina un antecedente de esta relación música y color y de la ficción lugoniana, en particular, hasta hoy no señalado por la crítica. Se trata de un texto de Miguel Cané intitulado "Las armonías de la luz", recogido en su libro inicial *Ensa*yo (1877).[11] Es la historia del encuentro del protagonista en Nápoles con un científico, Andrea Tanarotti, y su hija sorda, Lena. El viejo le confía que "ha conseguido realizar para ella el sueño de un fraile del siglo XVIII": el órgano de colores. Le comenta que Jehan de Castel[12], nacido en 1688 y que vivió sesenta y nueve años, pasó cuarenta de ellos persiguiendo su ideal. El religioso publicó en 1740 su *Óptica de los colores*, "que contiene principios que hubieran admirado a Newton mismo"; y, poco antes, en 1735, en las *Mémoires de Trevoux,* había editado un opúsculo titulado *Nuevas experiencias de óptica y acústica*, donde programaba su inconcluso "clavicordio ocular". Y el anciano se extiende en una exposición vecina a la de Lugones -menos erudita y actualizada, por supuesto- sobre el fundamento científico del aparato. Invitado a concurrir a una demostración del funcionamiento del particular órgano, el protagonista enferma esa noche de un ataque cerebral intenso que lo postra por días. Al reponerse no encontrará vestigios del viejo y su hija. Una carta posterior de éste le informa que Lena ha muerto. Así concluye esta pieza que constituye el antecedente argentino más firme de "La metamúsica".

Recuérdese que Lugones en la "Advertencia" de 1926 señalaba que "algunas ocurrencias de este libro (...) son corrientes ahora en el campo de la ciencia". El órgano de colores es un caso. "La metamúsica" fue publicada en 1898; dos años más tarde, en la monumental Exposición Universal de París, en la Sala Franklin del Palacio de la Óptica, se presentó un "órgano óptico". A él se refiere una crónica de Amado Nervo, "La música luminosa. La luz que canta"[13], donde dice que el aparato proporciona "audiciones coloridas de divino efecto". La lectura de un artículo científico de Raymond Bouyer sobre "La luz que canta" hace evocar a Nervo el órgano visto en la Exposición. El poeta mejicano concluye que esa correlación entre vibraciones musicales y luminosas viene a probar "la eterna y divina correlación y unidad del universo, cada onda de cuyas formas infinitas no es más que el aspecto bajo el cual se muestra a nuestros sentidos lo absoluto".[14]

Dos años antes de publicar "La metamúsica", Lugones, en una reseña bibliográfica de la novela, de tesis espiritista, *Nelly* de Eduardo L. Holmberg, había escrito: "¿Quién ha descubierto la música de los colores sino la ciencia? ¿Quién ha dicho que el espectro solar es una orquesta? Cuando Rubén Darío dice que la banda de Iris tiene siete rayos como la lira siete cuerdas, pronuncia una verdad; y más aun: puedo decir científica y artísticamente que la banda de Iris es una lira, una grande y sublime lira: la lira del Sol. El Sol, que es un inmenso cerebro, piensa en colores, y de la concordancia de estos pensamientos nace una armonía: la blanca y bienhechora luz".[15]

Sería ocioso señalar las precedencias de este pasaje del autor respecto de su propio cuento. Pero en estas vinculaciones la erudición de Lugones nos sugiere otros campos, p.ej. la asociación de perfumes y música: "En días pasados, leyendo un artículo de Piem, un químico inglés, encontré esta novedad científica: la escala musical de los perfumes. Aquí tenéis un ritmo armónico: BASE: Do - Sándalo; Do - Geranio; Si - Acacia; Sol - Azahar; Do - Laurel:

---

[11] "Las armonías de la luz" había sido republicado un año antes del cuento de Lugones en una revista porteña en la que éste colaboraba: Buenos Aires, año III, Nº,127, domingo 12 de setiembre de 1897, pp. 2-7. El hecho actualizaba para Lugones el conocimiento o la relectura del texto de Cané aparecido por vez primera en 1877. Citamos *Ensayos*. Con una introducción de Norberto Piñero. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1919, pp. 184-203; el capitulillo central para nuestro interés es el III.

[12] Señalamos, de paso, la posibilidad de que Adolfo Bioy Casares haya usado como fuentes para su novela *Plan de evasión* los trabajos de Jehan de Cartel, Pues las experiencias con colores y sonidos del gobernador *Castel* en la novela están vinculados con esa temática.

[13] Véase "El éxodo y las flores del camino", en *Obras completas*. Edición, estudio y notas de Francisco González Guerrero (prosas) y Alfonso Méndez Plancarte (poesías). Madrid, Aguilar, 1955, tomo I, pp. 1478-1479.

[14] Loc. cit. p. 1479. Bouyer en su artículo recuerda, entre sesgos de humor, a quienes han calificado la música de Wagner de escarlata, a la de Meyerbeer de violeta episcopal, a la de Massenet de flava, "tirando a anaranjada"; a la de Carlos Lecop de cereza, a la de Offenbach de verde manzana. Y recuerda a Liszt, que indicaba a su orquesta: "Un poco más azul, señores, os suplico", "Todo este pasaje menos rosa", o "Aquí, violeta oscuro".

[15] *El tiempo*, Buenos Aires, 18 de setiembre de 1896.

CIMA". Bien hubiera podido haber elaborado otra ficción a partir de la nueva asociación propuesta, con la cual el verso baudelaireano precitado hallaría su confirmación, pero en el campo de lo científico: correspondencia de sonidos, colores y perfumes. Pues en Lugones, el axioma dominante, que enuncia en el comentario del libro de Holmberg, es de base parnasiana: "La Ciencia no es enemiga del Arte", a cuya explicitación destina la mitad de su artículo sobre *Nelly*.

El narrador testigo en "Viola acherontia" alcanza a descubrir una siniestra experimentación por parte de un sabio alienado. El tema de este relato es la casi humana sensibilidad impresionable de las plantas. El cuento en su publicación periodística se llamó "Acherontia atropos" y llevaba un epígrafe, suprimido en el libro: "*Une tulipe! s'écria le vieillard corroucé, une tulipe! ce symbole de 1'orgueil et de la luxure qui ont engendré dans la malheureuse cité de Wittemberg la détestable hérésie de Luther et de Mélanchton!". Son* palabras con las que reacciona al doctor Huylten al ser interrumpido en su unciosa lectura de la Biblia por un mercader de flores, en "*Le marchand de tulipes*", texto incluso en *Gaspar de la Nuit* del malogrado Aloysius Louis Bertrand.[16] El texto-sugiere una relación indirecta entre el valor simbólico de la flor y el génesis de las herejías.

Una diferencia esencial de este relato con su primitiva versión -hasta hoy no apuntada- hace no al tema sino al planteo del cuento. En la redacción hemerográfica, lo que el sabio quiere obtener es que la violeta se certifique como flor de la muerte al reproducir en sus pétalos la calavera como símbolo: "Estoy seguro de que la imagen, la calavera, se fotografía sobre mis violetas. Lo que no sé, lo que no puedo encontrar, es el revelador para desenvolverla. Son tan finos estos pétalos, que la más mínima partícula de sal los desorganiza". Y el viejo jardinero se quejaba de diez años infructuosos y al inclinarse sobre las flores cae de sus ojos una lágrima: "Y el prodigio esperado por aquel hombre, el prodigio inaudito que su loca imaginación deseaba, se efectuó. La cabeza de muerto, la calavera, apareció sobre el negro pétalo, nítidamente, no mayor que un grano de trigo, pues el revelador esperado se descubría por fin en la gota amarga de una lágrima...". Pero jamás pudo renovarse el efecto, porque fueron vanos sus intentos de producir químicamente una lágrima humana; y las suyas no afluyeron más a sus ojos, porque el goce del descubrimiento le impidió desde entonces llorar.

Compárense ambas versiones -la del periódico y la final del libro- y se advertirá la diferencia de planteos. Creemos que el desarrollo del libro es más acertado. El se centra en la humanización de una planta -como en "Los caballos de Abdera", de los animales- hasta lograr la manifestación de su dolor por gemidos: "Aquellas flores se quejaban en efecto y de sus corolas oscuras surgía una pululación de pequeños ayes muy semejantes a los de un niño". Aquí se trata del llanto humano de las flores; entonces salta en la mente del testigo la asociación terrífica: "Recordé que, al decir de las leyendas de hechicería, la mandrágora llora también cuando se la ha regado con la sangre de un niño; y con una sospecha que me hizo palidecer horriblemente me incorporé...". Antes ha advertido la locura del personaje, pero ahora descubre una realidad maldita: se trata de un hechicero criminal.

La mandrágora es planta a la que se le adjudican múltiples poderes. Por la similitud de su raíz carnosa y velluda con la forma humana, que imita en su materia los miembros del cuerpo, los magos negros del ocultismo la usaban para fabricar *homúnculos, y* para otros fines ilícitos: filtros, pócimas, poder sobre los espíritus, etc. Esto en la magia negra o "de la mano izquierda"; pero también concede poderes benéficos: dar la victoria al guerrero, proteger contra venenos, duplicar. el dinero, fecundidad a la mujer; recuérdese, al caso, la disputa bíblica entre Esther y Lia por la mandrágora (*Génesis,* 30, 14-16). Según la creencia vulgar, la planta lanza gritos cuando se la arranca del suelo, y hasta chillidos espeluznantes, como lo apunta Shakespeare.[17]

---

[16] "¡Un tulipán!, exclamó el anciano irritado. ¡Un tulipán!, ¡ese símbolo del orgullo y de la lujuria que ha engendrado en la desgraciada ciudad de Wittemberg la detestable herejía de Lutero y de Melanchton!", en "El mercader de tulipanes", "Escuela flamenca", V.

[17] En Indonesia se sostiene que se puede hablar con la mandrágora si se la coloca en una "cama vitalizadota" de arroz cocido y hojas de té, en un rincón oscuro.

En la primera versión, todo se concretaba en una especie de revelación fotográfica, gracias a la hipersensibilidad floral, casi humana, y a procesos químicos, para fijar en los pétalos la imagen de la muerte. En la versión definitiva del cuento, la proyección es más amplia: la humanización de lo vegetal va asociada a un crimen horrendo, el infanticidio, para transferirle vida; sacrificar lo humano a lo vegetal. A la ciencia se suma la hechicería.

Como se ve, el cuento no desarrolla, como podría haberse dado, el caso de mitos florales o vegetales; ni las cañas sangrantes y parlantes del canto tercero de la *Eneida,* ni, en otro plano, las de nuestra legendaria flor del lirolay. El horticultor científico busca descubrir un ángulo de las relaciones en la armonía superior entre los reinos de la naturaleza.[18]

Tal vez no sea ajena a la intención lugoniana la significación de la violeta como símbolo de la alquimia, de la transfusión espiritual, de la influencia ejercida por el hombre sobre su semejante, merced al poder sugestivo del fluido mesmeriano. En fin, símbolo, como es, de la trasmigración de las almas.

"Yzur" es el único cuento con punto de vista protagónico en el conjunto de los cientificistas. Su tema es la recuperación del lenguaje articulado de los simios. El relato es la exposición de una experiencia del proceso para lograrlo. El apoyo teórico del relato -y del esfuerzo del investigador- es la teoría regresiva. Frente a la evolutiva, que presupone que el hombre desciende de los antropoides y de los simios, la teoría regresiva opina que el mono es un hombre degenerado. Esta tesis halló la adhesión firme de la teosofía. En su *Glosario teosófico*, en el artículo "mono", la Blavatsky dice: "Opuestamente a lo que afirman varios naturalistas modernos, el hombre no desciende del mono o de algún antropoide de la presente especie animal, sino que el hombre es un mono degenerado"[19]. La rusa desarrolla esta idea en *La Doctrina Secreta* (I, 212 y II, 757): el hombre tiene su ancestro en el pitris ("hombre celeste") y la existencia del hombre es anterior a la del antropoide, pues éste ha nacido de la cópula de hombres y monos en el período Míoceno, pecado de los atlantes. Este bestialismo de las razas primitivas engendró los monstruos de parecido humano.

Si el antropoide es un hombre degenerado, tiene en sí la potencia del habla. De allí el esfuerzo que el protagonista propone de revertir la realidad humanizando al animal. Frente a los logros parciales, el experimentador se ensaña brutalmente con la bestia, más cuando descubre que el mono habla al hallarse solo. Surge una demoníaca voluntad de exacerbar: "El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábame sin embargo a renovar mis experiencias" dice con alusiones claras a Poe. *The imp of the perverse*, nombre de una pieza de 1845 del cuentista norteamericano, ha sido definido como "el sentido de encarnizamiento en hacer lo que no se quiere hacer o no debiera hacerse". En contraste con el trato despiadado del dueño, la actitud final del animal es de tierno patetismo, cuando sus palabras aúnan súplica, sumisión, humanidad degradada y certificación de la teoría: "Amo, agua. Amo, mi amo...". El castigo del científico que fuerza lo natural al obligar al mono a retrotraerse por milenios, a través de las especies, para reentroncar con su origen humano, consiste en que ve lograda su meta, pero al morir el mono no tendrá pruebas de ello, más cuando no ha habido testigo de lo ocurrido, y en esto se ve el acierto de descartar el punto de vista común a los cuentos del grupo. Su descubrimiento es estéril.

---

[18] Sin salir del ámbito modernista, traigamos al caso un ejemplo de Nervo, autor de un cuento, "Guillotinadas", al que, posteriormente, con algunos retoques, le dio marco ensayístico, ingiriéndole largas disquisiciones científicas. El tema es: "La flor *ve y sabe* que van a cortarla", pero no puede huir, con lo que se agudiza la agonía floral. El ensayo predicho es "El alma de las plantas"; en él dice: "Ahora me encuentro en una revista científica con la comprobación de esta fantasía" (O. C., op. cit., tomo 11, pp. 876-880). Las asistentes a la conferencia sobre sensibilidad floral, en el cuento "Guillotinadas", arrebatadas por el entusiasmo, arrancan flores. a manos llenas para arrojárselas al disertante como conmovido homenaje.

[19] Op. cit., p. 442.

Este relato originó otro de Horacio Quiroga, "El mono ahorcado"[20]. El narrador también es el protagonista; somete a "Titán", un simio suyo, a una serie de experiencias, pues "quise hacer hablar a mi mono" (p. 52). La tesis de la que parte es que "la facultad de hablar (...) ha nacido de lo superfluo", pues el ser viviente no necesita del lenguaje para lo esencial. Los experimentos concluyen con el suicidio, más que muerte accidental, del animal al ahorcarse, con gestos de real humanización. Aunque el punto de partida teórico sea diferente, es innegable la filiación de este texto para con "Yzur".

El "psychon" es la última de las piezas cientificistas del libro. El tema de este cuento es la condensación química y hasta física del pensamiento. El protagonista es un científico marginado. "Era mirado de de reojo por las academias" por ser espiritualista, que es, además de lo que supone como oposición al materialismo; é1 nombre corriente del espiritismo finisecular. Y éste es el punto de contacto del narrador y el sabio. La condición de espiritualista se confirma con el hecho de que el origen de su descubrimiento se da gracias al poder visionario de una sensitiva o médium.

En la primera versión periodística del texto, la frase "Cierto amigo, miembro de una sociedad de estudios psíquicos a quien venía recomendado desde Australia el doctor, nos puso en relación", se leía así: "Cierto amigo, miembro de la Sociedad Teosófica, a quien el doctor venía recomendado por la rama australiana de dicha Sociedad, nos puso en contacto"; con lo que se asociaba lo teosófico a lo espiritista, fuentes que no siempre compaginaron.

Como los anteriores relatos de su especie, se extiende con generosidad en la disquisición expositiva del basamento científico que daría base al intento de licuefacción y aun al logro de "medallas psíquicas" de pensamientos. Cuando el gas en que se trasmuta el líquido logrado se libera en la habitación, produce los más insólitos efectos en los presentes, "pues el pensamiento puro que habíamos absorbido era seguramente el de la locura". Al día siguiente de la experiencia desaparece el doctor Paulin. Informes alcanzados tiempo después le anotician: "Parece que ha repetido su experimento, pues se encuentra en Alemania en una casa de salud". El castigo condigno es la locura, efecto de la corroboración de su descubrimiento que ha traspuesto los límites de lo conocible.

Resulta interesante señalar que en su versión primigenia "El psychon" tenía un final distinto. Las correcciones del cuerpo del texto son leves cuando lo recoge en libro, pero la conclusión se ve alterada sensiblemente Era originariamente ésta:

De pronto un hedor insoportable se esparcía por la habitación; un olor que no se parecía a nada conocido, pero que superaba en repugnancia a todas las cadaverinas imaginables.

-El olor del pensamiento -dijo el doctor, dirigiéndose al vaso cuyo contenido disminuía con rapidez.

Vi que colocaba un pañuelo doblado en el agujero por donde se efectuaba el escape, para impregnarlo de fluido y que lo aproximaba a su nariz...

Instantáneamente, sin exhalar un grito, cayó todo rígido sobre el pavimento desnudo. Corrí en su auxilio. Un temblor espantoso sacudía sus miembros. Desesperado, sin saber qué hacer, intenté levantarlo en peso.

-¡Es inútil! -dijo con voz debilitada como un soplo-. He respirado la muerte y me voy, me voy sin remedio.

El instinto del experimentador se sobrepuso a las torturas de aquella agonía horrible, y por entre sus dientes apretados, oí salir esta advertencia suprema:

-Añada usted que el Psychon es el más violento de los venenos.

Cabe reparar en algo más. Entre los inventos del doctor Paulin que se enumeran se mencionan "el telestróscopo, el electroide y el espejo negro, de los cuales hablaremos algún

[20] Publicado en *Caras y Caretas* el 19 de octubre de 1907, un año después del libro de Lugones; recogido en *Obras inéditas y desconocidas*. Cuentos (1905-1910), tomo V. Montevideo, Arca, 1968, pp. 52-55. En el novelín "El mono que asesinó" hay otro mono que "habla"; fue publicado en Caras y Caretas, año XII, núms. 552 a 556, del 1º de mayo al 5 de junio de 1909 y recogido en op. cit., tomo I, pp. 59-93. Otra obra quiroguiana, "El hombre artificial", *Caras y Caretas* año XIII, núms. 558 a 593, del 8-I al 12 II de 1910, recogido en op. cit., tomo I, pp. 95-112, se basa en un planteo cientificista.

Annie Boule, "Science et fiction dans les contes de Horacio Quiroga", en *Bulletin Hispanique*, t. LXXII, núms. 3-4 Juillet-Décembre 1970, pp. 360-366, se ocupa de "El retrato" y "El vampiro".

día". Lugones dedicó un cuento al tercer descubrimiento, "El espejo negro", cuyo protagonista es el mismo doctor Paulin.. Publicado en *Tribuna* el 17 de setiembre de 1898, quedó sin ser recogido en volumen por Lugones. En una entrevista entre el narrador y el doctor, éste le hace conocer el espejo de carbón que por su propiedad absorbe la carga eléctrica del pensamiento; concretando en imágenes el fluido mental. Como se ve, continúa el sabio preocupado por las formas de trasmutación y objetivación del pensamiento. Hay en el texto un curioso apunte de teoría del pensamiento objetivado en colores, según su naturaleza: "Los pensamientos de devoción se manifiestan en forma de nubecillas azules, llegando hasta adquirir forma de claveles y margaritas; las inspiraciones místicas son de color dorado; las efusiones de amor puro, rosadas o purpúreas; las de amor celoso, verdes; una idea de odio presentará una coloración rojo oscuro, una ira se reconoce por la mezcla del escarlata y del amarillo. Además, existe otra regla: el pensamiento ordenado asume siempre una forma regular, geométrica; el desorden se caracteriza por la ausencia de contornos precisos".

El narrador es invitado a experimentar con el "espejo de brujas" y concentra su pensamiento en la imagen de un famoso criminal recientemente muerto. El plano del disco negro parece hundirse hacia atrás, tomando forma de embudo, y emerge desde el fondo una mancha roja que va haciendo marco a la cara del asesino, la que se va dibujando con nítidos rasgos e imponiéndose de manera tan vívida al avanzar hacia la superficie, que el observador se echa hacia atrás, asustado ante ese rostro de ojos vidriosos de ajusticiado. Precipitadamente, el doctor Paulin interviene para evitar la culminación del proceso: una visión de enorme incendio enciende en llamas el espejo.

Atendamos ahora a los cuentos metapsíquicos. El primero, "Un fenómeno inexplicable" tiene por tema el desdoblamiento de una persona en las dos realidades que la constituyen. El protagonista es un inglés excéntrico que ha estado en la India ha cultivado la ascesis de los yoguines para alcanzar el total dominio de sí hasta haber llegado al desdoblamiento, objetivando *el otro,* que cobra forma de mono horrible. En este cuento es donde más abundan las referencias a fenómenos parapsicológicos y las menciones a las disciplinas vedadas: la radiestesia, el magnetismo, el yoga, la homeopatía, la quiromancia, la fisiognomía, etcétera. La llave que abre la confidencia es el conocimiento que el narrador tiene en común con el inglés de estas cuestiones.

Dos verificaciones demuestran que lo confesado no es alucinación: la luz de una bujía desplazada por la habitación no aparta ni borra la sombra acurrucada en un rincón y el perfil dibujado en un papel, que se aplica a aquella sombra, revela al mono, *la cosa maldita.* La situación angustiosa del protagonista se origina en el hecho de que ya no tiene gobierno de sí sobre el *otro,* que se desdobla sin su voluntad escindiéndose sin su consentimiento y sin una seguridad de posterior reintegración. El hombre es esclavo de la creatura desdoblada. La situación recuerda El *extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde* de Stevenson, cuando el investigador advierte, al despertar un día, sin haber tomado el brebaje que lo trasmuta, que su mano se ha deformado y cubierto de pelo, que está operando en forma independiente, desgobernada.

En su versión en la revista *Philadelphia* este cuento se tituló "La licantropía", Como la revista es teosófica, nada mejor que el ya citado *Glosario* para definir el alcance del término: "Fisiológicamente, es una enfermedad o manía durante la cual uno se figura ser un lobo y obra como tal. Ocultamente, significa lo mismo que la voz inglesa *werwolf,* la facultad psicológica de ciertos hechiceros de aparecer o presentarse con apariencia de lobos". Según el léxicon, en ocultismo se trata, no de una capacidad de metamorfosis, sino de poder psíquico, de "hacer ver" un lobo en ellos. El vocablo "licántropo" suele usarse en sentido más lato para aludir a cualquier mutación en animal.[21] Tal vez Lugones cambió el título original para evitar confusiones sobre la palabra muy asociada en el uso corriente a "hombre lobo". En el cuento

[21] Una leyenda griega hace proceder el nombre de "licántropo" de Licaón, legendario rey de Arcadia, que durante un banquete ofreció a Zeus un plato preparado con la carne de un niño. Como castigo, Zeus transformó a Licaón y a sus hijas en lobos. El vocablo se usa para los hombres-leopardos y hombres-mandriles de Africa, las muchachas-cabras de Haití, y en nuestras leyendas para el lobizón o, lobisome, el tigre capiango, el uturunco y el yaguareté-abá.

no se trata de un caso de sugestión hipnótica ejercida sobre otros para hacer ver realidades inexistentes, sino de un fenómeno de orden paranormal de desdoblamiento. Para la literatura del ocultismo, la forma animal que la parte objetivada asume es, en realidad, una proyección del doble astral que toma esa apariencia. Para los cabalistas se trataría de una doble imagen en que se separa el ego dual: el *metatron,* la superior; y el *samael,* la inferior, figurada como un ángel guardián y un demonio maligno, respectivamente.

Lugones retoma el tema de las metamorfosis licantrópicas, pero a nivel de leyendas folklóricas -y no en el plano patológico-psíquico o parapsicológico- en "La yegua bruja" y "El tigre capiango", relatos en verso de su última obra poética, *Romances del Rió Seco* (1938).[22]

"E1 origen del diluvio" se abre con puntos suspensivos, como si se tratara de un fragmento de una narración iniciada antes; así, comenzamos la lectura incorporándonos al desarrollo de una secuencia que nos precede y que es extranarratìva. El recurso tiene doble función: obvia el comenzar *ab ovo*, pues al iniciarse el lector se da la tierra por ya existente; en segundo lugar, dispone favorablemente la atención, en el esfuerzo por insertarse en ese *continuum* narrativa.

La pieza está compuesta por dos partes nítidamente diferenciadas, y separadas por un blanco tipográfico que establece una escisión en su seno. La primera es el relato del proceso evolutivo del planeta, dado en una lengua informativa, con abundantes tecnicismos geofísicos, que impresiona como la lectura de un tratado científico. El informe descriptivo concluye con puntos suspensivos, como comenzara, lo que acentúa la presentación del bloque como fragmento de un todo mayor, que comprendería la cosmogénesis y evolución de la tierra. Este extenso primer momento de la parte inicial está seguido por una breve coda no escrita en la lengua impersonal, objetiva del comienzo, sino como referencia a una primera persona; en cuya boca ha estado el informe científico previo. Advertimos ahora que éste se ha dirigido a un auditorio sin apelaciones que lo contaminen de nivel de oralidad. Las maneras apelativas aparecen en la coda ("He aquí lo que he venido a deciros..."; "Os añadiré...") con la que se cierra la primera parte.

En el informe podemos distinguir tres momentos. El inicial comprende la etapa antediluviana. Lo más curioso lo constituye el pasaje en que se presentan los gigantes, como "especies de monos gigantescos y huecos, tenían la facilidad de reabsorberse en esferas de gelatina o la de expandirse como fantasmas hasta volverse casi una niebla"; estos fantásticos seres, además de su condición de mutantes, poseían doble vista, como los sonámbulos; eran perversos, emanaban de sí otros seres de vida breve, y su tacto les exigía rodear por completo los objetos para apreciarlos. Exudaban de su propia materia sus viviendas, como los caracoles. Coetáneamente, se presentan vegetales que dan arañas por fruto, las que producen huevos de los que brotan. los vegetales progenitores; y "cactos eléctricos que sabían proyectar sus espinas". La presentación de tan monstruosas criaturas son nota aislada en la imaginación de Lugones Si el nivel lingüístico, la actitud expositiva y el asunto hermanan estas páginas con las del *Ensayo* cosmogónico, los apuntados detalles fantasiosos las distancian de él.

El segundo estadio lo constituye la descripción del diluvio, que en la versión de Lugones presenta la peculiaridad de no ser una inundación acuosa. El calor, la presión enorme y la acción catalítica del vapor del agua lunar producen una disgregación general de los sólidos; que en ablandamiento progresivo llegan a constituir una masa de lodo, la que al secarse se trasmuta en polvo seco y fluido. El tercer estadio es el postdiluviano, marcado por la aparición de "los primeros seres humanos que fueron organismos del agua: monstruos hermosos, mitad pez, mitad mujer, llamados después sirenas en las mitologías". En esto responde a la cosmogénesis y antropogénesis teosóficas: el agua es el principio de la "segunda transformación", el símbolo del fluido potencial, origen de la vida. No obstante, la versión

[22] El tema del *doble* aparece en otro cuento de Lugones, "La novia imposible", de *Lunario sentimental*.

El texto del cuento en *Philadelphia* sufrirá modificaciones al ser incorporado al libro: secciona parágrafos largos en dos o tres más breves; suprime media docena de pasajes descriptivos. El trozo más significativo de los aligerados corresponde a la presentación del protagonista, que estaba trazada con amplias referencias fisionómicas : "Todas estas observaciones de metoposcopia, para emplear un término de Alta Magia, se verificaron con la rapidez a que me habían acostumbrado persistentes estudios en la ciencia de Gratiolet y Lavater", dice para justificar su explayación en la versión original.

lugoniana y la teosófica del diluvio -que no coinciden con la bíblica, por cierto- a su vez se diferencian bastante entre sí.

En la coda advertimos que un narrador de inconcebible "memoria millonaria de años" ha evocado lo anterior. Se trata de un ser proveniente del "cono de sombra", al que se refiere el *Ensayo* en su décima lección.

La segunda parte de la ficción nos retrae a una situación insospechada: una reunión espiritista, en el seno de la cual el espíritu convocado ha narrado los sucesos diluvianos: "La médium calló...". Se nos ha hecho asistir como lectores, sin saberlo, a una sesión espiritista. Un escéptico, Mr. Skinner, reacciona incrédulamente contra la versión oída. Entonces, para acallar su descreimiento, se produce un fenómeno de materialización al actualizarse, regresivamente, el momento final del diluvio, del cual quedan en la reunión dos testimonios: el frío lodo mucilaginoso que cubre a los presentes y la diminuta sirena muerta en el lavabo.

Como en "La lluvia de fuego", la clave del narrador está en el subtítulo: "Narración de un espíritu". Hay dos narradores en el cuento: el espíritu que se vale de la médium como megáfono y el asistente que en primera persona ("No sé cómo hubiera acabado", "Tuve fuerzas para saltar hasta la llave de la luz eléctrica") testifica lo sucedido.

En el terreno de los cuentos que llamaremos legendarios, "La lluvia de fuego", como decíamos, se asociaría a "El origen del diluvio", pues el narrador también es un espíritu, según lo precisa el subtítulo: "Evocación de un desencarnado de Gomorra". El cuento, pues, tiene una apoyatura metempsíquica, pero el autor evita insistir en ello; por eso elude el encuadre de sesión espiritista. Al quitarle el marco, el relato opera como simultáneo a los hechos que narra, lo que se acentúa con el acierto técnico del final: "Y ...". Una "y" de enlace extraoracional y puntos suspensivos que se abren sobre la muerte. La narración concluye al mismo tiempo que la vida terrena del protagonista.

La fuente es bíblica. La modalidad del cuento es la del relato histórico, que el modernismo heredó del romanticismo y adecuó con más frecuencia al ámbito acotado del cuento o del novelín, como en *Artemis* de Larreta o *El hombre de oro* de Darío.

El epígrafe, tomado del *Levítico,* no alude, en el contexto bíblico, al asunto de las ciudades malditas y pervertidas, pero sí a una de las formas del castigo divino con que Yavéh amenaza al pueblo elegido si se aparta de sus mandamientos. Lugones, apoyado en la referencia al cielo y a la tierra de cobre, imagina la lluvia de gránulos de metal ardiente, que no está en la Biblia: "...e hizo Yavéh llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de Yavéh, desde el cielo" (*Génesis*, 12, 14). El espectáculo que Abraham contempla la mañana siguiente de la destrucción es éste: "Y mirando hacia Sodoma y Gomorra y toda la hoya, vio que salía de la tierra una humareda, como humareda de horno" (*ídem*, 19, 28).[23] El resto es creación del autor argentino.

La composición del cuento puede ordenarse para su análisis en tres momentos pautados por las intermitencias de la lluvia, con creciente intensidad y diestro balanceo de tensiones y distensiones engañosas. El *.crescendo* se afirma en el arreciar de la lluvia y sus devastadores efectos, hasta llegar al incendio total, anticipación física del infierno para los habitantes, ya que no creemos ocasional la adjetivación que le da de "lluvia *infernal".*

Contrastante con el escenario terrestre de muerte, exterminio y catástrofe, el cielo se muestra inalterablemente celeste. Las reiteradas menciones -media docena de veces- a "la limpidez del cielo", del cual no pareciera provenir aquella devastación, está manejada con intención de *leit-motiv.* Pareciera sugerir que la ira de Dios ha dado lugar a una impasible justicia, imagen de la cual es el cielo en su inmutabilidad. Hacia el final, las palabras del protagonista sintetizan la situación: "Y bajo el cielo que no se había enturbiado ni un momento, un cielo cuya crudeza azul certificaba indiferencias eternas, la pobre ciudad, mi pobre ciudad huerta, muerta para siempre, hedía como un verdadero cadáver". Es desoladora

[23] Las fuentes bíblicas de los episodios de Sodoma y Gomorra están en el Génesis: 18, 20-23 y 19, 1-29. Referencias en el N.T. San Pedro, II, 2,6-7.

la escena contemplada por un única testigo en esa suerte de Juicio Final de Gomorra y hay vibración lírica en las palabras con que la describe el personaje.[24]

Lo más personal en la creación de Lugones, más allá de la trama misma, reside en la precisión y relevancia expresivas logradas, particularmente en las descripciones, que se van alternando con nódulos narrativos, en juego de contracanto. Pero en segundo lugar, y quizá mayor aun, reside en la índole psicológica del personaje. Es un sibarita y un gozador de la existencia, que ha vivido "cincuenta años de placidez, en la dicha del presente, en el descuido del mañana". Su arte de vivir se basa en la lectura y la mesa. No tiene ya otros placeres. La ciudad es ahora para él "un desierto donde se refugiaba" en sus placeres menores. No participa del ajetreo ciudadano. Su individualismo hedónico lo lleva a balconear el baile del mundo, no a danzar en él. La actitud del protagonista, acodado como en un palco, en la terraza de su casa, bajo la cual trascurre el desfile de desenfrenos y desmanes, lo grafica. Ve ese exhibicionista desfile de depravaciones -magníficamente presentado, por lo demás- como un espectáculo divertido. Es mero observador. No sólo el mundo, sino el castigo divino se le proponen como algo contemplable, aunque implique la muerte: "No pudiendo huir, la muerte me esperaba; pero con el veneno aquél, la muerte me pertenecía. Y decidí ver eso todo lo posible, pues era, a no dudarlo, un espectáculo singular. ¡Una lluvia de cobres incandescente! ¡La ciudad en llamas! Valía la pena. Subí a la terraza". Dos realidades opuestas consideradas como recreo de los ojos: el desfile jubiloso y depravado y la destrucción de cuanto lo rodea. El sufrimiento y el goce humanos son motivos de contemplación casi estética. Lo trágico, en la óptica del lector, pero no en la del personaje, es que el narrador no ve el castigo divino; ve sólo un fenómeno inexplicable; no hay en él conciencia de relación entre la ciudad pecaminosa y la lluvia de fuego que se abate sobre ella; no tiene sentido de trascendencia. Por momentos, su psicología se asemeja más a la de un hedonista griego que a la de un semita.

La idea de huir no es válida, pues desierto y lago están bajo el mismo cobre pluvial; se recluye en su casa y en sí, con serenidad, sólo quebrada en un momento de fugaz desconcierto: "Me acometió de pronto un miedo que no sentía -estoy seguro- desde cuarenta años atrás, el miedo infantil de *una presencia enemiga y difusa; y* me eché a llorar, a llorar como un loco, a llorar de miedo, allá en un rincón, sin rubor alguno". Lo subrayado muestra la ausencia de comprensión del origen del castigo y aun de que lo sea. La declaración categóricamente estoica: "la muerte me pertenecía", le da seguridad y lo hace invulnerable a lo que no sea su propia voluntad de suicidio; gesto con el que se desconoce como víctima posible del castigo de Dios. Entra en la muerte sin temor, impasible, movido sólo por la curiosidad de esa experiencia desconocida para el, "apenas turbado por la curiosidad de la muerte".

Estilísticamente el cuento logra un nivel superior a los de ficción científica, pues el laboreo de la prosa -distante de la lengua expositiva de los informes- alcanza posibilidades impares de virtuosismo. Hay cuadros espléndidos que revelan la aprovechada lección de Flaubert, de Loti, en la evocación plástica del mundo antiguo; y se percibe que un soplo de Anatole France orea al personaje.

En "La estatua de sal" vuelve Lugones al asunto de la destrucción de Sodoma y Gomorra, pero aquí la acción trascurre en lo que fue el asiento de la primera de las ciudades. La fuentes bíblicas son las mismas que para "La lluvia de fuego", *Génesis,* 19, 1-29, particularmente los versículos: "Una vez fuera, le dijeron: 'Sálvate. No mires atrás y no te detengas en parte alguna del valle; huye al monte si no quieres perecer'" (19,17); "Y la mujer de Lot miró atrás, y se convirtió en un bloque de sal" (19,26). Aun hoy, entre los pilares salinos del acantilado occidental del Mar Muerto se señala un pico que sería la mujer castigada. En otros libros de la Biblia se recuerda el peculiar castigo, p.ej. en el de la *Sabiduría:* "Ella salvó de la ruina de los impíos al justo en su huida del fuego que descendía sobre Pentápolis. Y en testimonio de la maldad continúa la tierra desolada, humeante y sus

[24] No nos detenemos en otros elementos de análisis de este cuento pues ya lo ha hecho con lucidez Juan Carlos Ghiano en "El narrador y los protagonistas en *Las fuerzas extrañas*", *Revista Nacional de Cultura*. Publicación de Humanidades, Artes y Ciencias. Buenos Aires, Secretaría de Estado de Cultura, año I, No 1, pp. 9-28, esp. 19-22.

árboles dan frutos que no maduran y *una estatua de sal quedó cual monumento de un alma desobediente*" (10, 6-7).[25]

El cuento está compuesto como si fuera un relato de viva voz que un peregrino hace ante un auditorio para su edificación espiritual, de allí el uso de maneras apelativas: "Vosotros, escuchad con atención"; "Imaginaos un; antiquísimo edificio...", dice espoleando la imaginativa composición de lugar que haga más vívida la escena y más efectiva la aleccionante narración; la invocación a la Virgen para que guíe su relato: "Ayúdame, Nuestra Señora del Carmelo", que se cierra con el imprecativo "Amén" de una oración; el llamado a la plegaria de los presentes al finalizar la narración: "Roguemos a Dios por su alma"; en fin, recursos que evocan el relato ejemplarizante en el refectorio de un cenobio.

El narrador es un peregrino que ha de contar "la verdadera historia del monje Sosístrato", lo que es promesa de evitar patrañas y fabulaciones. "Lo que vais a oír me lo refirió palabra por palabra el hermano Porfirio", de virtuosa vida en el monasterio de San Sabas. Más allá de la fuente bíblica, pareciera evidente que Lugones ha sacado provecho de las *Vidas de los Padres del desierto* y *Vidas de los Santos Padres,* pues en varios detalles refleja el estilo de los relatos hagiográficos. Propondríamos como muy firme la obra del "primitivo" Fra Domenico Cavalca -como lo llamó Darío en el ensayo que le destinara en *Los Ra*ros (1896), y que atrajera la atención de los jóvenes modernistas sobre el autor italiano- las *Vite scelte dei Santi Padri.*[26] Esos relatos trazados en la atmósfera de prodigio, con encanto y animado dramatismo "en su resplandor de oro"; con sus paisajes exóticos, sus visiones místicas, sus viajes y peregrinaciones donde los ascetas tropiezan con seres de maravilla: un hipocentauro, un sátiro, un onagro, un dragón; en los que el Bajísimo se emboza en las apariencias más curiosas para tentar a los santos varones eremitas, sirvió de incitación a Lugones para "La estatua de sal". Y, en otro nivel de lecturas, le valió la de *La tentación de San Antonio* de Flaubert y la de *Thais* de Anatole France, quien aprovecha al maestro francés y a Cavalca, pero atravesando su relato con una sutil y penetrativa ironía, que disfraza de falso candor y asombro sus gotas de escepticismo. En cambio, Lugones tiene, tanto en este cuento como en el otro, cristiano, de "El milagro de San Wilfrido", una actitud diferente. Por esos mismos años en que escribe estas piezas fustigaba ácida y enardecidamente al Cristianismo -al cual habría de retornar hacia sus últimos años- en ensayos condenatorios; pero ni vestigios de despreciativo despecho, ni de corrosiva ironía, registra en sus ficciones, narradas, por el contrario, con unción, con la adhesión cordial de un alma creyente, lo que demuestra su capacidad para situarse con coherencia y adecuación en la creación imaginativa.

La sugerencia malintencionada de redimir de su padecimiento a la mujer de Lot con un gesto caritativo es semejante a la que el Diablo insufla en Pafnucio con respecto a Thais, la pecadora pública.

El pecado de Sosístrato es doble. Por un lado intenta, en su buen fe, desviar o modificar los designios de Dios, al volver a la mujer a la vida activa de la latente en que permanecía. El segundo, no menos grave que el primero, es el pretender conocer aquello que había sido prohibido contemplar a la mujer de Lot y que ella vio al volver la cabeza en el momento de la destrucción de Sodoma. Coincide el monje con la mujer en el mismo pecado de curiosidad ante lo prohibido. Sosístrato quiso ver en el pasado con ojos ajenos. En ambos casos, confundido por el Maligno, traspasa los límites fijados al hombre y recibe su castigo. Aquí es una fuerza divina la operante.

Lugones volvió sobre la primera versión, estableciendo algunas supresiones tendientes, en su mayoría, a desterrar la creación del horror por meros recursos verbales; así, elimina por dos veces el adjetivo "misteriosa" aplicado a la estatua, las calificaciones "lúgubre" y "espantoso", o algunas frases enteras: "Nunca el castigo tuvo más espantosa forma", u otra, aplicada a la voz, con acertado desplazamiento de hipálage: "Y la espantosa mujer le habló con su voz antigua, *que parecía encorvada bajo el peso de mil años".* Todo

[25] El Evangelio de San Lucas recuerda el episodio en 17, 28-32.

[26] Lugones manejó la edición de: Cavalca, Domenico. *Vite scelte dei Santi Padri*. Volgarizate con prefazione e note di Francesco Costino. Milano. E. Sonzogno, 1879, un ejemplar de la cual tenía en su biblioteca.

aporta sobriedad al texto; asimismo, el haber descompuesto largos parágrafos iniciales en tres o cuatro menores, espaciándolos, le aportó mayor agilidad lectiva.

Este relato es uno de los más logrados en la narrativa de Lugones, su vigilada expresión estilística, por la originalidad de la situación propuesta por su brevedad contenida y su contundente final efectista, que cifra en una sola palabra el horror de lo contemplado, condensando en ella la visión del espectáculo del castigo divino, tanto, que lo transfiere en su comunicación. Al serle confiada a Sosístrato en su oído "fulminado anonadado, sin arrojar un grito, cayó muerto". La palabra secreta no nos es revelada a los lectores por nuestra propia salud.

A "El milagro de San Wilfrido" podemos calificarlo de "cuento histórico", de igual manera y por las mismas razones por las que hablamos de novela histórica. La lección de Flaubert pudo haber servido a Lugones para la técnica de la evocación de época y reconstrucción de atmósfera a través de apuntaciones y detalles situados con acierto.

Sobre su versión periodística realizó el autor considerable cantidad de correcciones, básicamente supresiones de adjetivos antepuestos y formas corrientes de expresión en las que introduce leves variantes, para apropiárselas con individualidad. El relato castigado gana en mesura y en aciertos de estilo. El tono revela la lectura de legendarios medievales y florilegios hagiográficos, y se refleja su sabor en expresiones como "las fábulas del paganismo", "sabían muchas letras de historia", "padeció muerte de cruz", y otras. A esta posible fuente deben sumarse otras dos: los cantares de gesta franceses sobre la conquista de Jerusalén y, de manera más evidente, las crónicas coetáneas de las cruzadas, algunos de cuyos textos son realmente deliciosos. La reconquista de Jerusalén, cómo hecho histórico y motivo poético, en el interés de Lugones data desde su niñez, cuando su padre le leía *La Gerusaleme liberata* de Torcuato Tasso por las noches en la tertulia familiar.[27]

El asunto que sirve de trasfondo al cuento se refiere al segundo momento de la primera cruzada, el de los aguerridos barones. El asalto a la Ciudad Santa ocurrido entre junio y julio de 1099 es histórico. También lo son casi todos los personajes mencionados, con excepción, quizá, del protagonista Wilfredo de Hohenstein y el deuteroagonista, el caudillo Abu-Djezaar. Pedro el Ermitaño, a quien se menciona, p.ej., fue quien, haciéndose eco de la exhortación del Papa Urbano II, en el Concilio de Clermont, predicó a los pueblos la empresa de la reconquista y atrajo tumultuosas muchedumbres populares en pos de sí. "En todo lo que hacía o decía parecía poner algo de divino", dice un testigo de la época, Guiberto de Nogent. Pedro vivía pobremente, comía sólo pescado y era mísero de cuerpo, pero la imaginación del pueblo lo transformó en héroe de epopeya. También son rigurosamente históricos el campeón de la empresa de 1099, Godofredo de Bouillon, duque de Brabante, y su hermano Balduino de Bolonia; Raimundo Pilet o Pileto, Eustaquio de Foix, Raimundo, conde de Saint-Gilles, y otros mencionados. Histórica es la impresionante sed y privaciones sufridas por los cruzados que avistaron Jerusalén el 7 de junio: "El calor ardiente del mes de junio aumentaba aun más la incomodidad de la sed y la hacía más penosa debido al continuo estado de sofocación, y a eso debía añadirse el exceso de trabajo y el polvo abundante, que resecaba el paladar y el pecho", dice un cronista de la época, y pasa a relatar hechos horrendos provocados por la falta de agua.

También es histórica la comisión de caballeros enviada a vigilar las naves en Jafa. Salvo que Lugones reduce el número de hombres a cuatro y no se refiere al ataque sarraceno contra unos treinta cristianos distanciados del grupo, que el cuentista reduce a uno, Wilfredo:

Después que hubo llegado el mensajero de nuestros navíos, los señores tuvieron consejo y decidieron enviar algunos caballeros para que custodiasen fielmente los hombres y los navíos en el puerto de Jaffa. Al despuntar el día, cien caballeros se apartaron del ejército de Raimundo, conde de Saint-Gilles, y con Raimundo Pilet, Achard de Montmerle y Guillermo de Sabran, se separaron de los otros y se encontraron con setecientos árabes, turcos y sarracenos del ejército del almirante. Los

[27] "Durante la noche, mientras andaba sumisa y hábil la costura materna, el padre leía otro libro de la descabalada biblioteca: *La Jerusalem libertada* del insigne Torcuato. Y recuerdo que me conmovió hondamente la leyenda de la selva encantada, con sus árboles sangrantes y sus láminas de pavorosos dibujos", en Historia de Sarmiento, op. cit., loc. cit.

caballeros de Cristo los atacamos con vigor, pero la superioridad de los enemigos sobre los nuestros era mucho mayor, de modo que los rodearon por todos los lados y mataron a Achard de Montmerle y a unos cuantos infantes.[28]

Otros detalles y alusiones del cuento de Lugones aparecen también en la crónica citada; pero no podría establecerse con seguridad si fue ésta la versión cronística consultada por el autor para el enmarque histórico. Lo prudente es sospechar que abrevó en varios sitios, como siempre lo hacía, lo que torna más difícil establecer filiaciones y deudas, dada la ceñida articulación de las más variadas lecturas que solía realizar.

El texto original, el periodístico, precisa que la acción comienza el 15 de junio de 1099; que Wilfredo es martirizado el día 16 de ese mes y que el 12 de julio los cristianos atacaban con vigor los muros de Solima. Hacia el final dice textualmente que el caballero "padeció muerte de cruz entre los infieles el 16 de junio del año 1099 de Cristo". En cambio, en el libro, en la edición de 1926, la definitiva, se lee: "...padeció muerte de cruz entre los infieles el 12 de julio de 1099 de Cristo" (p. 68). El 12 de julio es cuando Abu-Djezzar es ahorcado por la mano del cruzado que hacía un mes permanecía cercenada y clavada en la cruz. Si no se trata de error de Lugones en la versión de 1926, debe entenderse que quiso indicar que en la mano permaneció vivo el cristiano hasta que cobró su venganza sobre el infiel, y que, entonces, ambos mueren el mismo día: la víctima cuando se trasmuta en victimario y el victimario en víctima. En cuanto al motivo fantástico, o milagroso en este caso, de la parte del cuerpo con vida independiente después de muerto su dueño, es frecuente en los ejemplarios y legendarios del Medievo.

"Los caballos de Abdera" aprovecha varias versiones de mitos para inventar la situación. Podríamos señalar algunas que quizá influyeron en Lugones. Diomedes, rey de Tracia, hijo de Ares y de Pirene, hacía que sus yeguas devorasen a los extranjeros que llegaban en arribada forzosa a su país. Euristeo encargó a Heracles que le trajera las yeguas carnívoras. El héroe atrapó a los animales y los condujo a la playa para embarcarlos. Entonces fue atacado por Diomeses; para oponérsele, avanzó sobre él y confió el cuidado de las yeguas a su amigo Abdero, las que, enfurecidas, lo mataron, arrastraron y masacraron. En homenaje al amigo, Heracles fundó la ciudad de Abdera. Más tarde, Euristeo dejó las yeguas en libertad y fueron devoradas por las fieras salvajes. Según otra versión del mito, Heracles hizo que los animales devorasen a su propio dueño, Diomedes. Las yeguas, antropófagas ya representan una alteración de la naturaleza; el alimentarse de carne humana podría ser visto como un principio de asimilación al género racional.

En la leyenda y en la historia, Abdera se hizo famosa por la calidad de sus caballos y los cuidados que les deparaban los ciudadanos. A estas bases, histórica una, mítica la otra, pueden sumarse las muchas figuras también míticas de caballos parlantes, inteligentes, videntes y premonitores, como los de Poseidón, o los de Aquiles -anticipo del moro de Facundo Quiroga, que le anunciaba la suerte que correría en las batallas- y de otros mitos que transfieren al equino cualidades humanas. En la literatura posterior han de encontrarse casos que retoman la tradición aquélla. Así, por ejemplo, en la cuarta parte de los *Viajes de Gulliver* de Swift, "Un viaje al país de los houyhnhnms", donde los caballos tienen el gobierno organizado y están dotados de inteligencia, de excelentes virtudes morales y de idioma. Los equinos tienen bajo su yugo a *los yahoos,* versión traspuesta de los hombres. Como se sabe, todos los planos están invertidos en ese reino utópico. Houyhnhnmlandia es una Abdera; o, por mejor decir, Abdera es una Houyhnhnmlandia maligna, perversa, bestial e inteligente.[29]

El tema de "Los caballos de Abdera" es el de la humanización monstruosa de los animales, resultado de un proceso de concesiones y de circunstancias, insensible y gradualmente acrecentadas, que originan la rebelión de los brutos contra sus dueños. Aquí la

[28] Pernoud, Régine. *Las cruzadas*. Buenos Aires, Fabril, 1964, pp. 75-76.

[29] Podría recordarse otro caso, p.ej. *El huésped desconocido* de Maeterlinck, en el que se habla de los caballos de Eberfeld, que hacían altas operaciones matemáticas.

hamartía, digamos, consistió en alterarse el orden natural establecido: la sujeción de los animales al hombre.

Los detalles de la vida cotidiana de Grecia están sabiamente distribuidos para la creación de ambiente. La acción comienza con apuntaciones humorísticas, con ironías que resultarán trágicas en su proyección final. La tensión del relato aumenta con el proceso de humanización, que luego se hace vindicativo y el clímax llega a su punto máximo cuando las murallas están a punto de ceder ante la presión de los ex-brutos. Es entonces cuando se produce la aparición de un monstruoso león gigante, que asoma por sobre los árboles. La vista y el rugido del león paralizan a los caballos, que por efecto del temor instintivo ante la fiera rey vuelven a su condición bestial y huyen azorados frente al peligro, internándose en el mar. Este final de *deus ex machina,* como se dice, significa el triunfo del héroe mítico sobre el desorden y la alteración de lo natural. Nadie mejor que Heracles -domeñador de las yeguas de Diomedes y fundador de Abdera- para restaurar en sus propios límites lo animal y lo humano.

"El escuerzo" se publicó en *El Tiempo* bajo el título de "Los animales malditos", lo que sugiere la posibilidad de que Lugones proyectara una galería de ellos en la que incluiría, tal vez, el mastuerzo, el basilisco, el perro negro y otros de vinculación con el Maligno. Si son numerosísimas las leyendas que corren sobre el sapo, son escasas las referidas estrictamente al escuerzo; pero, parientes entre sí, éste hereda la carga de aquél. Así se lo hace auxiliar de maleficios de toda naturaleza en las prácticas de la hechicería y en los ritos de la magia negra. Es símbolo de la fealdad y la torpeza y, primordialmente, es visto como representante de las potencias infernales y tenebrosas; incluso los cuernos diminutos de su frente son asociados a los atributos del demonio cornífero. Se considera que su mirada es indiferente a la luz y que intercepta, por absorción, la luz astral. Algunas leyendas lo asocian a lo lunar; se cree que un escuerzo devora la luna en el momento del eclipse. En el cuento se advierte esta relación entre el animal y el astro: "La luna muy baja empezaba a bañar con su luz el aposento, cuando de repente un bultito negro, casi imperceptible, saltó sobre el dintel de la puerta"; luego: "La luna bañaba enteramente la pieza. Y he aquí lo que sucedió: el sapo comenzó, a hincharse por grados, aumentó, aumentó de manera prodigiosa, hasta triplicar su volumen"; y al concluir: "Un frío mortal salía del mueble abierto, y el muchacho estaba helado y rígido bajo la triste luz en que la luna amortajaba aquel despojo sepulcral, hecho piedra ya bajó un inexplicable bañó de escarcha". Cómo se advierte, hay un acompañamiento de los dos elementos asociados. La luna cumple aquí su función de psicopompa cómo señora de la muerte. El bañó de escarcha que ha enfriado para siempre el cuerpo del muchacho contrasta con la noche de gran calor que el texto indica.

Una situación corriente, la muerte de un sapo por un chico, provoca el cuento de la criada, probatorio de su advertencia: se debe quemar el escuerzo muerto para que no resucite y se vengue de su matador. Frente a los cuentos cientificistas y parapsicológicos, cuya trama se fundamenta por extenso con acarreo de erudición y doctrina; y en medio de los legendarios, abrevados en la materia prestigiosa del mito griego, de los textos bíblicos, de las empresas históricas de Occidente, "El escuerzo" queda aislado, pues su asunto proviene de hontanar más humilde: a leyenda popular una creencia supersticiosa, puesta en boca de una sirvienta narradora, mujer simple y crédula de las activas potencias diabólicas. Estas circunstancias reducen el relato a la situación concreta que narra, aligerándola de disquisiciones o fundamentos, puro acontecer que produce un efecto sobrecogedor sobre el lector, quizá más directo que en otros cuentos del libro.

Desde el título de la segunda parte de la obra se nos advierte su índole. Se trata de un *ensayo,* esto es, de una pieza que habrá de moverse con cierta soltura en el tratamiento de su tema, con ángulos de abordajes personales, con enfoques propios; además, cumplirá con una de las mejores definiciones breves del género ensayístico, la de Ortega y Gasset, "la ciencia sin la prueba explícita". En efecto, la exposición supone y evidencia a lo largo del texto el respaldo de conocimientos de varias disciplinas -astronomía, física, química, etc. - que Lugones procura concertar en el desarrollo. Las lecturas del autor en esos diversos campos

eran copiosas y poco esfuerzo le hubiera exigido anclar con referencias eruditas a pie de página el dato o la cita bibliográfica comprobatorios. En su propia biblioteca disponía de material especificó sobrado para hacerlo. Si se leen con atención las notas que acompañan al texto, se advierte que no tienen por objetivo la fundamentación libresca; por el contrario, son allanatorias, destinadas al lector corriente.[30]

Por tratarse de un ensayo, lo dominante es el tono intelectual y la actitud discursiva, inclusive la postura polémica con la que va señalando diferencias de apreciación con autores y aun con autoridades; pero asocia lo ensayístico con lo didáctico, con lo expositivo sistemático en lecciones eslabonadas entre sí en el desarrollo cursivo. Lugones se preocupa por retraer la atención del lector hacia aquellos conceptos recurrentes, que ya explicitara antes, o incorpora paréntesis que intentan dar sinónimos y significados correlativos. Esto se afirma en las articulaciones internas de la exposición y en la síntesis de las cuatro primeras lecciones que hace en el último parágrafo de la cuarta, recapitulación que consolida lo expuesto y asegura la inteligencia de lo venidero.

Lugones n ha pretendido componer un tratado, sino una sinopsis de un sistema de cosmogénesis y l dice claramente: “Toda esta cosmogonía es sólo un esquema”.

Hay críticos que han visto este ensayó como desconectado del restó de la obra y no encuentran ligazón entre lo ficcional de las piezas narrativas y el texto ensayístico. Pero el autor tuvo intencionales formas de relación entre ambas vertientes del libro. En principió cabe señalar que el *Ensayo* da sentido y base doctrinal a las fuerzas operantes en el universo, lo que lleva a insertarlas en un conjunto integrado, al trazar el origen y marcó de acción de esos poderes efectivos existentes en el seno de lo real. Claro está que brinda fundamento sintético a las ficciones cientificistas y metapsíquicas, pero quedan excluidas las legendarias, al menos de una manera directa. También debe advertirse que en los relatos de ficción científica, cómo lo hemos señalado, se le hace sitió vasto a la disquisición científica, a la exposición de teorías y doctrinas, con lo cual las ficciones participan de lo ensayístico. A la inversa, el *Ensayo* está insertó en una situación ficcional, en un encuadre de situación narrativa. Las diez lecciones se hallan comprendidas entre las abrazaderas de un “Proemio” y un “Epílogo”, de diferente naturaleza a lo que contienen en sí. El narrador de primer grado conoce en lugar y circunstancias muy peculiares al expositor de la teoría cosmogónica. “Proemio” y “Epílogo” están puestos en boca de aquel narrador y las lecciones en la del misterioso desconocido. De éste se nos dan referencias vagas, imprecisas, que más sirven para afantasmarlo que para presentarlo, creándose una atmósfera propicia para el acto de las revelaciones trascendentes. Lugones elige recursos de enmarcamiento: un sitió en los Andes, “la soledad inspiradora de las noches andinas, la comunión de naturaleza que sugería la serenidad, y el silencio divino de las estrellas”, el aislamiento por la altura, la cautivante voz del desconocido, el diálogo junto al fuego. Todo es marco típico para la *revelación.* El narrador insiste en que eso fue; y llama “revelador”, con sustantivación significativa del adjetivo, al interlocutor.

Lugones no asume la autoría manifiesta de la cosmogonía, como tampoco asumió la exposición de las fuerzas extrañas en el resto del libro -ni siquiera el narrador corre con ella, sino el desconocido-. El narrador juega dos papeles en el *Ensayo* -que se contamina con estos nuevos elementos cada vez más de ficción científica, casi como otra pieza del género-: es el recipiendario del mensaje revelatorio y es su editor: “He meditado bien antes de decidirme a publicarla (a la revelación), pero dos circunstancias me han impulsado sobre todo. La primera es que, a pesar de las prolijas indagaciones, no he podido encontrar indicio alguno de aquel casual interlocutor, pues todas las señas que me dio a su respecto han resultado inciertas; la segunda es la facilidad con que me hizo el confidente de sus revelaciones. Estas dos circunstancias me hacen creer que yo fui tomado como agente para comunicar tales ideas, papel que acepto desde luego con la más perfecta humildad”.

La publicación del ensayo es, en la cadena de la trasmisión del mensaje, el tránsito de lo esotérico a lo exotérico. El *Ensayo* es otra forma de levantar el velo de Isis. En última

[30] De esto se apartarían solamente las notas 2 y 5 de la quinta lección. Las notas, salvo la última del *Ensayo*, están en primera persona del plural y se atribuirían al narrador.

instancia, puede considerarse una ficción más, que repite, incluso, la situación de las otras narrativas: un sabio hace confidente de sus secretos al narrador.

Claramente se comprueba la interrelación de ciencia y ficción y asociación de planos en las dos partes de *Las fuerzas extrañas.* En el *Ensayo*, el discurso intelectual está comprendido entre márgenes de diferente función lingüística, pues el proemio y el epílogo están transidos de vibración emocional. A la hora del "Epílogo", el narrador retoma la palabra para comunicarnos sus sensaciones, que bordean el éxtasis, en medio de una plenitud espiritual, que la serenidad del sitio, las circunstancias, el revelador y el mensaje provocan en él: "...el universo entero estaba en mí, y todos sus astros brillaban en mí como si yo hubiera sido el infinito". Se vuelve a la idea de la *iniciación;* no se ha tratado de meras teorías científicas, sino de una revelación de lo oculto: "Los misterios cuya exposición había oído...". El parágrafo que así comienza y el siguiente marcan el punto más alto del remonte espiritual del narrador, habitado por una "beatitud inefable" comunicada por la "música de las esferas".

Hay un detalle que acentúa la sensación de trance, de rapto en que está sumido el revelador durante su transferencia: "Mi interlocutor hizo un movimiento como si despertará...", dice al concluirse la exposición. Al retomar la palabra el desconocido, en el "Epilogo", muestra diferente actitud expresiva, salpicada de interrogaciones que la ciencia no podrá satisfacer. Después de una organizada exposición de respaldo científico, el revelador señala que la ciencia positiva no da las explicaciones últimas y que el camino del espíritu no es "la sombría *struggle for life* de la ciencia, sino la divina *struggle for light* de los seres superiores...". Esta "lucha por la luz" es la justificación final de la vida.

El "Epílogo" concluye con una transfiguración del personaje: "Su estatura parecía haber crecido hasta sobrepasar la vecina montaña; no era ya más que una larga niebla confundiéndose con la vía láctea en el fondo del horizonte. Y fuese ilusión de mi mente sobreexcitada, o maravillosa realidad, es lo cierto que, sin darme cuenta del prodigio, estaba viendo, desde hacía rato, emblanquecer su rostro entre las estrellas". Pero Lugones no ha clausurado la posibilidad de retomar al sabio del *Ensayo* en un encuentro posterior, ampliatorio de las revelaciones. En efecto, en la nota final el narrador apunta: "Pero algo me dice que he de volver a encontrar un día las huellas de mi augusto revelador...", con suspensivos promisorios.

Del hecho de manejar recursos ficcionales en el *Ensayo y* de no asumir Lugones su autoría manifiesta o directa, no puede deducirse que lo dicho esté concebido como mero juego imaginativo del autor. La búsqueda de rigor y claridad expositivos, las constantes aclaraciones y referencias internas, la expresión de adhesión o rechazo respecto de teorías ajenas son elementos que parecen desmentir esa posible actitud descomprometida de Lugones. Habría otro argumento en favor de que estimaba como verdaderos los presupuestos sostenidos en el *Ensayo.* Es el hecho de que cuatro años después de la publicación de *Las fuerzas extrañas,* cuando en el centenario de Mayo aparece *Prometeo,* retoma conceptos de la cosmogonía de 1906: "En *Las fuerzas extrañas* dije, tratando un asunto análogo...", y trascribe un par de páginas de la novena lección. Más adelante habrá de citar la séptima del *Ensayo y* aun la ficción "El origen del diluvio"[31]. Estas autocitas confirman que perduran en su convicción las tesis expuestas cuatro años antes.

El género estaba prestigiado por ilustres antecesores, antiguos y modernos. Algunos críticos han asociado -y hasta indicado filiación- *Eureka* de Edgar Allan Poe y el *Ensayo* lugoniano, sin ninguna verificación.[32] Los conceptos básicos de Poe sobre atracción y repulsión de los átomos entre sí, que originan el resto de su disquisición (el principio material y el principio espiritual del universo, la concentración y la expansión, etc.) no son el punto de

---

[31] *Prometeo.* (Un proscripto del Sol.) Las limaduras de Hephestos, II. Buenos Aires, 1910, pp. 63-65, y lo siguiente en p. 129. Hay conexiones no explícitamente indicadas por Lugones, pero si evidentes entre *Las fuerzas extrañas* y *Prometeo*, que requerirían mayor espacio de dilucidación

[32] Poe *escribió Eureka: an essay on the material and spiritual universe* en 1847, y lo publicó dos años después. Su proyecto superaba al de una cosmogonía: "Me propongo hablar del Universo físico, metafísico y matemático; material y espiritual; de su esencia, origen y creación; de su condición presente y de su destino". Cito por Obras en prosa. Traducción y notas de Julio Cortázar. Puerto Rico, Editorial Universitaria de Puerto Rico, 1969; segunda edición, tomo II, pp. 729-827; lo aquí citado en pp. 729-730. La carta del 29-II-1848 mencionada más adelante, en pp. 830-831.

partida de Lugones. En rigor, no hay relación doctrinaria directa entre ambos ensayos cosmogónicos; sus teorías no coinciden sino en aspectos ajenos a la originalidad de ambos. Poe destina atención a las teorías de Nichol, Newton, Leibniz, Kepler y Madler, todos científicos y matemáticos. Las fuentes de Lugones son de más variada naturaleza, según se verá, pero ambos coinciden en considerar con cierta atención "la teoría nebular" de Laplace, para la que Poe estima que "cosmogonía es un término excesivamente amplio". No hay entre Poe y Lugones evidentes coincidencias teóricas básicas, ni son tales. Esto salta a la vista si comparamos la síntesis de *Eureka* que hace su autor en carta del 29 de febrero de 1848, en siete puntos esenciales, y las lecciones lugonianas. Sí coinciden en incorporar, aunque de modo diferente, elementos ficticios en sus respectivos ensayos, o mejor, como introducción a ellos. En Lugones ya se ha visto cómo. Poe pone a la cabeza del suyo una carta apócrifa, con mucho ingenio, en la que se discute acerca de las concepciones de Aristóteles, Bacon y Kant, supuestamente hallada en una botella flotante en el Mare Tenebrarum, y fechada en 2842.

Pero el intento cosmogónico de Poe se rescata hoy por las declaraciones de su epígrafe: "Presento esta composición sólo como un Producto del Arte, como una Novela, si no es una pretensión demasiado elevada, como un Poema (…). Solo como poema deseo que sea juzgada esta obra después de mi muerte" (p.729) Si no como poema, al menos como ficción podríamos estimar hoy el esfuerzo de Lugones como cosmogonista.

Decíamos que el espectro de "autoridades" de apoyo para Lugones es más complejo que el de Poe. Junto a autores reconocidos en las especialidades de la astronomía, de la física, la química, y en el mismo nivel de referencias, hay menciones a la *Cábala,* al *Zohar,* a la numerología, a la metapsiquia. Ayunta disciplinas de ciencia académica y del saber prohibido y esotérico, como los sabios de sus ficciones.

Sería demasiado prolijo detenernos a señalar todas las relaciones entre los principios, doctrinas y teorías del *Ensayo y* los temas y consideraciones de los relatos. Lugones concibió su cosmogonía como una forma de síntesis de las fuerzas operantes en sus ficciones; es la coronación, la suma unitiva de ellas, a la luz de una teoría que pretende darles sentido y origen.

Señalemos, por vía de ejemplo, tan sólo, algunas interrelaciones. La idea de la luz negra y de que las tinieblas son la luz absoluta (Primera Lección) se asocia al espejo negro, aludido en "El psychon"' y motivo de una pieza así titulada. La declaración que cierra esa lección inaugural es aplicable a la realidad de las fuerzas extrañas, dominantemente las metapsíquicas: "Quizá el *mundo invisible* que nos rodea y se comunica a veces con nosotros bajo formas tan extrañas no sea sino esto; y con una existencia tan real, tan material como el nuestro, nos resulte del todo imperceptible". La exposición inicial de la Sexta Lección acerca de las relaciones entre música, calor y color da fundamento a "La metamúsica". "El origen del diluvio" halla su raíz en los conceptos de la Octava Lección. En tanto, "El psychon" halla su base discursiva en el apartado sobre "La inteligencia en el universo", el que además de postular que "el pensamiento es una forma de energía" y, por tanto, transformable en su manifestación, postula la sensibilidad en todos los reinos de la naturaleza, lo que da pie a "Viola acherontia".

En fin, encontramos tres puntos que parecen básicos para trazar el puente con los relatos: primero, que las formas de la energía son trasmutables, lo que, además de los citados, comprende a "La fuerza Omega"; segundo, el mundo invisible en el que estamos insertos, que opera sobre nosotros; y tercero, articulada con esta concepción, la propuesta de espiritualismo: "...el espiritualismo y la inmortalidad del alma como soluciones racionales de una concepción cosmogónica, es decir, aceptables sin conflicto con la ciencia y con la razón".

Varias líneas de la narrativa finisecular se entrecruzan y concitan en el libro de Lugones. Casi todas ellas, provenientes en forma mediata del romanticismo, serán retomadas por los escritores de la nueva tendencia renovadora, llevándolas a una más definida y lograda ejecución artística, aliviándolas de manidos recursos de la escuela anterior y desarrollándolas con técnicas más variadas y con vigilada expresión verbal. Esto es evidente en los relatos de anticipación científica y en los de temas parapsicológicos. Las traducciones de novelas, y

particularmente cuentos, de autores franceses, ingleses y norteamericanos de valía difundieron en nuestro país esas corrientes de interés narrativo, las que hallaron cauce ideal en los folletines periodísticos y en las revistas literarias, desde la década del setenta. Todo esto, sumado a una más actualizada lectura de las fuentes europeas, abonó el terreno en que habrían de surgir los mejores logros narrativos del modernismo, el que impuso sobre la materia preexistente su conciencia de renovación del instrumento expresivo y más firme sentido en el orden de la composición.

El interés creciente por las doctrinas esotéricas del ocultismo abrió, sobre fines de siglo, nuevos ámbitos temáticos que cebaron a la narrativa breve. Los narradores trasgredieron en sus asuntos la admonitoria leyenda de los mapas antiguos: *Non plus ultra, y* se internaron por zonas que la cartografía designaba como *terrae incognitae.* Lugones, inmerso, por los años en que laboró las piezas de su libro, en esa corriente y en la lectura de los "grandes iniciados" y "adeptos" -la Blavatsky, Annie Bessant, Stanislas de Guaita, Eliphas Leví y otros-, orientó su preocupación hacia la Doctrina Secreta, participando de un concepto que figuró en uno de los artículos de *Philadelphia,* la revista en la que colaboraba: "La literatura es una de las ramas del ocultismo".[33] En las páginas de esa publicación teosófica argentina se consideraron casi todos los temas y problemas que son la base de sus ficciones: los diluvios, los desdoblamientos, la fuerza y la materia, las relaciones entre sonido y luz, las ciencias ocultas y las disciplinas académicas. Además de los dos libros básicos de la Blavatsky, otra obra causó honda impresión en Lugones, pues aunaba dos esferas de su inclinación, el ocultismo y las ciencias; nos referimos a *Corroboraciones científicas de la teosofía* de A. Marques, cuyos capítulos, traducidos, fueron publicados en sucesivos números de *Philadelphia.* Era el intento de hermanar el rigor con el misterio y sus claves.[34]

Aunque el campo de la teosofía es ajeno a nuestra concepción del mundo y a nuestra ortodoxia religiosa, su consideración no puede soslayarse cuando se habla de *Las fuerzas extrañas,* pues él alimentó las raíces del libro.[35]

Las fuerzas extrañas es el mejor libro de cuentos de Lugones. En rigor, pretende ser algo más que un libro de cuentos, ser un libro de ficciones vinculadas entre sí por las potencias de diversa índole a las que el título alude y por una concepción del cosmos que el *Ensayo* propone.

De entre las piezas narrativas, las más logradas son las legendarias y las menos satisfactorias, las parapsicológicas. Si hubiéramos de seleccionar un haz antológica de ellas no omitiríamos "La lluvia de fuego", "La estatua de sal", "Los caballos de Abdera" e "Yzur", por su relevante valor estético.

Pedro Luis Barcia

LAS FUERZAS EXTRAÑAS

ADVERTENCIA

[33] Lermina, Julio: "La literatura y el ocultismo", en *Philadelphia*, Buenos Aires, año III, No II, 7 de agosto de 1900, pp. 61-67; lo citado, p. 61.

[34] Los capítulos fueron publicados entre el 7 de mayo de 1899 y el 7 de octubre de 1900.

[35] Remitimos, para una documentación y ampliación de lo señalado, a nuestro estudio: *Lugones, la teosofía y "Philadelphia"*.

Algunas ocurrencias de este libro, editado veinte años ha. Aunque varios de sus capítulos corresponden a una época más atrasada todavía, son corrientes ahora en el campo de la ciencia. Pido, pues, a la bondad del lector la consideración de dicha circunstancia, desventajosa para el interés de las mencionadas narraciones.[36]

LA FUERZA OMEGA[37]

NO ERAMOS sino tres amigos. Los dos de la confidencia, en cuyo par me contaba, y el descubridor de espantosa fuerza que, sin embargo del secreto, preocupaba ya a la gente.

El sencillo sabio ante quien nos hallábamos, no procedía de ninguna academia y estaba asaz distante de la celebridad. Había pasado la vida concertando al azar de la pobreza pequeños inventos industriales, desde tintas baratas y molinillos de café, hasta máquinas controladoras para boletos de tranvía.

Nunca quiso patentar sus descubrimientos, muy ingeniosos algunos, vendiéndolos por poco menos que nada a comerciantes de segundo orden. Presintiéndose quizá algo de genial, que disimulaba con modestia casi fosca, tenía el más profundo desdén por aquellos pequeños triunfos. Si se le hablaba de ellos, concomíase con displicencia o sonreía con amargura.

-Eso es para comer -decía sencillamente.

Me había hecho su amigo por la casualidad de cierta conversación en que se trató de ciencias ocultas; pues mereciendo el tema la aflictiva piedad del público, aquellos a quienes interesa suelen disimular su predilección, no hablando de ella sino con sus semejantes[38].

Fue precisamente lo que pasó; y mi despreocupación por el qué dirán debió de agradar a aquel desdeñoso, pues desde entonces intimamos. Nuestras pláticas sobre el asunto favorito fueron largas. Mi amigo se inspiraba al tratarlo, con aquel silencioso ardor que caracterizaba su entusiasmo y que sólo se traslucía en el brillo de sus ojos.

Todavía lo veo pasearse por su cuarto, recio, casi cuadrado, con su carota pálida y lampiña, sus ojos pardos de mirada tan singular, sus manos callosas de gañán y de químico a la vez[39].

-Anda por ahí a flor de tierra -solía decirme- más de una fuerza tremenda cuyo descubrimiento se aproxima. De esas fuerzas interetéreas que acaban de modificar los más sólidos conceptos de la ciencia, y que justificando las afirmaciones de la sabiduría oculta, dependen cada vez más del intelecto humano. La identidad de la mente con las fuerzas directrices del cosmos -concluía en ocasiones, filosofando- es cada vez más clara; y día llegará en que aquella sabrá regirlas sin las máquinas intermediarias, que en realidad deben de ser un estorbo. Cuando uno piensa que las máquinas no son sino aditamentos con que el ser humanó se completa, llevándolas potencialmente en sí, según lo prueba al concebirlas y ejecutarlas, los tales aparatos resultan en substancia simples modificaciones de la caña con

---

[36] Esta advertencia apareció en la segunda edición de la obra, en 1926.

[37] Publicado en *El Diario*, número de Navidad y Año Nuevo, Buenos Aires, lº de enero de 1906.

[38] Ciencias ocultas, herméticas o esotéricas, doctrinas secretas, sabiduría secreta o filosofía oculta, ocultismo, hermetismo, son todas expresiones que aluden a disciplinas o saberes referidos a los secretos de la Naturaleza física y psíquica, mental y espiritual, y a los poderes ocultos en sus fuerzas y a las formas de dominio sobre ellos. Los conocimientos del ocultismo sólo se trasmiten a los iniciados y están vedados a los profanos. Las jergas peculiares y los complicados simbolismos que manejan tienen una doble razón: son necesarios por referirse a materia abstrusa, difícil y de índole muy peculiar, y, al tiempo, constituyen una traba o valla para los profanos.

[39] Lampiña: sin barba. Gañán: labrador, hombre fuerte y rudo.

que se prolonga el brazo para alcanzar un fruto. Ya la memoria suprime los dos conceptos fundamentales, los más fundamentales como realidad y como obstáculo -el espacio y el tiempo, al evocar instantáneamente un lugar que se vio hace diez años y que se encuentra a mil leguas; para no hablar de ciertos casos de bilocación[40] telepática, que demuestran mejor la teoría. Si estuviera en ésta la verdad, el esfuerzo humano debería tender a la abolición de todo intermediario entre la mente y las fuerzas originales, a suprimir en lo posible la materia otro axioma de filosofía oculta; mas, para esto, hay que poner el organismo en condiciones especiales, activar la mente, acostumbrarla a la comunicación directa con dichas fuerzas. Caso de magia. Caso que solamente los miopes no perciben en toda su luminosa sencillez. Habíamos hablado de la memoria. El cálculo demuestra también una relación directa; pues si calculando se llega a determinar la posición de un astro desconocido, en un punto del espacio, es porque hay identidad entre las leyes que rigen al pensamiento humano y al universo. Hay más todavía: es la determinación de un hecho material por medio de una ley intelectual. El astro tiene que estar ahí, porque así lo determina mi razón matemática, y esta sanción imperativa equivale casi a una creación.

Sospecho Dios me perdone, que mi amigo no se limitaba a teorizar el ocultismo, y que su régimen alimenticio, tanto como su severa continencia[41], implicaban un entrenamiento; pero nunca se franqueó sobre este punto y yo fui discreto a mi vez.

Habíase relacionado con nosotros, poco antes de los sucesos que voy a narrar, un joven médico a quien sólo faltan sus exámenes generales, que quizá nunca llegue a dar pues se ha dedicado a la filosofía; y éste era el otro confidente que debía escuchar la revelación.

Fue a la vuelta de unas largas vacaciones que nos habían separado del descubridor. Encontrámoslo algo más nervioso, pero radiante con una singular inspiración, y su primera frase fue para invitarnos a una especie de tertulia filosófica -tales sus palabras- donde debía exponernos el descubrimiento.

En el laboratorio habitual, que presentaba al mismo tiempo un vago aspecto de cerrajería, y en cuya atmósfera flotaba un dejo de cloro, empezó la conferencia.

Con su voz clara de siempre, su aspecto negligente, sus manos extendidas sobre la mesa como durante los discursos psíquicos, nuestro amigo enunció esta cosa sorprendente:

-He descubierto la potencia mecánica del sonido. Saben ustedes -agregó, sin preocuparse mayormente del efecto causado por su revelación-, saben ustedes bastante de estas cosas para comprender que no se trata de nada sobrenatural. Es un gran hallazgo, ciertamente, pero no superior a la onda hertziana o al rayo Roentgen[42]. A propósito, yo he puesto también un nombre a mi fuerza. Y como ella es la última en la síntesis vibratoria cuyos otros componentes son el calor, la luz y la electricidad, la he llamado la fuerza Omega.

-Pero ¿el sonido no es cosa distinta?... -preguntó el médico.

-No, desde que la electricidad y la luz están consideradas ahora como materia. Falta todavía el calor; pero -la analogía nos lleva rápidamente a conjeturar la identidad de su naturaleza, y veo cercano el día en que se demuestre este postulado para mí evidente: que si los cuerpos se dilatan al calentarse, o en otros términos, si sus espacios intermoleculares aumentan, es porque entre ellos se ha introducido algo y que este algo es el calor. De lo contrario, habría que recurrir al vacío aborrecido por la naturaleza y por la razón. El sonido es materia para mí; pero esto resultará mejor de la propia exposición de mi descubrimiento. La idea, vaga aunque intensa hasta el deslumbramiento, me vino -cosa singular- la primera vez que vi afinar una campana. Claro es que no se puede determinar de antemano la nota precisa

---

[40] Bilocación o duplicación: fenómeno por el cual una persona puede hallarse simultáneamente en dos lugares diferentes, aun muy distantes entre sí.

[41] Continencia: abstinencia de los deleites carnales. La virtud de la moderación y freno de las pasiones del ánimo y de todo tipo de excesos, aumenta la fuerza vital y psíquica, dicen los ocultistas. De allí la naturaleza ascética de ciertas prácticas y ejercicios a que se someten.

[42] Onda hertziana: son las que se encuentran en el extremo opuesto a las gamma en el espectro, electromagnético continuo, de mayor longitud que las del infrarrojo. Son de frecuencia relativamente baja. Heinrich Hertz (1857-1894), físico alemán, demostró su existencia, midió su velocidad y las reflejó, refractó y polarizó.

Rayos Roentgen: son los conocidos rayos X, otro tipo de ondas electromagnéticas de mucho menor longitud de onda que la luz. Los descubrió Guillermo Roentgen en 1895.

de una campana, pues la fundición cambiaría el tono. Una vez fundida, es menester recortarla al torno, para lo cual hay dos reglas; si se quiere bajar el tono, hay que disminuir la línea media llamada "falseadura"[43]; si subirlo, es menester recortar la "pata", o sea el reborde, y la afinación se practica al oído como la de un piano. Puede bajarse hasta un tono, pero no subirse sino medio; pues cortando mucho la pata, el instrumento pierde su sonoridad.

Al pensar que si la pierde no es porque deje de vibrar, me vino esta idea, base de todo el invento: la vibración sonora se vuelve fuerza mecánica y por esto deja de ser sonido; pero la cosa se precisó durante las vacaciones , mientras ustedes veraneaban, lo cual aumentó, con la soledad, mi concentración. Ocupábame en modificar discos de fonógrafo y aquello me traía involuntariamente al tema. Había pensado construir una especie de diapasón[44] para destacar, y percibir directamente por lo tanto, las armónicas de la voz humana, lo que no es posible sino por medio de un piano, y siempre con gran imperfección; cuando de repente, con claridad tal que en dos noches de trabajo concebí toda la teoría, el hecho se produjo.

Cuando se hace vibrar un diapasón que está al mismo tono con otro, éste vibra también por influencia al cabo de poco tiempo, lo que prueba que la onda sonora, o en otros términos, el aire agitado, tiene fuerza suficiente para poner en movimiento el metal. Dada la relación que existe entre el peso, densidad y tenacidad de éste con los del aire, esa fuerza tiene que ser enorme; y sin embargo, no es capaz de mover una hebra de paja que un soplo humano aventaría, siendo a su vez impotente para hacer vibrar en forma perceptible el metal. La onda sonora es, pues, más o menos poderosa que el soplo de nuestro ejemplo. Esto depende de las circunstancias; y en el caso de los diapasones, la circunstancia debe ser una relación molecular, puesto que si ellos no están al unísono, el fenómeno marra. Había, pues, que aplicar la fuerza sonora a fenómenos intermoleculares.

No creo que la concepción de la *fuerza sonora* necesite mucho ingenio. Cualquiera ha sentido las pulsaciones del aire en los sonidos muy bajos, los que produce el nasardo[45] de un órgano, por ejemplo. Parece que las dieciséis vibraciones por segundo que engendra un tubo de treinta y dos pies marcan el límite inferior del sonido perceptible, que no es ya sino un zumbido. Con menos vibraciones, el movimiento se vuelve un soplo de aire; el soplo que movería la brizna, pero que no afectaría al diapasón. Esas vibraciones bajas, verdadero viento melodioso, son las que hacen trepidar las vidrieras de las catedrales; pero no forman ya notas, propiamente hablando, y sólo sirven para reforzar las octavas inmediatamente superiores.

Cuanto más alto es el sonido, más se aleja de su semejanza con el viento y más disminuye la longitud de su onda; pero si ha de considerársela como fuerza intermolecular, ella es enorme todavía en los sonidos más altos de los instrumentos; pues el del piano con el do séptimo, que corresponde a un máximum de 4.200 vibraciones por segundo, tiene una onda de tres pulgadas. La flauta, que llega a 4.700 vibraciones, da una onda gigantesca todavía. La longitud de la onda depende, pues, de la altura del sonido, que deja ya de ser musical poco más allá de las 4.700 vibraciones mencionadas. Despretz[46] ha podido percibir un do, que vendría a ser el décimo, con 32.770 vibraciones producidas por el frote de un arco sobre un pequeñísimo diapasón. Yo percibo sonido aún, pero sin determinación musical posible, en las 45.000 vibraciones del diapasón que he inventado.

- ¡45.000 vibraciones! -dije-: ¡Eso es prodigioso!

Pronto vas a verlo -prosiguió el inventor-. Ten paciencia un instante todavía.

Y después de ofrecernos té, que rehusamos:

-La vibración sonora se vuelve casi recta con estas altísimas frecuencias, y tiende igualmente a perder su forma curvilínea, tornándose más bien un zigzag a medida que el

[43] "Falseadura": línea desde donde se desvía, ligeramente y en forma gradual, la dirección del corte perpendicular en el perfil de la campana.

[44] Diapasón: regulador de voces e instrumentos; que consiste en una horquilla de acero con pie que, al hacerla vibrar, suena.

[45] Nasardo de órgano: uno de los registros de este instrumento, así llamado porque imita la voz de un hombre gangoso o produce sonido nasal.

[46] Despretz, César (1792-1863), físico francés que hizo investigaciones sobre la acústica.

sonido se exaspera. Esto se ha experimentado prácticamente cerdeando un violín. Hasta aquí no salimos de lo conocido, bien en que no sea vulgar.

Pero ya he dicho que me proponía estudiar el sonido cómo fuerza., He aquí mi teoría, que la experiencia ha confirmado:

Cuanto más bajo es el sonido, más superficiales son sus efectos sobre los cuerpos. Después de lo que sabemos, esto es bien sencillo. La fuerza penetrante del sonido depende, pues, de su altura; y como a ésta corresponde, según dije, una menor ondulación, resulta que mi onda sonora de 45.000 vibraciones por segundo es casi una flecha ligerísimamente ondulada. Por pequeña que sea esta ondulación, siempre es excesiva molecularmente hablando; y como mis diapasones no pueden reducirse más, era menester ingeniarse de otro modo.

Había, además, otro inconveniente. Las curvas de la onda sonora están relacionadas con su propagación, de tal modo que su ampliación progresa con gran velocidad hasta anularla como sonido, imposibilitando a la vez su desarrollo como fuerza; pero tanto este inconveniente, como el que resulta de la ondulación en sí, desaparecerían multiplicando la velocidad de traslación. De ésta depende que la onda no pierda la rectitud, que como toda curva tiene al comenzar, y al logro de semejante propósito concurrió una ley científica.

Fourier[47], el célebre matemático francés, ha enunciado un principio aplicable a las ondas simples -las de mi problema- que puede traducirse vulgarmente así:

Cualquier forma de onda puede estar compuesta por cierto número de onda simples de longitudes diferentes.

Siendo ello así, si yo pudiera lanzar sucesivamente un número cualquiera de ondas en progresión proporcional, la velocidad de la primera sería la suma de las velocidades de todas juntas; la proporción entre las ondulaciones de aquélla y su tralación quedaba rota con ventaja, y libertada por lo tanto la potencia mecánica del sonido.

Mi aparato va a demostrarles que todo esto se puede; pero aún no les he dicho lo que me proponía hacer.

Yo considero que el sonido es materia, desprendida en partículas infinitesimales del cuerpo sonoro, y dinamizada en tal forma, que da la sensación de sonido, como las partículas odoríferas dan la sensación del olor. Esa materia se desprende en la forma ondulatoria comprobada por la ciencia y que yo me proponía modificar, engendrando la onda aérea conocida por nosotros; del propio modo que la ondulación de una anguila bajo el agua es repetida por ésta en su superficie.

Cuando la doble onda choca con un cuerpo, la parte aérea se refleja contra su superficie; la aérea penetra, produciendo la vibración del cuerpo y sin ninguna otra consecuencia, pues el éter del cuerpo supuesto se dinamiza armónicamente con el de la onda, difundido en él; y ésta es la explicación, que se da por primera vez, de las vibraciones al unísono.

Una vez rota la relación entre las ondulaciones y su propagación, el éter sonoro no se difunde en la masa del cuerpo, sino que la perfora, ya completamente, ya hasta cierta profundidad. Y aquí viene la explicación misma de los fenómenos que produzco.

Todo cuerpo tiene un centro formado por la gravitación de moléculas que constituye su cohesión, y que representa el peso total de dichas moléculas. No necesito advertir que ese centro puede encontrarse en cualquier punto del cuerpo. Las moléculas representan aquí lo que las masas planetarias en el espacio.

Claro es que el más mínimo desplazamiento del centro en cuestión ocasionará instantáneamente la desintegración del cuerpo; pero no es menos cierto que para efectuarlo, venciendo la cohesión molecular, se necesitaría una fuerza enorme, algo de que la mecánica actual no tiene idea, y que yo he descubierto, sin embargo.

---

[47] Fourier, Jean Baptiste Joseph, Barón de (1768-1830), físico y matemático francés, autor de *La teoría analítica del calor*, obra en la que sintetiza sus investigaciones. Ha dado su nombre al Análisis Armónico de las Series, de gran aplicación en teorías físicas y fenómenos de naturaleza periódica, tales como vibraciones de cuerdas, mareas, vibraciones magnéticas.

Tyndall[48] ha dicho en un ejemplo gráfico que la fuerza del puñado de nieve contenido en la mano de un niño bastaría para hacer volar en pedazos una montaña. Calculen ustedes lo que se necesitará para vencer esa fuerza. Y yo desintegro bloques de granito de un metro cúbico...

Decía aquello sencillamente, como la cosa más natural, sin ocuparse de nuestra aquiescencia. Nosotros, aunque vagamente, íbamonos turbando con la inminencia de una gran revelación; pero acostumbrados al tono autoritario de nuestro amigo, nada replicábamos. Nuestros ojos, eso sí, buscaban al descuido por el taller los misteriosos aparatos. A no ser un volante de eje solidísimo, nada había que no nos fuese familiar.

-Llegamos -prosiguió el descubridor- al final de la exposición. Había dicho que necesitaba ondas sonoras susceptibles de ser lanzadas en progresión proporcional, y a vuelta de muchos tanteos, que no es menester describirlos, di con ellas.

Eran el do, fa, sol, do, que según la tradición antigua constituían la lira de Orfeo[49] y que contienen los intervalos más importantes de la declamación, es decir, el secreto musical de la voz humana. La relación de estas ondas es matemáticamente 1, 4/3, 3/2, 2; y arrancadas de la naturaleza, sin un agregado o deformación que las altere, son también una fuerza original. Ya ven ustedes que la lógica de los hechos iba paralela con la de la teoría.

Procedí entonces a construir mi aparato; mas, para llegar al que ustedes ven aquí -dijo sacando de su bolsillo un disco harto semejante a un reloj de níquel-, ensayé diversas máquinas.

Confieso que el aparato nos defraudó. La relación de magnitudes forma de tal modo la esencia del criterio humano, que al oír hablar de fuerzas enormes habíamos presentido máquinas grandiosas. Aquella cajita redonda, con un botón saliente en su borde, parecía cualquier cosa menos un generador de éter vibratorio.

-Primero -continuó el otro, sonriendo ante nuestra perplejidad- pensé en cosas complicadas, análogas a las sirenas de Koenig[50]. Luego fui simplificando de acuerdo con mis ideas sobre la deficiencia de las máquinas, hasta llegar a esto, que no es sino una solución transitoria. La delicadeza del aparato no permite abrirlo a cada momento; pero ustedes deben conocerlo -añadió, destornillando su tapa.

Contenía cuatro diapasoncillos, poco menos finos que cerdas, implantados a intervalos desiguales sobre un diafragma de madera que constituía el fondo de la caja. Un sutilísimo alambre se tendía y distendía rozándolos, bajo la acción del botón que sobresalía; y la boquilla de que antes hablé era una bocina microfónica.

-Los vacíos entre diapasón y diapasón, tanto como el espacio necesario para el juego de la cuerda que los roza, imponían al aparato este tamaño mínimo. Cuando ellos suenan, la cuádruple onda transformada en una sale por la bocina microfónica como un verdadero proyectil etéreo. La descarga se repite cuantas veces aprieto el botón, pudiendo salir las ondas sin solución de continuidad apreciable, es decir, mucho más próximas que las balas de una ametralladora, y formar un verdadero chorro de éter dinámico cuya potencia es incalculable.

Si la onda va al centro molecular del cuerpo, éste se desintegra en partículas impalpables. Si no, lo perfora con un agujerillo enteramente imperceptible. En cuanto al roce tangencial, van a ver ustedes sus efectos sobre aquel volante...

-... ¿Qué pesa...? -interrumpí.

-Trescientos kilogramos.

El botón comenzó a actuar con ruidecito intermitente y seco, ante nuestra curiosidad todavía incrédula; y como el silencio era grande, percibimos apenas una aguda estridencia, análoga al zumbido de un insecto.

---

[48] Tyndall, John (1820-1893), físico irlandés, investigó sobre el calor radiante en sus relaciones con gases y vapores; demostró la imposibilidad de la teoría de la generación espontánea y ciertos efectos dinámicos de la luz.

[49] Orfeo: hijo de Apolo y la musa Calíope; su padre le regaló la lira y le enseñó a tocarla con tal perfección que nadie se podía substraer a su encanto: las fieras se amansaban y los árboles y rocas no eran insensibles a su hechizo.

[50] Koenig, Rodolfo (1832-1901), físico francés, se especializó en acústica e introdujo modificaciones a la sirena inventada en 1819 por Cagnard-Latour.

No tardó mucho en ponerse en movimiento la mole, y aquél fue acelerándose de tal modo, que pronto vibró la casa entera como al empuje de un huracán. La maciza rueda no era más que una sombra vaga, semejante al ala de un colibrí en suspensión, y el aire desplazado por ella provocaba un torbellino dentro del cuarto.

El descubridor suspendió muy luego los efectos de su aparato, pues ningún eje habría aguantado mucho tiempo semejante trabajo.

Mirábamos suspensos, con una mezcla de admiración y pavor, trocada muy luego en desmedida curiosidad.

El médico quiso repetir el experimento; pero por más que abocó la cajita hacia el volante, nada consiguió. Yo intenté lo propio con igual desventura.

Creíamos ya en una broma de nuestro amigo, cuando éste dijo, poniéndose tan grave que casi daba en siniestro:

-Es que aquí está el misterio de mi fuerza. Nadie, sino yo, puede usarla. Y yo mismo no sé cómo sucede. Defino, sí, lo que pasa por mí como una facultad análoga a la puntería. Sin verlo, sin percibirlo en ninguna forma material yo *sé* dónde está el centro del cuerpo que deseo desintegrar y en la misma forma proyecto mi éter contra el volante ante.

Prueben ustedes cuanto quieran. Quizá al fin...

Todo fue en vano. La onda etérea se dispersaba inútil. En cambio, bajo la dirección de su amo, llamémosle así, ejecutó prodigios.

Un adoquín que calzaba la puerta rebelde se desintegró a nuestra vista, convirtiéndose con leve sacudida en un montón de polvo impalpable. Varios trozos de hierro sufrieron la misma suerte. Y resultaba en verdad de un efecto mágico aquella transformación de la materia, sin un esfuerzo perceptible, sin un ruido, como no fuera la leve estridencia que cualquier rumor ahogaba.

El médico, entusiasmado, quería escribir un artículo.

-No -dijo nuestro amigo-; detesto la notoriedad, aunque no he podido evitarla del todo, pues los vecinos comienzan a enterarse. Además, temo los daños que puede causar esto...

-En efecto -dije-; como arma sería espantoso.

- ¿No lo has ensayado sobre algún animal? -preguntó el médico.

-Ya sabes -respondió nuestro amigo con grave mansedumbre- que jamás causo dolor a ningún ser viviente.

Y con esto terminó la sesión.

Los días siguientes trascurrieron entre maravillas; y recuerdo como particularmente notable la desintegración de un vaso de agua, que desapareció de súbito cubriendo de rocío toda la habitación.

-El vaso permanece -explicaba el sabio- porque no forma un bloque con el agua, a causa de que no hay entre ésta y el cristal adherencia perfecta. Lo mismo sucedería si estuviera herméticamente cerrado. El líquido, convertido en partículas etéreas, sería proyectado a través de los poros del cristal...

Así marchamos de asombro en asombro; mas el secreto no podía prolongarse, y es imposible valorar lo que se perdió en el triste suceso cuyo relato finalizará esta historia.

Lo cierto es -para qué entretenerse en cosas tristes- que una de esas mañanas encontramos a nuestro amigo, muerto, con la cabeza recostada en el respaldo de su silla.

Fácil es imaginar nuestra consternación. El aparato maravilloso estaba ante él y nada anormal se notaba en el laboratorio.

Mirábamos sorprendidos, sin conjeturar ni lejanamente la causa de aquel desastre, cuando noté de pronto que la pared a la cual casi tocaba la cabeza del muerto se hallaba cubierta de una capa grasosa, una especie de manteca.

Casi al mismo tiempo mi compañero lo advirtió también, y raspando con su dedo sobre aquella mixtura, exclamó sorprendido:

- ¡Esto es sustancia cerebral!

La autopsia confirmó su dicho, certificando una nueva maravilla del portentoso aparato. Efectivamente, la cabeza de nuestro pobre amigo estaba vacía, sin un átomo de sesos,

El proyectil etéreo, quién sabe por qué rareza de dirección o por qué descuido, habíale desintegrado el cerebro, proyectándolo en explosión atómica a través de los poros de su cráneo. Ni un rastro exterior denunciaba la catástrofe, y aquel fenómeno, con todo su horror, era, a fe mía, el más estupendo de cuantos habíamos presenciado.

Sobre mi mesa de trabajo, aquí mismo, en tanto que finalizo esta historia, el aparato en cuestión brilla, diríase siniestramente, al alcance de mi mano.

Funciona perfectamente; pero el éter formidable, la sustancia prodigiosa y homicida de la cual tengo, ¡ay!, tan desgraciada prueba, se pierde sin rumbo en el espacio, a pesar de todas mis vanas tentativas. En el instituto Lutz y Schultz han ensayado también sin éxito.

LA LLUVIA DE FUEGO

EVOCACION DE UN DESENCARNADO DE GOMORRA[51]

Y tornaré el cielo de hierro y la tierra de cobre. Levítico, XXVI, 19[52].

RECUERDO que era un día de sol hermoso, lleno del hormigueo popular, en las calles atronadas de vehículos. Un día asaz cálido y de tersura perfecta.

Desde mi terraza dominaba una vasta confusión de techos, vergeles salteados, un trozo de bahía punzado de mástiles, la recta gris de una avenida...

A eso de las once cayeron las primeras chispas. Una aquí, otra allá -partículas de cobre semejantes a las morcellas de un pabilo; partículas de cobre incandescente que daban en el suelo con un ruidecito de arena. El cielo seguía de igual limpidez; el rumor urbano no decrecía. Unicamente los pájaros de mi pajarera cesaron de cantar.

Casualmente lo había advertido, mirando hacia el horizonte en un momento de abstracción. Primero creí en una ilusión óptica formada por mi miopía. Tuve que esperar largo rato para ver caer otra chispa, pues la luz solar anegábalas bastante; pero el cobre ardía de tal modo, que se destacaban lo mismo. Una rapidísima vírgula[53] de fuego, y el golpecito en la tierra. Así, a largos intervalos.

Debo confesar que al comprobarlo experimenté un vago terror. Exploré el cielo en una ansiosa ojeada. Persistía la limpidez. ¿De dónde venía aquel extraño granizo? ¿Aquel cobre? ¿Era cobre...?

Acababa de caer una chispa en mi terraza, a pocos pasos. Extendí la mano; era, a no caber duda, un gránulo de cobre que tardó mucho en enfriarse. Por fortuna la brisa se levantaba, inclinando aquella lluvia singular hacia el lado opuesto de mi terraza. Las chispas eran harto ralas, además. Podía creerse por momentos que aquello había ya cesado. No cesaba. Uno que otro, eso sí, pero caían siempre los temibles gránulos.

En fin, aquello no había de impedirme almorzar, pues era el mediodía. Bajé al comedor atravesando el jardín, no sin cierto miedo de las chispas. Verdad es que el toldo, corrido para evitar el sol, me resguardaba...

¿Me resguardaba? Alcé los ojos; pero un toldo tiene tantos poros, que nada pude descubrir.

En el comedor me esperaba un almuerzo admirable; pues mí afortunado celibato sabía dos cosas sobre todo: leer y comer. Excepto la biblioteca, el comedor era mi orgullo. Ahíto de mujeres y un poco gotoso, en punto a vicios amables nada podía esperar ya sino de la gula. Comía solo, mientras un esclavo me leía narraciones geográficas. Nunca había podido comprender las comidas en compañía; y si las mujeres me hastiaban, como he dicho, ya comprenderéis que aborrecía a los hombres.

---

[51] Desencarnado: espíritu separado del cuerpo que animó.

Gomorra: ciudad en el sur de Canaán, Palestina. Formaba con Sodoma, Adama, Seboim y Soar una Pentápolis. Sodoma y Gomorra constituían una doble ciudad. Ambas, según la *Biblia*, eran pecadoras y corruptas, por eso Dios las destruyó, salvando sólo a Lot y a parte de su familia (*Génesis*, 19, 24 y ss.), haciendo llover fuego y azufre.

[52] Son palabras de Yavéh al pueblo judío, diciéndole que si no obra según sus mandamientos lo castigará con toda clase de desgracias: enfermedades, derrota en las guerras, esterilidad de los campos, fieras que devoren sus ganados y niños, etcétera, y, entre ellas, el convertir el cielo en hierro y la tierra en cobre o bronce. Esta referencia alude a la infecundidad en que sumirá los campos, según se advierte por el versículo siguiente: “Serán vanas vuestras fatigas, pues no os dará la tierra sus productos ni los árboles sus frutos”. Este epígrafe bíblico fue agregado en la edición de 1926.

[53] Vírgula: rayita o línea muy delgada y corta.

¡Diez años me separaban de mi última orgía! Desde entonces, entregado a mis jardines, a mis peces, a mis pájaros, faltábame tiempo para salir. Alguna vez, en las tardes muy calurosas, un paseo a la orilla del lago. Me gustaba verlo, escamado de luna al anochecer, pero esto era todo y pasaba meses sin frecuentarlo.

La vasta ciudad libertina[54] era para mí un desierto donde se refugiaban mis placeres. Escasos amigos; breves visitas; largas horas de mesa; lecturas; mis peces; mis pájaros; una que otra noche tal cual orquesta de flautistas, y dos o tres ataques de gota por año...

Tenía el honor de ser consultado para los banquetes, y por ahí figuraban, no sin elogio, dos o tres salsas de mi invención. Esto me daba derecho -lo digo sin orgullo- a un busto municipal, con tanta razón como a la compatriota que acababa de inventar un nuevo beso.

Entre tanto, mi esclavo leía. Leía narraciones de mar y de nieve, que comentaban admirablemente, en la ya entrada siesta, el generoso frescor de las ánforas. La lluvia de fuego había cesado quizá, pues la servidumbre no daba muestras de notarla.

De pronto, el esclavo que atravesaba el jardín con un nuevo plato no pudo reprimir un grito. Llegó, no obstante, a la mesa; pero acusando con su lividez un dolor horrible. Tenía en su desnuda espalda un agujerillo, en cuyo fondo sentíase chirriar aún la chispa voraz que lo había abierto. Ahogámosla en aceite, y fue enviado al lecho sin que pudiera contener sus ayes.

Bruscamente acabó mí apetito; y aunque seguí probando los platos para no desmoralizar a la servidumbre, aquélla se apresuró a comprenderme. El incidente me había desconcertado.

Promediaba la siesta cuando subí nuevamente a la terraza. El suelo estaba ya sembrado de gránulos de cobre; mas no parecía que la lluvia aumentara. Comenzaba a tranquilizarme, cuando una nueva inquietud me sobrecogió. El silencio era absoluto. El tráfico estaba paralizado a causa del fenómeno, sin duda. Ni un rumor en la ciudad. Sólo, de cuando en cuando, un vago murmullo de viento sobre los árboles. Era también alarmante la actitud de los pájaros. Habíanse apelotonado en un rincón casi unos sobre otros. Me dieron compasión y decidí abrirles la puerta. No quisieron salir; antes se recogieron más acongojados aún. Entonces comenzó a intimidarme la idea de un cataclismo.

Sin ser grande mi erudición científica, sabía que nadie mencionó jamás esas lluvias de cobre incandescente. ¡Lluvias de cobre! En el aire no hay minas de cobre. Luego aquella limpidez del cielo no dejaba conjeturar la procedencia. Y lo alarmante del fenómeno era esto. Las chispas venían de todas partes y de ninguna. Era la inmensidad desmenuzándose invisiblemente en fuego. Caía del firmamento el terrible cobre; Pero el firmamento permanecía impasible en su azul. Ganábame poco a poco una extraña congoja; pero, cosa rara: hasta entonces no había pensado en huir. Esta idea se mezcló con desagradables interrogaciones. ¡Huir! ¿Y mi mesa, mis libros, mis pájaros, mis peces que acababan precisamente de estrenar un vivero, mis jardines ya ennoblecidos de antigüedad, mis cincuenta años de placidez, en la dicha del presente, en el descuido del mañana…?

¿Huir...? Y pensé con horror en mis posesiones (que no conocía) del otro lado del desierto, con sus camelleros viviendo en tiendas de lana negra y tomando por todo alimento leche cuajada, trigo tostado, miel agria...

Quedaba una fuga por el lago, corta fuga después de todo, si en el lago como en el desierto, según era lógico, llovía cobre también; pues no viniendo aquello de ningún foco visible, debía de ser general.

No obstante el vago terror que me alarmaba, decíame todo eso claramente, lo discutía conmigo mismo, un poco enervado a la verdad por el letargo digestivo de mi siesta consuetudinaria. Y después de todo, algo me decía que él fenómeno no iba a pasar de allí. Sin embargo, nada se perdía con hacer armar el carro.

En ese momento llenó el aire una vasta vibración de campanas. Y casi junto con ella advertí una cosa: ya no llovía cobre. El repique era una acción de gracias, coreada casi acto

[54] Sodoma y Gomorra han pasado a significar, por antonomasia, La imagen de las ciudades depravadas, centro de las desviaciones aberrántes y pecaminosas. La palabra "sodomía", para indicar relaciones antinaturales, homosexuales, proviene de esta relación.

continuo por el murmullo habitual de la ciudad. Esta despertaba de su fugaz atonía, doblemente gárrula. En algunos barrios hasta quemaban petardos.

Acodado al parapeto de la terraza, miraba con un desconocido bienestar solidario la animación vespertina que era todo amor y lujo. El cielo seguía purísimo. Muchachos afanosos recogían en escudillas la granalla de cobre, que los caldereros habían empezado a comprar[55]. Era todo cuanto quedaba de la grande amenaza celeste.

Más numerosa que nunca, la gente de placer coloría las calles; y aun recuerdo que sonreí vagamente a un equívoco mancebo, cuya túnica recogida hasta las caderas en un salto de bocacalle dejó ver sus piernas glabras, jaqueladas de cintas[56]. Las cortesanas, con el seno desnudo según la nueva moda, y apuntalado en deslumbrante coselete[57], paseaban su indolencia sudando perfumes. Un viejo lenón[58], erguido en su carro, manejaba como si fuese una vela una hoja de estaño, que con apropiadas pinturas anunciaba amores monstruosos de fieras: ayuntamientos de lagartos con cisnes; un mono y una foca; una doncella cubierta por la delirante pedrería de un pavo real. Bello cartel, a fe mía; y garantida la autenticidad de las piezas. Animales amaestrados por no sé qué hechicería bárbara, y desequilibrados con opio y con asafétida[59].

Seguido por tres jóvenes enmascarados pasó un negro amabilísimo, que dibujaba en los patios con polvos de colores derramados al ritmo de una danza, escenas secretas. También depilaba al oropimente[60] y sabía dorar las uñas.

Un personaje fofo, cuya condición de eunuco se adivinaba en su morbidez, pregonaba al son de crótalos[61] de bronce, cobertores de un tejido singular que producía el insomnio y el deseo. Cobertores cuya abolición habían pedido los ciudadanos honrados. Pues mi ciudad sabía gozar, sabía vivir.

Al anochecer recibí dos visitas que cenaron conmigo. Un condiscípulo jovial, matemático cuya vida desarreglada era el escándalo de la ciencia, y un agricultor enriquecido. La gente sentía necesidad de visitarse después de aquellas chispas de cobre. De visitarse y de beber, pues ambos se retiraron completamente borrachos. Yo hice una rápida salida. La ciudad, caprichosamente iluminada, había aprovechado la coyuntura para decretarse una noche de fiesta. En algunas cornisas alumbraban perfumando lámparas de incienso. Desde sus balcones, las jóvenes burguesas, excesivamente ataviadas, se divertían en proyectar de un soplo a las narices de los transeúntes distraídos tripas pintarrajeadas y crepitantes de cascabeles. En cada esquina se bailaba. De balcón a balcón cambiábanse flores y gatitos de dulce. El césped de los parques palpitaba de parejas...

Regresé temprano y rendido. Nunca me acogí al lecho con más grata pesadez de sueño.

Desperté bañado en sudor, los ojos turbios, la garganta reseca. Había afuera un rumor de lluvia. Buscando algo, me apoyé en la pared, y por mi cuerpo corrió como un latigazo el escalofrío del miedo. La pared estaba caliente y conmovida por una sorda vibración. Casi no necesité abrir la ventana para darme cuenta de lo que ocurría.

---

[55] Granallas: granos o porciones menudas a que se reducen los metales para su fundición.
Caldereros: que venden o fabrican calderas, vasijas redondas de metal.

[56] Piernas glabras: sin vello, lampiñas. Jaqueladas de cintas: dos cintas se trenzan subiendo por la pierna desde el tobillo, formando cuadros o escaques en ella, como adorno. Se llaman “escaques” las casillas dei tablero de ajedrez y las divisiones de los escudos heráldicos.

[57] Coselete: pieza de vestir que, como un corsé (en francés corselet ajusta el talle por debajo de los senos.

[58] Lenón: alcahuete, es decir, que trafica con mujeres públicas o prostitutas. Al prostíbulo se le llama también lenocinio.

[59] Asafétida o asa (jugo) fétida: planta exótica que da una resina gomosa de color amarillento sucio, de olor muy fuerte y de sabor amargo y nauseabundo. Se usa como antiespasmódico.

[60] Oropimente: mineral compuesto de arsénico y azufre, de color limón y de brillo anacarado, que se emplea en pintura y en tintorería.

[61] Eunuco: castrado. Morbidez: blandura, flaccidez de las carnes. Crótalos: instrumento musical de percusión, semejante a las castañuelas.

La lluvia de cobre había vuelto, pero esta vez nutrida y compacta. Un caliginoso vaho sofocaba la ciudad; un olor entre fosfatado y urinoso[62] apestaba el aire. Por fortuna, mi casa estaba rodeada de galerías y aquella lluvia no alcanzaba las puertas.

Abrí la que daba al jardín. Los árboles estaban negros, ya sin follaje; el piso, cubierto de hojas carbonizadas. El aire, rayado de vírgulas de fuego, era de una paralización mortal; y por entre aquéllas se divisaba el firmamento, siempre impasible, siempre celeste.

Llamé, llamé en vano. Penetré hasta los aposentos famularios[63]. La servidumbre se había ido. Envueltas las piernas en un cobertor de biso[64], acorazándome espaldas y cabeza con una bañera de metal que me aplastaba horriblemente, pude llegar hasta las caballerizas. Los caballos habían desaparecido también. Y con una tranquilidad que hacía honor a mis nervios, me di cuenta de que estaba perdido.

Afortunadamente, el comedor se encontraba lleno de provisiones; su sótano, atestado de vinos. Bajé a él. Conservaba todavía su frescura; hasta su fondo no llegaba la vibración de la pesada lluvia, el eco de su grave crepitación. Bebí una botella, y luego extraje de la alacena secreta el pomo de vino envenenado. Todos los que teníamos bodega poseíamos uno, aunque no lo usáramos ni tuviéramos convidados cargosos. Era un licor claro e insípido, de efectos instantáneos.

Reanimado por el vino, examiné mi situación. Era asaz sencilla. No pudiendo huir, la muerte me esperaba; pero con el veneno aquel, la muerte me pertenecía. Y decidí ver eso todo lo posible, pues era, a no dudarlo, un espectáculo singular. ¡Una lluvia de cobre incandescente! ¡La ciudad en llamas! Valía la pena.

Subí a la terraza, pero no pude pasar de la puerta que daba acceso a ella. Veía desde allá lo bastante, sin embargo. Veía y escuchaba. La soledad era absoluta. La crepitación no se interrumpía sino por uno que otro ululato de perro, o explosión anormal. El ambiente estaba rojo; y a su través, troncos, chimeneas, casas, blanqueaban con una lividez tristísima. Los pocos árboles que conservaban follaje retorcíanse, negros, de un negro de estaño. La luz había decrecido un poco, no obstante la persistencia de la limpidez celeste. El horizonte estaba, esto sí, mucho más cerca, y como ahogado en ceniza. Sobre el lago flotaba un denso vapor, que algo corregía la extraordinaria sequedad del aire.

Percibíase claramente la combustible lluvia, en trazos de cobre que vibraban como el cordaje innumerable de un arpa, y de cuando en cuando mezclábanse con ella ligeras flámulas: Humaredas negras anunciaban incendios aquí y allá.

Mis pájaros comenzaban a morir de sed y hube de bajar hasta el aljibe para llevarles agua. El sótano comunicaba con aquel depósito, vasta cisterna que podía resistir mucho al fuego celeste; mas por los conductos que del techo y de los patios desembocaban allá habíase deslizado algún cobre, y el agua tenía un gusto particular, entre natrón[65] y orina, con tendencia a salarse. Bastóme levantar las trampillas de mosaico que cerraban aquellas vías, para cortar a mi agua toda comunicación con el exterior.

Esa tarde y toda la noche fue horrendo el espectáculo de la ciudad. Quemada en sus domicilios, la gente huía despavorida, para arderse en las calles, en la campiña desolada; y la población agonizó bárbaramente, con ayes y clamores de una amplitud, de un horror, de una variedad estupendos. Nada hay tan sublime como la voz humana. El derrumbe de los edificios, la combustión de tantas mercancías y efectos diversos, y más que todo la quemazón de tantos cuerpos acabaron por agregar al cataclismo el tormento de su hedor infernal. Al declinar el sol, el aire estaba casi negro de humo y polvaredas. Las flámulas que danzaban por la mañana entre el cobre pluvial eran ahora llamaradas siniestras. Empezó a soplar un viento ardentísimo, denso, como alquitrán caliente. Parecía que se estuviese en un inmenso horno sombrío. Cielo, tierra, aire: todo acababa: No había más que tinieblas y fuego. ¡Ah, el horror

---

[62] Caliginoso: denso, oscuro, nebuloso. Fosfatado: con fosfato, sal formada por ácido fosfórico. Urinoso: propio de la orina.

[63] Famulario: famular, propio de la servidumbre.

[64] Biso: producto segregado por ciertos moluscos, en forma de filamentos. Estas fibras se mezclan con lana y seda para confeccionar tejidos.

[65] Natrón: es el carbonato de sódico, usado en la fabricación de jabón y vidrio.

de aquellas tinieblas que todo el fuego, el enorme fuego de la ciudad ardida no alcanzaba a dominar; y aquella fetidez de pingajos, de azufre, de grasa cadavérica en el aire seco que hacía escupir sangre; y aquellos clamores que no sé cómo no acababan nunca, aquellos clamores que cubrían el rumor del incendio, más vasto que un huracán, aquellos clamores en que aullaban, gemían, bramaban todas las bestias con un inefable pavor de eternidad...!

Bajé a la cisterna, sin haber perdido hasta entonces mi presencia de ánimo, pero enteramente erizado con todo aquel horror; y al verme de pronto en esa oscuridad amiga, al amparo de la frescura, ante el silencio del agua subterránea, me acometió de pronto un miedo que no sentía -estoy seguro- desde cuarenta años atrás miedo infantil de una presencia enemiga y difusa y me eché a llorar, a llorar como un loco, a llorar de miedo, allá en un rincón sin rubor alguno.

No fue sino muy tarde, cuando al escuchar el derrumbe de un techo, se me ocurrió apuntalar la puerta del sótano. Hícelo así con su propia escalera y algunos barrotes de la estantería, devolviéndome aquella defensa alguna tranquilidad; no porque hubiera de salvarme, sino por la benéfica influencia de la acción. Cayendo a cada instante en modorras que entrecortaban funestas pesadillas, pasé las horas. Continuamente oía derrumbes allá cerca. Había encendido dos lámparas que traje conmigo, para darme valor, pues la cisterna era asaz lóbrega. Hasta llegué a comer, bien que sin apetito, los restos de un pastel. En cambio, bebí mucha agua.

De repente mis lámparas empezaron a amortiguarse, y junto con eso el terror, el terror paralizante esta vez, me asaltó. Había gastado, sin prevenirlo, toda mi luz, pues no tenía sino aquellas lámparas. No advertí, al descender esa tarde, traerlas todas conmigo.

Las luces decrecieron y se apagaron. Entonces advertí que la cisterna empezaba a llenarse con el hedor del incendio. No quedaba otro remedio que salir; y luego, todo, todo era preferible a morir asfixiado como una alimaña en su cueva.

A duras penas conseguí alzar la tapa del sótano que los escombros del comedor cubrían...

...Por segunda vez había cesado la lluvia infernal. Pero la ciudad ya no existía. Techos, puertas, gran cantidad de muros, todas las torres yacían en ruinas. El silencio era colosal, un verdadero silencio de catástrofe. Cinco o seis grandes humaredas empinaban aún sus penachos; y bajo el cielo que no se había enturbiado ni un momento, un cielo cuya crudeza azul certificaba indiferencias eternas, la pobre ciudad, mi pobre ciudad, muerta, muerta para siempre, hedía como un verdadero cadáver.

La singularidad de la situación, lo enorme del fenómeno, y sin duda también el regocijo de haberme salvado, único entre todos, cohibían mi dolor reemplazándolo por una curiosidad sombría. El arco de mi zaguán había quedado en pie, y asiéndome de las adarajas pude llegar hasta su ápice[66].

No quedaba un solo resto combustible y aquello se parecía mucho a un escorial volcánico[67]. A trechos, en los parajes que la ceniza no cubría, brillaba con un bermejor de fuego[68] el metal llovido. Hacia el lado del desierto resplandecía hasta perderse de vista un arenal de cobre. En las montañas, a la otra margen del lago, las aguas evaporadas de éste condensábanse en una tormenta. Eran ellas las que habían mantenido respirable el aire durante el cataclismo. El sol brillaba inmenso, y aquella soledad empezaba a agobiarme con una honda desolación, cuando hacia el lado del puerto percibí un bulto que vagaba entre las ruinas. Era un hombre, y habíame percibido ciertamente, pues se dirigía a mí.

No hicimos ademán alguno de extrañeza cuando llegó, y trepando por el arco vino a sentarse conmigo. Tratábase de un piloto, salvado como yo en una bodega, pero apuñaleando a su propietario. Acababa de agotársele el agua y por ello salía.

---

[66] Adaraja: cada uno de los dentellones que se forman en la interrupción lateral de un muro para su trabazón al proseguirlo, con una hilera saliente y otra entrante. Apice: extremo superior, punto más alto.

[67] Escorial: sitio donde se echan las escorias o sobrantes de las fábricas metalúrgicas. También, el montón de escorias, que es la substancia vítrea que sobrenada en el crisol de los hornos de fundir metales. Por fin, la lava de los volcanes. Las distintas acepciones se concitan en el texto.

[68] Bermejor: arcaísmo por bermejura: color bermejo, rojizo.

Asegurado a este respecto, empecé a interrogarlo. Todos los barcos ardieron, los muelles, los depósitos; y el lago habíase vuelto amargo. Aunque advertí que hablábamos en voz baja, no me atreví -ignoro por qué - a levantar la mía.

Ofrecíle mi bodega, donde quedaban aún dos docenas de jamones, algunos quesos, todo el vino...

De repente notamos una polvareda hacia el lado del desierto. La polvareda de una carrera. Alguna partida que enviaban, quizá, en socorro, los compatriotas de Adama o de Seboim[69].

Pronto hubimos de sustituir esta esperanza por un espectáculo tan desolador como peligroso,

Era un tropel de leones, las fieras sobrevivientes del desierto, que acudían a la ciudad como a un oasis, furiosos de sed, enloquecidos de cataclismo.

La sed y no el hambre los enfurecía, pues pasaron junto a nosotros sin advertirnos. Y en qué estado venían. Nada como ellos revelaba tan lúgubremente la catástrofe.

Pelados como gatos sarnosos, reducida a escasos chicharrones la crin, secos los ijares, en una desproporción de cómicos a medio vestir con la fiera cabezota, el rabo agudo y crispado como el de una rata que huye, las garras pustulosas, chorreando sangre -todo aquello decía a las claras sus tres días de horror bajo el azote celeste, al azar de las inseguras cavernas que no habían conseguido ampararlos.

Rondaban los surtidores secos con un desvarío humano en sus ojos, y bruscamente reemprendían su carrera en busca de otro depósito, agotado también; hasta que sentándose por último en torno del postrero, con el calcinado hocico en alto, la mirada vagorosa de desolación y de eternidad, quejándose al cielo, estoy seguro, pusiéronse a rugir.

Ah... nada, ni el cataclismo con sus horrores, ni el clamor de la ciudad moribunda era tan horroroso como ese llanto de fiera sobre las ruinas. Aquellos rugidos tenían una evidencia de palabra. Lloraban quién sabe qué dolores de inconciencia y de desierto a alguna divinidad oscura. El alma sucinta de la bestia agregaba a sus terrores de muerte el pavor de lo incomprensible. Si todo estaba lo mismo, el sol cuotidiano. El cielo eterno, el desierto familiar, ¿por qué se ardían y por qué no había agua...? Y careciendo de toda idea de relación con los fenómenos, su horror era ciego, es decir, más espantoso. El trasporte de su dolor elevábalos a cierta vaga noción de provenencia, ante aquel cielo de donde había estado cayendo la lluvia infernal; y sus rugidos preguntaban ciertamente algo a la cosa tremenda que causaba su padecer. Ah... esos rugidos, lo único de grandioso que conservaban aún aquellas fieras disminuidas: cuál comentaban el horrendo secreto de la catástrofe; cómo interpretaban en su dolor irremediable la eterna soledad, el eterno silencio la eterna sed…

Aquello no debía durar mucho. El metal candente empezó a llover de nuevo, más compacto, más pesado que nunca.

En nuestro súbito descenso alcanzamos a ver que las fieras se desbandaban buscando abrigo bajo los escombros.

Llegamos a la bodega, no sin que nos alcanzaran algunas chispas; y comprendiendo que aquel nuevo chaparrón iba a consumar la ruina, me dispuse a concluir.

Mientras mi compañero abusaba de la bodega -por primera y última vez, a buen seguro- decidí aprovechar el agua de la cisterna en mi baño fúnebre; y después de buscar inútilmente un trozo de jabón, descendí a ella por la escalinata que servía para efectuar su limpieza.

Llevaba conmigo el pomo de veneno, que me causaba un gran bienestar, apenas turbado por la curiosidad de la muerte.

El agua fresca y la oscuridad me devolvieron a las voluptuosidades de mi existencia de rico que acababa de concluir. Hundido hasta el cuello, el regocijo de la limpieza y una dulce impresión de domesticidad acabaron de serenarme.

---

[69] Dos de las ciudades de la Pentápolis. Véase nota 1.

Oía afuera el huracán de fuego. Comenzaban otra vez a caer escombros. De la bodega no llegaba un solo rumor. Percibí en eso un reflejo de llamas que entraban por la puerta del sótano, el característico tufo urinoso... Llevé el pomo a mis labios, y...

UN FENOMENO INEXPLICABLE[70]

HACE de esto once años. Viajaba por la región agrícola que se dividen las provincias de Córdoba y Santa Fe, provisto de las recomendaciones indispensables para escapar a las horribles posadas de aquellas colonias en formación. Mi estómago, derrotado por los invariables salpicones con hinojo y las fatales nueces del postre, exigía fundamentales refacciones. Mi última peregrinación debía efectuarse bajo los peores auspicios. Nadie sabía indicarme un albergue en la población hacia donde iba a dirigirme. Sin embargo, las circunstancias apremiaban, cuando el juez de paz, que me profesaba cierta simpatía, vino en mi auxilio.

Conozco allá -me dijo- un señor inglés viudo y solo. Posee una casa, lo mejor, de la colonia, y varios terrenos de no escaso valor. Algunos servicios que mi cargo me puso en situación de prestarle serán buen pretexto para la recomendación que usted desea, y que si es eficaz le proporcionara excelente hospedaje. Digo si es eficaz, pues mi hombre, no obstante sus cualidades, suele tener su luna[71] en ciertas ocasiones¸ siendo¸ además, extraordinariamente Nadie ha podido penetrar en su casa más allá del dormitorio donde instala a sus huéspedes muy escasos por otra parte. Todo esto quiere decir que va usted en condiciones nada ventajosas, pero es cuanto puedo suministrarle. El éxito es puramente casual, Con todo, si usted quiere una carta de recomendación...

Acepté y emprendí acto continuo mi viaje, llegando al punto de destino horas después.

Nada tenía de atrayente el lugar. La estación con su techo de tejas coloradas; su andén crujiente de carbonilla; su semáforo a la derecha, su pozo a la izquierda. En la doble vía del frente, media docena de vagones que aguardaban la cosecha. Más allá el galpón, bloqueado por bolsas de trigo. A raíz del terraplén, la pampa con su color amarillento como un pañuelo de yerbas[72]; casitas sin revoque diseminadas a lo lejos, cada una con su parva al costado; sobre el horizonte, el festón de humo del tren en marcha, y un silencio de pacífica enormidad entonando el color rural del paisaje.

Aquello era vulgarmente simétrico como todas las fundaciones recientes. Notábanse rayas de mensura en esa fisonomía de pradera otoñal. Algunos colonos llegaban a la estafeta en busca de cartas. Pregunté a uno por la casa consabida, obteniendo inmediatamente las señas. Noté en el modo de referirse a mi huésped que se lo tenía por hombre considerable.

No vivía lejos de la estación. Unas diez cuadras más allá, hacia el oeste, al extremo de un camino polvoroso que con la tarde tomaba coloraciones lilas, distinguí la casa con su parapeto y su cornisa, de cierta gallardía exótica entre las viviendas circundantes; su jardín al frente; el patio interior rodeado por una pared tras la cual sobresalían ramas de duraznero. El conjunto era agradable y fresco; pero todo parecía deshabitado. En el silencio de la tarde, allá sobre la campiña desierta, aquella casita, no obstante su aspecto de chalet industrioso; tenía una especie de triste dulzura, algo de sepulcro nuevo en el emplazamiento de un antiguo cementerio.

Cuando llegué a la verja noté que en el jardín había rosas, rosas de otoño cuyo perfume aliviaba como una caridad la fatigosa exhalación de las trillas. Entre las plantas que casi podía tocar con la mano crecía libremente la hierba; y una pala cubierta de óxido yacía contra la pared, con su cabo enteramente liado por una guía de enredadera.

Empujé la puerta de reja, atravesé el jardín, y no sin cierta impresión vaga de temor fui a golpear la puerta interna. Pasaron minutos. El viento se puso a silbar en una rendija,

---

[70] Publicado con el título “La licanthropia” (cuento) en Philadelphia, Revista Mensual de Estudios Teosóficos, Buenos Aires, año 1, No 3, 7 de setiembre de 1898.pp. 84-92.

[71] Tener su luna: sentir perturbaciones en el tiempo de las variaciones de la Luna.

[72] Pañuelo de hierbas o yerbas: se llama al de tela basta, de tamaño algo mayor que el ordinario y con dibujos estampados en colores, comúnmente aceros.

agravando la soledad. A un segundo llamado, sentí pasos; y poco después la puerta se abría con un ruido de madera reseca. El dueño de casa apareció saludándome.

Presenté mi carta. Mientras leía, pude observarlo a mis anchas. Cabeza elevada y calva; rostro afeitado de clergyman[73]; labios generosos, nariz austera. Debía de ser un tanto místico. Sus protuberancias superciliares equilibraban con una recta expresión de tendencias impulsivas el desdén imperioso de su mentón[74]. Definido por sus inclinaciones profesionales, aquel hombre podía ser lo mismo un militar que un misionero. Hubiera deseado mirar sus manos para completar mi impresión, mas sólo podía verlas por el dorso[75].

Enterado de la carta, me invitó a pasar, y todo el resto de mi permanencia, hasta la hora de comer, quedó ocupado por mis arreglos personales. En la mesa fue donde empecé a notar algo extraño.

Mientras comíamos, advertí que no obstante su perfecta cortesía algo preocupaba a mi interlocutor. Su mirada invariablemente dirigida, hacia un ángulo de la habitación manifestaba cierta angustia; pero como su sombra daba precisamente en ese punto, mis miradas furtivas nada pudieron descubrir. Por lo demás, bien podía no ser aquello sino una distracción habitual.

La conversación seguía en tono bastante animado, sin embargo. Tratábase del cólera que por entonces azotaba los pueblos cercanos. Mi huésped era homeópata[76] y no disimulaba su satisfacción por haber encontrado en mí uno del gremio. A este propósito, cierta frase del diálogo hizo variar su tendencia. La acción de las dosis reducidas acababa de sugerirme un argumento que me apresuré a exponer.

-La influencia que sobre el péndulo de Rutter[77] -dije concluyendo una frase- ejerce la proximidad de cualquier sustancia no depende dé la cantidad. Un glóbulo homeopático determina oscilaciones iguales a las que produciría una dosis quinientas o mil veces mayor.

Advertí al momento que acababa de interesar con mi observación. El dueño de casa me miraba ahora.

-Sin embargo -respondió-, Reichenbach ha contestado negativamente esa prueba. Supongo que ha leído usted a Reichenbach[78].

-Lo he leído, sí; he atendido sus críticas, he ensayado, y mi aparato, confirmando a Rutter, me ha demostrado que el error procedía del sabio alemán, no del inglés. La causa de semejante error es sencillísima, tanto que me sorprende cómo no dio con ella el ilustre descubridor de la parafina y de la creosota.

Aquí, sonrisa de mi huésped: prueba terminante de que nos entendíamos.

- ¿Usó usted el primitivo péndulo de Rutter, o el perfeccionado por el doctor Leger?

-El segundo -respondí.

-Es mejor. ¿Y cuál sería, según sus investigaciones, la causa del error de Reichenbach?

---

[73] Clergyman: (inglés) clérigo, sacerdote.

[74] Las observaciones apuntadas responden a la fisiognomía, disciplina que se basa en las relaciones entre el alma y el cuerpo para inferir del aspecto y configuración del rostro de un individuo rasgos de su carácter.

[75] La alusión es propia de la quiromancia, ciencia oculta asociada a la Astrología y a la Cábala, que considera a los signos que contiene la mano del individuo como reveladores de su destino.

[76] Homeópata: que profesa la homeopatía, sistema curativo que aplica a las enfermedades, en dosis mínimas, las mismas sustancias que, en cantidades mayores, producirían al hombre sano síntomas iguales a los que trata de combatir. Se opone a la medicina alópata. Más adelante se aplica el adjetivo “homeopático” como sinónimo de lo presentado en dosis diminutas.

[77] El péndulo al que se alude es el usado en radiestesia; consiste en una bolita, casi siempre de metal -aunque puede ser de otros materiales, p.ej. saúco que cuelga de un hilo. Los movimientos del péndulo proporcionan los indicios buscados. La radiestesia es la ciencia de la percepción de las radiaciones de índole electromagnética de la naturaleza, cuya presencia no registrarían instrumentos de otro tipo. Los zahoríes o rabdomantes sostienen que ellos pueden captar, con un péndulo o una varilla en forma de horqueta, las radiaciones que emiten los yacimientos minerales o aguas subterráneas. Otros radiestesistas captan las radiaciones que emanan de un organismo -“magnetismo animal o fluido vital”- y diagnostican dolencias.

[78] Reichenbad, Karl von. Barón alemán, químico e industrial, realizó experiencias sobre magnetismo animal y llamó *od* a la fuerza magnética presente en todo el universo imanes, animales, plantas, hombres.

-Esta: los sensitivos[79] con que operaba influían sobre el aparato, sugestionándose por la cantidad del cuerpo estudiado. Si la oscilación provocada por un escrúpulo de magnesia, supongamos, alcanzaba una amplitud de cuatro líneas, las ideas corrientes sobre la relación entre causa y efecto exigían que la oscilación aumentara en proporción con la cantidad: diez gramos, por ejemplo. Los sensitivos del barón eran individuos nada versados por lo común en especulaciones científicas; y quienes practican experiencias así saben cuán poderosamente influyen sobre tales personas las ideas tenidas por verdaderas, sobre todo si son lógicas.

Aquí esta pues, la causa del error. El péndulo no obedece a la cantidad, sino a la naturaleza del cuerpo estudiado solamente; pero cuando el sensitivo cree que la cantidad mayor influye, aumenta el efecto, pues toda creencia es una volición. Un péndulo, ante el cual el sujeto opera sin conocer las variaciones de cantidad, confirma a Rutter. Desaparecida la alucinación[80]...

-OH, ya tenemos aquí la alucinación -dijo mi interlocutor con manifiesto desagrado.

-No soy de los que explican todo por la alucinación, a lo menos confundiéndola con la subjetividad, como frecuentemente ocurre. La alucinación es para mí una fuerza, más que un estado de ánimo, y así considerada, se explica por medio de ella buena porción de fenómenos. Creo que es la doctrina justa.

-Desgraciadamente es falsa. Mire usted, yo conocí a Home, el médium, en Londres, allá por 1872. Seguí luego con vivo interés las experiencias de Crookes[81], bajo un criterio radicalmente materialista; pero la evidencia se me impuso con motivo de los fenómenos del 74. La alucinación no basta para explicarlo todo. Créame usted, las apariciones son autónomas...

-Permítame una pequeña digresión -interrumpí, encontrando en aquellos recuerdos una oportunidad para comprobar mis deducciones sobre el personaje-: quiero hacerle una pregunta, que no exige desde luego contestación, si es indiscreta. ¿Ha sido usted militar…?

-Poco tiempo; llegué a subteniente del ejército de la India.

-Por cierto, la India sería para usted un campo de curiosos estudios.

-No; la guerra cerraba el camino del Tibet, adonde hubiese querido llegar fui hasta Cawnpore, nada mas. Por motivos de salud, regresé muy luego a Inglaterra; de Inglaterra pasé a Chile en 1879, y por último a este país en 1888.

- ¿Enfermó usted en la India?

-Sí -respondió con tristeza el antiguo militar, clavando nuevamente sus ojos en el rincón del aposento.

- ¿El cólera...? -insistí.

Apoyó él la cabeza en la mano izquierda, miró por sobre mí, vagamente. Su pulgar comenzó a moverse entre los ralos cabellos de la nuca. Comprendí que iba a hacerme una confidencia de la cual eran prólogo aquellos ademanes, y esperé. Afuera chirriaba un grillo en la oscuridad.

-Fue algo peor todavía -comenzó mi huésped-. Fue el misterio. Pronto hará cuarenta años y nadie lo ha sabido hasta ahora. ¿Para qué decirlo? No lo hubieran entendido, creyéndome loco por lo menos. No soy un triste; soy un desesperado. Mi mujer falleció hace ocho años, ignorando el mal que me devoraba, y afortunadamente no he tenido hijos. Encuentro en usted por primera vez un hombre capaz de comprenderme.

---

[79] Sensitivo: persona con determinadas condiciones de hipersensibilidad para captar los efluvios, ondas, emanaciones que emiten los objetos o los seres vivientes.

[80] Alucinación: se la puede definir como una sensación subjetiva que no está causada por percepción sensorial alguna. Producen este fenómeno los deseos exacerbados, el histerismo, los narcóticos, etc. Se ven, se tocan, se oyen cosas que no existen; es ilusión de los sentidos.

El narrador no la estima aquí como ilusión falaz, sino como una fuerza propia de algunas personas, como el adepto y el vidente, para percibir realidades, escenas, objetos, ya sean pasados, presentes o futuros, pero verdaderos. Véase *Glosario teosófico*, op. cit. pp. 32-33.

[81] Home, Daniel-Douglas (1833-1886), escocés, ha sido el médium espiritista más famoso, quizá. Su peculiaridad era que trabajaba a plena luz y en medio de los asistentes en sus demostraciones metapsíquicas.

Sir William Crookes (1829-1919), ilustre físico inglés, interesado en fenómenos paranormales, sometió a rigurosa observación a Home entre 1869 y 1873, con resultados positivos. No fue igual con otra médium, Florence Cook, que, supuestamente, hacía aparecer un fantasma llamado Katie King, durante 1874. A estos seudofenómenos de este año se alude en el texto.

Me incliné agradecido.

- ¡Es tan hermosa la ciencia, la ciencia libre, sin capilla y sin academia! Y no obstante, está usted todavía en los umbrales Los fluidos ódicos de Reichenbach no son más que el prólogo. El caso que va usted a conocer le revelará hasta dónde puede llegarse.

El narrador se conmovía. Mezclaba frases inglesas a su castellano un tanto gramatical. Los incisos adquirían una tendencia imperiosa, una plenitud rítmica extraña en aquel acento extranjero.

-En febrero de 1858 -continuó- fue cuando perdí toda mi alegría. Habrá usted oído hablar de los *yoghis*, esos singulares mendigos cuya vida se comparte entre el espionaje y la taumaturgia[82]. Los viajeros han popularizado sus hazañas, que sería inútil repetir. Pero ¿sabe en qué consiste la base de sus poderes?

-Creo que en la facultad de producir cuando quieren el autosonambulismo, volviéndose de tal modo insensibles, videntes[83]...

-Es exacto. Pues bien, yo vi operar a los *yoghis* en condiciones que imposibilitaban toda superchería. Llegué hasta fotografiar las escenas, y la placa reprodujo todo, tal cual yo lo había visto. La alucinación resultaba, así; imposible, pues los ingredientes químicos no se alucinan... Entonces quise desarrollar idénticos poderes. He sido siempre audaz, y luego no estaba entonces en situación de apreciar las consecuencias. Puse, pues, manos a la obra.

- ¿Por cuál método?

Sin responderme, continuó:

-Los resultados fueron sorprendentes. En poco tiempo llegué a dormir. Al cabo de dos años producía la traslación consciente[84]. Pero aquellas prácticas me habían llevado al colmo de la inquietud. Me sentía espantosamente desamparado, y con la seguridad de una cosa adversa mezclada a mi vida como un veneno. Al mismo tiempo, devorábame la curiosidad. Estaba en la pendiente y ya no podía detenerme. Por una continua tensión de voluntad, conseguía salvar las apariencias ante el mundo. Más, poco a poco, el poder despertado en mí se volvía más rebelde... Una distracción prolongada ocasionaba el desdoblamiento. Sentía mi personalidad fuera de mí, mi cuerpo venía a ser algo así como una afirmación del *no yo,* diré expresando: concretamente aquel estado. Como las impresiones se avivaban, produciéndome angustiosa lucidez, resolví una noche ver mi doble. *Ver qué era lo que salía de mí, siendo yo mismo,* durante el sueño extático.

- ¿Y pudo conseguirlo?

-Fue una tarde, casi de noche ya. El desprendimiento se produjo con la facilidad acostumbrada. Cuando recobré la conciencia, ante mí, en un rincón del aposento, había una forma. Y esa forma era un mono, un horrible animal que me miraba fijamente. Desde entonces no se aparta de mí. Lo veo constantemente. Soy su presa. A donde quiera *él* va, *voy conmigo,* con él. Está siempre ahí. Me mira constantemente, pero no se *le* acerca jamás, no *se* mueve jamás, no *me* muevo jamás...

Subrayo los pronombres trocados en la última frase, tal como la oí. Una sincera aflicción me embargaba. Aquel hombre padecía, en efecto, una sugestión atroz.

-Cálmese usted -le dije aparentando confianza-. La reintegración[85] no es imposible.

- ¡Oh, sí! -respondió con amargura-. Esto ya es viejo. Figúrese, usted, he perdido el concepto de la unidad. Sé que dos y dos son cuatro, por recuerdo; pero ya no lo siento. El más sencillo problema de aritmética carece de sentido para mí, pues me falta la convicción de la cantidad. Y todavía sufro cosas más raras. Cuando me tomo una mano con la otra, por

---

[82] Yoghi: el que practica el yoga ("unión"), que es un método indio propuesto al hombre para llegar a la mística unión con Dios. Existen varias interpretaciones del yoga, pero es común en ellas buscar el completo dominio de sí en lo físico y lo espiritual; este dominio les permite realizar fenómenos de insensibilidad, aislamiento, ayunos prolongados, etc. La alusión al espionaje proviene de novelas del siglo pasado, en las que falsos yoghis aprovechaban sus exhibiciones para tales fines, durante el dominio inglés en la India.

[83] Autosonambulismo: capacidad para producir en sí el estado sonambúlico, que es un grado del aislamiento. Vidente: que puede descubrir hechos para él desconocidos o predecir el futuro.

[84] Traslación consciente: voluntariamente el sujeto produce desdoblamiento -proyectar el cuerpo astral fuera del cuerpo físico- y se desplaza en el espacio.

[85] Reintegración: el movimiento opuesto al desdoblamiento.

ejemplo, siento que aquélla es distinta, como si perteneciera a otra persona que no soy yo. A veces veo las cosas dobles, porque cada ojo procede sin relación con el otro...

Era, a no dudarlo, un caso curioso de locura, que no excluía el más perfecto raciocinio.

-Pero, en fin, ¿ese mono...? -pregunté para agotar el asunto.

-Es negro como mi propia sombra, y melancólico al modo de un hombre. La descripción es exacta, porque lo estoy viendo ahora mismo. Su estatura es mediana, su cara como todas las caras de mono. Pero siento, no obstante, que se parece a mí. Hablo con entero dominio de mí mismo. ¡Ese animal se parece a mí!

Aquel hombre, en efecto, estaba sereno; y sin embargo, la idea de una cara simiesca formaba tan violento contraste con su rostro de aventajado ángulo facial, su cráneo elevado y su nariz recta, que la incredulidad se imponía por esta circunstancia, más aun que por lo absurdo de la alucinación.

El notó perfectamente mi estado; púsose de pie como adoptando una resolución definitiva:

-Voy a caminar por este cuarto, para que usted lo vea. Observe mi sombra, se lo ruego.

Levantó la luz de la lámpara, hizo rodar la mesa hasta un extremo del comedor y comenzó a pasearse. Entonces, la más grande de las sorpresas me embargó. ¡La sombra de aquel sujeto no se movía! Proyectada sobre el rincón, de la cintura arriba, y con la parte inferior sobre el piso de madera clara, parecía una membrana, alargándose y acortándose según la mayor o menor proximidad de su dueño. No podía yo notar desplazamiento alguno bajo las incidencias de luz en que a cada momento se encontraba el hombre.

Alarmado al suponerme víctima de tamaña locura, resolví desimpresionarme y ver si hacía algo parecido con mi huésped, por medio de un experimento decisivo. Pedíle que me dejara obtener su silueta pasando un lápiz sobre el perfil de la sombra.

Concedido el permiso, fijé un papel con cuatro migas de pan mojado hasta conseguir la más perfecta adherencia posible a la pared, y de manera que la sombra del rostro quedase en el centro mismo de la hoja. Quería, como se ve, probar por la identidad del perfil entre la cara y su sombra (esto saltaba a la vista, pero el alucinado sostenía lo contrario) el origen de dicha sombra, con intención de explicar luego su inmovilidad asegurándome una base exacta.

Mentiría si dijera que mis dedos no temblaron un poco al posarse en la mancha sombría, que por lo demás diseñaba perfectamente el perfil de mi interlocutor; pero afirmo con entera certeza que el pulso no me falló en el trazado. Hice la línea sin levantar la mano, con un lápiz Hardmuth azul, y no despegué la hoja, concluido que lo hube, hasta no hallarme convencido, por una escrupulosa observación, de que mi trazo coincidía perfectamente con el perfil de la sombra, y éste con el de la cara del alucinado.

Mi huésped seguía la experiencia con inmenso interés. Cuando me aproximé a la mesa, vi temblar sus manos de emoción contenida. El corazón me palpitaba, como presintiendo un infausto desenlace.

-No mire usted -dije.

- ¡Miraré! -me respondió con un acento tan imperioso, que a pesar mío puse el papel ante la luz.

Ambos palidecimos de una manera horrible. Allí, ante nuestros ojos, la raya de lápiz trazaba una frente deprimida, una nariz chata, un hocico bestial. ¡El mono! ¡La cosa maldita!

Y conste que yo no sé dibujar.

EL MILAGRO DE SAN WILFRIDO[86]

EL 15 DE JUNIO DE 1099, cuarto día de la tercera semana, un crepúsculo en nimbos de sangre había visto por vigésima quinta vez al campamento cruzado desplegarse como una larga línea de silencios y de tiendas pardas alrededor de Jerusalén, desde la puerta de Damasco hasta donde el Cedrón penetra en el valle de Sové, que los latinos llaman valle de Josafat[87].

Sobre la llanura que se extendía entre el campamento y la ciudad, algunos bultos denunciaban cadáveres: restos de la jornada del 13 que los franceses libraron sobre la antemuralla.

El monte Moria alzábase frente de la puerta Esterquilinaria, al mediodía. Por el norte levantaban sus cumbres desoladas el Olivete y el monte del Escándalo, donde Salomón idolatró[88]. Entre estas cumbres, el valle maldito, el valle donde imperara la herejía de Belphegor y de Moloch[89]; donde gimieron David y Jeremías; donde Jesucristo empezó su pasión; donde Joel dijo su memorable profecía: *congregrabo omnes gentes*[90]...; donde duermen Zacarías y Absalón[91]; el valle adonde los judíos van a morir de todas las partes del mundo, se abría lleno de sombra y de viñas negras...

Las murallas de la ciudad, altas de cien palmos, escondían a la vista las montañas de Judea, que el Rey Sabio hizo poblar de cedros. El recinto quedaba oculto, y sólo se divisaba por sobre la línea de bastiones la cumbre rojiza del Acra, la monstruosa cúpula de cobre de la mezquita *Gameat-el-Sakhra* levantada por Omar[92] a indicación del patriarca Sofronio, sobre las ruinas del templo de Salomón; y algunas palmeras.

Una agonía sedienta consumía a los soldados de la cruz. Las fuentes de Siloé y de Rogel estaban exhaustas. El viento salado, apenas dejaba aproximarse las nubes hasta Jericó. Y aquello estaba tan seco, tan calcinado, que las mismas tumbas antiguas parecían clamar de sed.

Sobre las tiendas de las huestes sitiadoras ondeaban multicolores estandartes, en cuyo trapo, al impulso de la devoción y del heroísmo, iban germinando como futuros emblemas de gloria las trece coronas y las treinta y seis cruces principales de la heráldica, desde la sencilla cruz patente hasta las embrolladísimas doblas y contrapotenzadas, que llegarían a su máxima complicación en el curioso jeroglífico de la familia Squarciafichi[93].

Estaban allá Godofredo, Eustaquio y Balduino; los señores de Tolosa, de Foix, de Flandes, de Orange, de Rosellón, de San Pol, de l' Estoile, de Flandes y de Normandía[94]. Ya

---

86 Publicado en El Tiempo, Buenos Aires, Nº 763, 15 de abril de 1897. Más tarde: "Del libro *Las fuerzas extrañas*: `El milagro de San Wilfrido", en Caras y Caretas, Buenos Aires, año IX, Nº 392, 7 de abril de 1906.

87 Valle de Josafat: denominación simbólica, no topográfica, del lugar en el que Yavéh juzgará a los enemigos de Israel (JI, 4, 2-12). Se lo llamó también el Valle del Juicio o de la Sentencia. Se identificó, más tarde, sin fundamento, con el valle del Cedrón, al oriente de Jerusalén.

88 Salomón, el rey Sabio, tuvo una sostenida tendencia idolátrica que escandalizaba a los israelitas, y algún profeta, como Ajías de Silo, se hizo eco de ello y señaló por castigo la pérdida de diez de las doce tribus (V. 1 *Reyes*. 11. 29 y ss.).

89 Belphegor o Baal Fagor o Fagor: Baal era el nombre genérico de "señor del lugar" para los dioses locales de Siria y Palestina. Baal Fagor era la del monte de este nombre. A veces, se lo representó como una mujer desnuda; otras, como un demonio horrendo (véase *Números*, 23, 3-5; *Deuter*., 4,3; *Oseas*, 9, 10).

Moloch, Moloc o Molek. también era nombre genérico para dios local. El nombre de Moloch se repite como dios de Cartago y de las colonias fenicias al que hacían sacrificios de niños para aplacarlo.

90 Profeta Joel, hijo de Patuel, dejó un pequeño escrito profético que se recoge en el canon bíblico. Lo citado corresponde al Cap. 3, 11: "Juntáos todas las gentes...".

91 Zacarías: hay varios personajes bíblicos con el nombre de Zacarías; el más importante es el profeta de este nombre, que dejó sus escritos, recogidos en la *Biblia*. Absalón: tercer hijo de David y de Maaká, renombrado por su hermosura. Hermano de Tamat, mató a Amnán cuando éste la ultrajó. Fue muerto por Yoab cuando Absalón quedara colgando de un árbol al enredarse en sus ramas su larga cabellera. Según *Génesis*, 14, 7, descansa en el valle de los Reyes.

92 Omar: califa, amigo y sucesor de Mahoma. Sus conquistas de Siria, Persia y Egipto dieron universalidad al imperio islámico.

93 Cruces: son más dé cuarenta los tipos de cruces definidas. Véase: Koch, Rundolph, El libro de los símbolos, Buenos Aires, Betiles, 1980, pp. 20 y ss.

94 Todos son nombres de caballeros cruzados.

eran todos ilustres. Guicher había hendido en dos un león; Godofredo había partido por la mitad a un gigante sarraceno en el puente de Antioco...

Una tienda rasa se alzaba entre las otras. En aquella tienda, un monje flaco y viejo que tenía un báculo de olivo vivía mojando en lágrimas toda la longitud de su barba. Era Pedro el Ermitaño.

Aquel monje sabía que la ciudad ilustre fundada en el 2023^{0} año del mundo era una mártir.

Desde los hijos de Jebus hasta Sesac; desde Joás hasta Manasés, hasta Nabucodonosor, hasta Tolomeo Lago, hasta los dos Antiocos: el Grande y el Epifanio, hasta Pompeyo, hasta Craso, hasta Antígono, hasta Herodes, hasta Tito, hasta Adriano, hasta Cosroes, hasta Omar[95], ¡cuánta sangre había manchado sus piedras, cuánta desolación había caído sobre la reina glorificada por la salutación de Tobías: *Jerusalem, civitas Dei, luce splendida fulgebis*![96].

Pedro había podido observar, como San Jerónimo, que en aquella ciudad no se veia un solo pájaro.

*

Esa tarde, un correo expedido de Kaloni comunicó a Godofredo que en el puerto de Jafa acababan de anclar varias naves pisanas y genovesas, en las cuales venían los marineros esperados para construir las máquinas de guerra diseñadas por Raymundo de Foix.

Acababa de hundirse el sol cuando tomaron el camino de Arimatea cuatro caballeros enviados para guardar las naves recién llegadas a Jafa. Eran Raimundo Pileto, Acardo de Mommellou, Guillermo de Sabran y Wilfredo de Hohenstein, a quien llamaban el caballero del blanco yelmo.

Era él rubio y fuerte como un arcángel. Sobre su tarja[97] germana, sin divisa como todos los escudos de aquel tiempo, se destacaba formando blasón pleno un lirio de estaño en campo sinople[98]. Aquel lirio, en forma de alabarda, era el único abierto de toda la flora heráldica; pues el de Francia permanecía aún en botón.

Pero lo extraordinario en la armadura del caballero era su casco de metal blanquísimo cuyo esplendor no velaba entre los demás la cimera de que carecían los yelmos de los cruzados. El nasal de aquel casco, dividiéndole exageradamente el entrecejo y bajando por entre sus ojos como un pico, daba a su faz una expresión de gerifalte[99].

Contábase a propósito de aquella prenda una rara historia. Decíase que, casado su dueño a los veinte años, antes de uno mató a la esposa en un arrebato de celos. Descubierta luego la inocencia de la víctima, el señor de Hohenstein fue en demanda de perdón a Pedro el Ermitaño, quien le puso en el pecho la cruz de los peregrinos.

Antes de partir, quiso orar el joven en la tumba de su esposa. Sobre aquel sepulcro había crecido un lirio que él decidió llevarse como recuerdo; mas, al cortarla, la flor se transformó en un casco de plata, dando origen al sobrenombre del caballero. Poseídos aún del milagro que hizo llover lirios sobre la cabeza de Clodoveo, no tenían los camaradas del héroe por qué dudar de su aventura, mucho más cuando él la abonaba con su valentía y el voto de castidad.

La noche estaba ya densa sobre los montes. Los caballeros cruzaron al trote de sus cabalgaduras, como cuatro sombras en rumor de hierro, la garganta estéril que une a Jerusalén con Sikem y Neápolis; el torrente donde David tomó las cinco piedras para combatir al gigante; el valle del Terebinto, el de Jeremías, dolorosa entrada de los montes de Judea

---

95 Enumeración de quienes tuvieron poder o gobierno sobre Jerusalén, a lo largo de los siglos.

96 "*Jerusalem, civitas Dei...*" Es parte del cántico del *Libro de Tobías*, 13, versículos 11 y 13. Lugones ha transcripto de corrido los comienzos de dos versículos diferentes: "*Jerusalem, civitas Dei*..." del v. 11 y "*Luce splendida fulgebis...*" del 13, en el texto de la *Vulgata*.

97 Tarja: escudo grande que cubría todo el cuerpo.

98 Sinople: color verde, en heráldica.

99 Cimera: parte superior del casco. Nasal: parte que protege la nariz del caballero. Gerifalte: ave de presa del norte de Europa, muy cotizada en cetrería.

poblados de jabalíes; los arrabales de Arimatea, los de Lydia, sembrados de aquellas palmas idumeas bajo las cuales curó Pedro al paralítico; y al llegar al Pozo de la Virgen, la llanura de Sarón, cubierta de alelíes y tulipanes, se desplegó ante ellos desde Gaza hasta el Carmelo, y desde los montes de Judea hasta los de Samaria, denunciándose en la oscuridad con el aroma de sus flores. Tal iban evocando los pasajes de la sacra historia por los mismos lugares de su tránsito, aquellos ilustres guerreros.[100]

Wilfrido habíase rezagado un tanto. Los otros tres mantenían su piadosa conversación; y el señor de Sabran refirió a sus compañeros la historia de la ciudad adonde se dirigían.

Jafa[101] está, decía, en la heredad de Dan y es más antigua que el diluvio. En ella murió Noé; a ella venían las flotas de Hiram cargadas de cedro; en ella se embarcó Jonás para cruzar el mar, aquel *Gran Mar* "que vio a Dios y retrocedió", dice el Salmista; ella sufrió el peso de cinco invasiones y fue incendiada por Judas Macabeo. Allí resucitó Pedro a Tabita[102]; allí Cestio y Vespasiano repletaron de oro sus legiones; y en su ciudadela manda ahora, en nombre del Soldán, el feroz Abu-Djezzar-Mohamed-ibn-el-Thayyb-el-Achary, a quien llaman familiarmente Abu-Djezzar, y cuyos sicarios recorren estos parajes buscando el rastro de los guerreros de Cristo.

El señor de Mommellou añadió a su vez que Jafa había sido teatro de las fábulas del paganismo. Su nombre era el de una hija de Eolo; y San Jerónimo cuenta que le enseñaron allí la roca y el anillo en que Andrómeda fue entregada al monstruo de Neptuno. Plinio añade que Escauro llevó a Roma los huesos de dicho animal; y Pausanias refiere que existe todavía la fuente donde Perseo se lavó las manos cubiertas por la sangre del combate[103].

Y todo esto lo contaron los caballeros Acardo de Mommellou y Guillermo de Sobran, porque sabían muchas letras de historia aprendidas en los pergaminos de los monasterios.

De repente, al llegar junto a las ruinas de una cisterna seca, advirtieron que Wilfrido no iba ya con ellos. Era indudable que se había extraviado en tan peligroso sitio; pero no podían buscarlo, pues de las naves que iban a custodiar dependía la toma de la ciudad santa. Y por si era tiempo aún, galoparon soplando sus cuernos hacia las murallas próximas.

*

Abu-Djezzar gobernaba la ciudadela. La fortaleza se levantaba, dominando el mar, entre un bosquecillo de nopales y granados. Mil musulmanes defendíanse allí, esperando auxilios de Cesárea o de Solima. Los fosos estaban llenos de agua y levantados los rastrillos, que apenas dejaban paso a las partidas de merodeadores.

Wilfrido de Hohenstein, despojado de sus armas, fue traído ante el señor de la ciudadela. Era éste un musulmán de ojos aguileños y perfil enérgico como un hachazo.

-Perro -le dijo apenas túvolo a su alcance-, ya sabemos la situación de vuestros soldados, que mueren de sed bajo los muros de Solima. Dime, pues lo sabes, si los cristianos abrigan todavía esperanzas.

Una sonrisa heroica iluminó la juventud del caballero.

---

100 Alusiones a diferentes pasajes y episodios de la historia sagrada de Israel narrados en el Antiguo Testamento.

101 Jafa, Jaffa o Yaffá: ciudad muy antigua sobre el Mediterráneo; los israelitas la utilizaban como puerto. Tal vez en Jafa es donde se entregaba la madera para los templos de Salomón y Zorobabel, y donde Jonás se embarcó para Tarsis (Jonás, 1, 3). Josué (19, 46) la adscribe a la heredad de Dan, tribu descendiente del epónimo de ese nombre.

102 Alusión al milagro de resurrección de la joven Tabita por San Pedro (*Hechos de los Apóstoles*, 9, 36-43).

103 Eolo: dios de los vientos, o rey de los vientos, como en la *Odisea*. Andrómeda: bellísima hija de Cefeo, quien comentaba que era superior a las Nereidas en hermosura. Poseidón, encolerizado, la encadenó a una roca, donde padecía custodiada por un monstruo marino.

Plinio: (23-79 dC.) Secundo Cayo, el Viejo. Naturalista romano, murió víctima de su curiosidad científica al acercarse al Vesubio en erupción. Su obra es monumental y contiene enorme cantidad de referencias y datos de las más disímiles fuentes.

Pausanias: viajero y geógrafo griego que vivió en el siglo II. Su obra, *Itinerario de la Hélade*, recoge amplísimo caudal de sus observaciones.

Perseo: hijo de Zeus y Dánae. Luchó y derrotó a la gorgona Medusa y rescató a Andrómeda de su cautiverio, casando con ella.

-Sarraceno -replicó-: los condes de Flandes y de Normandía acampan al norte, allá mismo donde fue apedreado San Esteban[104]; Godofredo y Tancredo están al occidente; el conde de Saint-Gilles al sur, sobre el monte Sion. Ya sabes dónde se halla nuestras tropas, y también que los soldados de Cristo no retroceden. Pues bien, óyelo, sarraceno: antes de un mes, los soldados de Cristo entrarán en Jerusalén por el norte, el occidente y el mediodía.

Abu-Djezzar rugió de rabia.

-Cortad maderos -gritó a sus soldados-; haced una cruz y clavad en ella a este perro. Que muera como su dios.

Tres horas después, los soldados venían en grupos a contemplar el mártir. Wilfrido de Hohenstein, clavado en una cruz muy baja, parecía estar muerto en pie. Desnudo enteramente, cruzado su cuerpo de rayas rojas, la cabeza doblada, los cabellos rubios cubriéndole los ojos, las manos y los pies corno envueltos en púrpura, semejaba una efigie de altar. la muerte no conseguía ajar su juventud, realzándola más bien como una escarcha fina sobre un mármol artístico. El patíbulo daba al mar, sobre la ciudad ruinosa, desamparado bajo el cielo. Y los soldados admiraban en voz baja, con palabras bárbaramente desgarradas en vómitos guturales[105], aquella juventud enemiga, tan viril bajo los cabellos rubios ceñidos ya por un reflejo de apogeos[106].

El cuerpo de Wilfrido de Hohenstein no era sino un despojo. Estaba muy blanco, casi trasparente, como un vaso de alabastro que ha dejado correr todo su vino; y bajo sus párpados entreabiertos se vislumbraba una minúscula estrella azul.

Un buitre sirio, a inmensa altura, mecíase entre los cenitales esplendores. Los soldados lo vieron y entonces recordaron. Aunque la agonía del caballero fue larga, era indudable ya estaba muerto. El agá[107] se aproximó y levantó uno de sus párpados. La estrellita azul se había apagado en el fondo de la órbita. De la comisura labial desprendióse un hilo de sangre...

Nadie se atrevió a abofetearlo, a pesar de que era la costumbre, porque su sueño apaciguaba con su inmensa blancura. Tendieron simplemente la cruz y empezaron a desclavarlo. Pero la mano derecha resistía tanto, que el agá la cortó con su gumía[108], dejándola clavada en el poste. Y como aquella cruz podía servir para ajusticiar otros perros, resolvieron conservarla en la armería.

La mano permaneció así durante un mes. Nadie se acordaba ya de aquello, cuando el 12 do julio de 1099 un emisario sarraceno vino en su caballo moribundo a decir a Abu-Djezzar que los cristianos, arrojando escalas sobre los muros de Solima[109], al rayar la aurora, y encerrados en fuertes ingenios de madera, hacían llover sobre los fieles del Profeta un aguacero de aceite y pez hirviendo[110].

Abu-Djezzar mandó afilar los alfanjes y descendió a la armería para inspeccionar los arneses de peones y caballeros.

Lucían los hierros en la penumbra de la sala. Había allí lorigas de Egipto, yataganes de Damasco; lanzas españolas, largas de diez palmos; adargas de cuero de hipopótamo, tomadas a los nubios; estribos tajantes al uso berberisco y puñales bizantinos que parecían de agua[111].

---

104 San Esteban: presbítero y protomártir, del primero, de la Iglesia. Murió lapidado. Véase *Hechos de los Apóstoles*, 6, 8-60, esp. 57-60.

105 Se refiere a la impresión auditiva que la lengua de los paganos producía al escucharla.

106 Apogeos: que ha alcanzado lo sumo de la grandeza, de la perfección, de la virtud, de la gloria.

107 Agá: oficial del ejército turco.

108 Gumía: cuchillo de punta curva que los moros llevaban en la manga.

109 Solima: corresponde a una de las dos lecturas del nombre de la Ciudad Santa: Jerusalem o Jerosólima. La segunda forma es la que usa el *Deuteronomio*, en el Antiguo Testamento, y Mateo, Marcos y Juan, en el Nuevo.

110 Ingenios de madera: construcciones, máquinas o artificios de guerra para atacar o defenderse: torres sobre ruedas, catapultas, arietes rodados, etc.

111 Alfanje: especie de sable corto y corvo con filo de un solo lado.

Loriga: armadura para defensa del cuerpo hecha con láminas de metal o anillos imbricados.

Yatagán: especie de sable con dos filos, de origen turco.

Adarga: escudo de cuero ovalado o de forma de corazón.

Estribos tajantes: tenían hacia afuera un reborde afilado para causar heridas en el tobillo del caballero enemigo o en los flancos de su caballo. Lo usaban los habitantes de Berbería, África.

El musulmán recorría con ojos satisfechos aquel arsenal, provisto por el califa de tantas y tan hermosas armas. Sus babuchas sonaban en las lozas de la galería, y soberbiamente envuelto en su albornoz examinábalo todo[112].

Con el gran calor estival, habíase quitado el turbante, y su cabeza afeitada ostentaba en el occipucio el penacho de cabellos por donde el ángel Gabriel lo conduciría al Paraíso el día del Juicio[113]. Nadaban en sus ojos dos chispas, y bajo su labio crispado, la dentadura fijaba un brillo siniestro.

Desde su sitio percibía la cruz disimulada en la sombra donde amarilleaba la mano del mártir. Y andando, andando, encontróse debajo de ella, con la mirada fija en una de las perchas de la armería.

En ese momento eran las tres de la tarde. El caballero de l'Estoile acababa de saltar sobre las murallas de Jerusalén.

Y como el agá apareciera en la puerta, Abu-Djezzar lo increpó:

- ¡Alá los extermine! ¡Malditos perros...!

No pudo concluir. La mano súbitamente viva, habíase abierto como una garra, retorciéndose en su clavo y enredando entre sus dedos los cabellos del infiel.

El agá, loco de horror, huyó a lo alto de la ciudadela. Los soldados acudieron, mas nadie se atrevió a tocar aquella formidable reliquia que mantenía invenciblemente agarrada la presa enemiga.

Abu-Djezzar yacía muerto al pie de la cruz, con la lengua apretada entre los dientes y tendidos los brazos que descuartizaba una convulsión.

Esa misma tarde, el agá hizo arrojar por sobre las murallas el siniestro crucifijo, sin que la mano volviera a abrirse desde entonces. Y los cristianos de Jafa, sabedores del hecho por un prisionero de la ciudadela tomado pocos días después, condujeron en procesión aquel trofeo, erigiendo un altar al caballero del blanco yelmo que padeció muerte de cruz entre los infieles el 12 de julio del año 1099 de Cristo.

Ahora, en el convento de los franciscanos de Jafa, puede verse bajo una urna de cristal, clavada en su trozo de madera y asiendo un puñado de cabellos, todavía fresca como para consolar la décima séptima agonía de Jerusalén, la mano blanca de San Wilfrido de Hohenstein.

112 Babuchas: zapatos livianos, sin taco, usado por los moros. Albornoz: especie de capa con capucha.

113 Creencia árabe de que el ángel de Alá los tomaría del pelo para llevarlos al Paraíso. Por eso dejaban crecer un penacho largo en el occipucio, donde se articula la cabeza con las vértebras cervicales.

EL ESCUERZO[114]

UN DIA DE TANTOS, jugando en la quinta de la casa donde habitaba la familia, di con un pequeño sapo que, en vez de huir como sus congéneres más corpulentos, se hinchó extraordinariamente bajo mis pedradas. Horrorizábanme los sapos y era mi diversión aplastar cuantos podía Así es que el pequeño y obstinado reptil no tardó en sucumbir a los golpes de mis piedras. Como todos los muchachos criados en la vida semicampestre de nuestras ciudades de provincia, yo era un sabio en lagartos y sapos. Además, la casa estaba situada cerca de un arroyo que cruza la ciudad, lo cual contribuía a aumentar la frecuencia de mis relaciones con tales bichos. Entro en estos detalles para que se comprenda bien cómo me sorprendí al notar que el atrabiliario sapito me era enteramente desconocido. Circunstancia de consulta, pues. Y tomando mi víctima con toda la precaución del caso, fui a preguntar por ella a la vieja criada, confidente de mis primeras empresas de cazador. Tenía yo ocho años y ella sesenta. El asunto había, pues, de interesarnos a ambos. La buena mujer estaba, como de costumbre, sentada a la puerta de la cocina, y yo esperaba ver acogido mi relato con la acostumbrada benevolencia, cuando apenas hube empezado la vi levantarse apresuradamente y arrebatarme de las manos el despanzurrado animalejo.

-¡Gracias a Dios que no lo hayas dejado! -exclamó con muestras de la mayor alegría-. En este mismo instante vamos a quemarlo.

-¿Quemarlo? -dije yo-; pero qué va a hacer, si ya está muerto...

-¿No sabes lo que es un escuerzo[115] -replicó en tono misterioso mi Interlocutora- y que este animalito resucita si no lo queman?¡Quién te mandó matarlo! ¡Eso habías de sacar al fin con tus pedradas! Ahora voy a contarte lo que le paso al hijo de mi amiga la finada Antonia, que en paz descanse.

Mientras hablaba, había recogido y encendido algunas astillas sobre las cuales puso el cadáver del escuerzo.

¡Un escuerzo!, decía yo, aterrado bajo mi piel de muchacho travieso; ¡un escuerzo! Y sacudía los dedos como si el frío del sapo se me hubiera pegado a ellos. ¡Un sapo resucitado! Era para enfriarle la médula a un hombre de barba entera.

- ¿Pero usted piensa contarnos una nueva batracomiomaquía[116]? -interrumpió aquí Julia con el amable desenfado de su coquetería de treinta años.

-De ningún modo, señorita Es una historia *que ha pasado.*

Julia sonrió.

-No puede usted figurarse cuánto deseo conocerla...

-Será usted complacida, tanto más cuanto que tengo la pretensión de vengarme con ella de su sonrisa.

Así, pues, proseguí, mientras se asaba mi fatídica pieza de caza, la vieja criada hilvanó su narración, que es como sigue:

Antonia, su amiga, viuda de un soldado, vivía con el hijo único que había tenido de él, en una casita muy pobre, distante de toda población El muchacho trabajaba para ambos, cortando madera en el vecino bosque, y así pasaban año tras año, haciendo a pie la jornada de la vida. Un día volvió, como de costumbre, por la tarde, para tomar su mate, alegre, sano, vigoroso, con su hacha al hombro. Y mientras lo hacían, refirió a su madre que en la raíz de cierto árbol muy viejo había encontrado un escuerzo, al cual no le valieron hinchazones para quedar hecho una tortilla bajo el ojo de su hacha.

---

114 Publicado con el título de "*Los anímales malditos*", en *El Tiempo*, Buenos Aires, año IV, Nº 965, 10 de diciembre de 1897.

115 Escuerzo: (*Ceratophrys ornato*) batracio de mayor tamaño que los sapos comunes. Otra especie es la *Ceratophrys cornutus*.

116 Batracomiomaquía: guerra entre ratones y ranas, etimológicamente. Hay un poema épico burlesco, escrito en hexámetros griegos, con ese título y se lo ha atribuido a Homero. El texto ha sido imitado y traducido muchas veces.

La pobre vieja se llenó de aflicción al escucharlo, pidiéndole que por favor la acompañara al sitio, para quemar el cadáver del animal.

-Has de saber -le dijo- que el escuerzo no perdona jamás al que lo ofende. Si no lo queman, resucita, sigue el rastro de su matador y no descansa hasta que puede hacer con él otro tanto.

El buen muchacho rió grandemente del cuento, intentando convencer a la pobre vieja de que aquello era una paparrucha[117] buena para asustar chicos molestos, pero indigna de preocupar a una persona de cierta reflexión Ella insistió, sin embargo, en que la acompañara a quemar los restos del animal.

Inútil fue toda broma, toda indicación sobre lo distante del sitio, sobre el daño que podía causarle, siendo ya tan vieja, el sereno de aquella tarde de noviembre. A toda costa quiso ir, y él tuvo que decidirse a acompañarla.

No era tan distante; unas seis cuadras a lo más. Fácilmente dieron con el árbol recién cortado, pero por más que hurgaron entre las astillas y las ramas desprendidas, el cadáver del escuerzo no apareció.

¿No te dije? -exclamó ella echándose a llorar-. Ya se ha ido; ahora ya no tiene remedio esto. ¡Mi padre San Antonio te ampare!

-Pero qué tontera, afligirse así. Se lo habrán llevado las hormigas o lo comería algún zorro hambriento. ¡Habráse visto extravagancia, llorar por un sapo! Lo mejor es volver, que ya viene anocheciendo y la humedad de los pastos es dañosa.

Regresaron, pues, a la casita, ella siempre llora, él procurando distraerla con detalles sobre el maizal que prometía buena cosecha si seguía lloviendo; hasta volver de nuevo a las bromas y risas en presencia de su obstinada tristeza. Era casi de noche cuando llegaron. Después de un registro minucioso por todos los rincones, que excitó de nuevo la risa del muchacho, comieron en el patio, silenciosamente, a la luz de la luna, y ya se disponía él a tenderse sobre su montura para dormir, cuándo Antonia le suplicó que por aquella noche, siquiera, consintiese en encerrarse dentro de una caja de madera que poseía y dormir allí.

La protesta contra semejante petición fue viva. Estaba chocha, la pobre, no había duda. ¡A quién se le ocurría pensar en hacerlo dormir con aquel calor dentro de una caja que seguramente estaría llena de sabandijas[118]!

Pero tales fueron las súplicas de la anciana, que como el muchacho la quería tanto decidió acceder a semejante capricho. La caja era grande, y aunque un poco encogido, no estaría del todo mal. Con gran solicitud fue arreglada en el fondo la cama, metióse él adentro, y la triste viuda tomó asiento al lado del mueble, decidida a pasar la noche en vela para cerrarlo apenas hubiera la menor señal de peligro.

Calculaba ella que sería la medianoche, pues la luna muy baja empezaba a bañar con su luz el aposento, cuando de repente un bultito negro, casi imperceptible, saltó sobre el dintel de la puerta que no se había cerrado por efecto del gran calor. Antonia se estremeció de angustia.

Allí estaba, pues, el vengativo animal, sentado sobre las patas traseras, como meditando un plan. ¡Qué mal había hecho el joven en reírse! Aquella figurita lúgubre, inmóvil en la puerta llena de luna, se agrandaba extraordinariamente, tomaba proporciones de monstruo. ¿Pero si no era más que uno de los tantos sapos familiares que entraban cada noche a la casa en busca de insectos? Un momento respiró, sostenida por esta idea. Mas el escuerzo dio de pronto un saltito, después otro, en dirección a la caja. Su intención era manifiesta. No se apresuraba, como si estuviera seguro de su presa. Antonia miró con indecible expresión de terror a su hijo; dormía, vencido por el sueño, respirando acompasadamente.

Entonces, con mano inquieta, dejó caer sin hacer ruido la tapa del pesado mueble. El animal no se detenía. Seguía saltando. Estaba ya al pie de la caja. Rodeóla pausadamente, se

117 Paparrucha: noticia falsa y desatinada acerca de algún suceso, esparcida por el vulgo.

118 Sabandija: cualquier reptil o insecto pequeño, asqueroso o molesto (mosquitos, arañas, tábanos, lagartijas, escarabajos, etc.).

detuvo en uno de los ángulos, y de súbito, con un salto increíble en su pequeña talla, se plantó sobre la tapa.

Antonia no se atrevió a hacer el menor movimiento. Toda su vida se había concentrado en sus ojos. La luna bañaba ahora enteramente la pieza. Y he aquí lo que sucedió: el sapo comenzó a hasta hincharse por grados, aumentó, aumentó de una manera prodigiosa, hasta triplicar su volumen. Permaneció así durante un minuto, en que la pobre mujer sintió pasar por su corazón todos los ahogos de la muerte. Después fue reduciéndose, reduciéndose hasta recobrar su primitiva forma, saltó a tierra, se dirigió a la puerta y atravesando el patio acabó por perderse entre las hierbas.

Entonces se atrevió Antonia a levantarse, toda temblorosa. Con un violento ademán abrió de par en par la caja. Lo que sintió fue de tal modo horrible, que a los pocos meses murió víctima del espanto que le produjo.

Un frío mortal salía del mueble abierto, y el muchacho estaba helado y rígido bajo la triste luz en que la luna amortabaja aquel despojo sepulcral, hecho piedra ya bajo un inexplicable baño de escarcha.

LA METAMUSICA[119]

COMO hiciera varias semanas que no lo veía, al encontrarlo le pregunté:

-¿Estás enfermo?

-No, mejor que nunca y alegre como unas pascuas. ¡Si supieras lo que me ha tenido absorto durante estos dos meses de encierro!

Pues hacía efectivamente dos meses que se lo extrañaba en su círculo literario, en los cafés familiares y hasta en el paraíso de la Opera, su predilección.

El pobre Juan tenía una debilidad: la música. En sus buenos tiempos, cuando el padre opulento y respetado compraba palco, Juan podía entregarse a su pasión favorita con toda comodidad. Después acaeció el derrumbe: títulos bajos, hipotecas, remates... El viejo murió de disgusto y Juan se encontró solo en esa singular autonomía de la orfandad, que toca por un extremo al tugurio y por el otro a la fonda de dos platos, sin vino.

Por no ser huésped de cárcel, se hizo empleado, que cuesta más y produce menos; pero hay seres timoratos en medio de su fuerza, que temen a la vida lo bastante para respetarla, acabando por acostarse con sus legítimas después de haber pensado veinte aventuras.

La existencia de Juan volvióse entonces acabadamente monótona. Su oficina, sus libros y su banqueta del paraíso fueron para él la obligación y el regalo. Estudió mucho convirtiéndose en un teorizador formidable. Analogías de condición y de opiniones nos acercaron, nos amistaron y concluyeron por unirnos en sincera afección. Lo único que nos separaba era la música, pues jamás entendí una palabra de sus disertaciones, o mejor dicho, nunca pude conmoverme con ellas, pareciéndome falso en la práctica lo que por raciocinio encontraba evidente; y como en arte la comprensión está íntimamente ligada a la emoción sentida, al no sentir yo nada con la música, claro está que no la entendía.

Esto desesperaba a mi amigo, cuya elocuencia crecía en proporción a mi incapacidad para gozar con lo que, siendo para él emoción superior, sólo me resultaba confusa algarabía.

Conservaba de su pasado bienestar un piano, magnífico instrumento cuyos acordes solían comentar sus ideas cuando mi rebelde emoción fracasaba en la prueba.

-Concedo que la palabra no alcance a expresarlo -decía-, pero escucha; abre bien las puertas de tu espíritu; es imposible que dejes de entender.

Y sus dedos recorrían el teclado en una especie de mística exaltación.

Así discutíamos los sábados por la noche, alternando las disertaciones líricas con temas científicos en los que Juan era muy fuerte, y recitando versos. Las tres de la mañana siguiente eran la hora habitual de despedirnos. Júzguese si nuestra conversación sería prolongada después de ocho semanas de separación.

- ¿Y la música, Juan?

-Querido, he hecho descubrimientos importantes.

Su fisonomía tomó tal carácter de seriedad, que le creí acto continuo. Pero una idea me ocurrió de pronto.

-¿Compones?

Los ojos le fulguraron.

-Mejor que eso, mucho mejor que eso. Tú eres un amigo del alma y puedes saberlo. El sábado por la noche, como siempre, ya sabes: en casa; pero no lo digas a nadie, ¿eh? ¡A nadie! -añadió, casi terrible.

Calló un instante; luego me pellizcó confidencialmente la punta de la oreja, mientras una sonrisa maliciosa entreabría sus labios febriles.

-Allá comprenderás por fin, allá verás. Hasta el sábado, ¿eh …?

---

119 Publicado con el título de "La Meta Música", en *Tribuna*, Buenos Aires, 29 de junio de 1898, pp. 1-2.

Y como lo mirara interrogativo, añadió, lanzándose a un tranvía, pero de modo que sólo yo pudiese oírlo:

-¡...Los colores de la música...!

Era un miércoles. Me era menester esperar tres días para conocer el sentido de aquella frase. ¡Los colores de la música!, me decía. ¿Será un fenómeno de audición coloreada[120]? ¡Imposible! Juan es un muchacho muy equilibrado para caer en eso. Parece excitado, pero nada revela una alucinación en sus facultades. Después de todo, ¿por qué no ha de ser verdad su descubrimiento...? Sabe mucho, es ingenioso, perseverante, inteligente... La música no le impide cultivar a fondo las matemáticas, y éstas son la sal del espíritu. En fin, aguardemos.

Pero, no obstante mi resignación, una intensa curiosidad me embargaba; y el pretexto ingenuamente hipócrita de este género de situaciones no tardó en presentarse.

Juan está enfermo, a no dudarlo, me dije. Abandonarlo en tal situación sería poco discreto. Lo mejor es verlo, hablarlo, hacer cuanto pueda para impedir algo peor. Iré esta noche. Y esa misma noche fui, aunque reconociendo en mi intento más curiosidad de lo que hubiese querido.

Daban las nueve cuando llegué a la casa. La puerta estaba cerrada. Una sirvienta desconocida vino a abrirme. Pensé que sería mejor darme por amigo de confianza, y después de expresar las buenas noches con mi entonación más confidencial:

-¿Está Juan? -pregunté.

-No, señor; ha salido.

-¿Volverá pronto?

-No ha dicho nada.

-Porque si volviera pronto -añadí insistiendo- le pediría permiso para esperarlo en su cuarto. Soy su amigo íntimo y tengo algo urgente que comunicarle.

-A veces no vuelve en toda la noche.

Esta evasiva me reveló que se trataba de una consigna, y decidí retirarme sin insistir. Volví el jueves, el viernes, con igual resultado. Juan `no quería recibirme; y esto, francamente, me exasperaba. El sábado me tendría fuerte, vencería mi curiosidad, no iría. El sábado a las nueve de la noche había dominado aquella puerilidad. Juan en persona me abrió.

-Perdona; sé que me has buscado; no estaba; tenía que salir todas las noches.

-Sí; te has convertido en personaje misterioso.

-Veo que mi descubrimiento te interesa de veras.

-No mucho, mira; pero, francamente, al oírte hablar de los colores de la música, temí lo que hay que temer, y ahí tienes la causa de mi insistencia.

-Gracias, quiero creerte, y me apresuro a asegurarte que no estoy loco. Tu duda lastima mi amor propio de inventor, pero somos demasiado amigos para no prometerte una venganza.

Mientras, habíamos atravesado un patio lleno de plantas. Pasamos un zaguán, doblamos a la derecha, y Juan abriendo una puerta dijo:

-Entra; voy a pedir el café.

Era el cuarto habitual, con su escritorio, su ropero, su armario de libros, su catre de hierro. Noté que faltaba el piano. Juan volvía en ese momento.

- ¿Y el piano?

-Está en la pieza inmediata. Ahora soy rico; tengo dos “salones”.

- ¡Qué opulencia!

Y esto nos endilgó en el asunto.

Juan, que paladeaba con deleite su café, empezó tranquilamente:

-Hablemos en serio. Vas a ver una cosa interesante. *Vas a ver,* óyelo bien. No se trata de teorías. Las notas poseen cada cual su color, no arbitrario, sino real. Alucinaciones y

120 La audición coloreada es un fenómeno psicológico en el que se atribuye, por asociación o por evocación, determinados colores a sonidos o a palabras. Varía la atribución con las personas. Aunque hay antecedentes, el soneto de Rimbaud "A las vocales": "A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul, vocales...", inspirado en un abecedario escolar coloreado, es señalado como la primera asociación desarrollada de sonido y color. Los simbolistas y los modernistas hispanoamericanos la practicaron: Martí, Darío, Herrera y Reissig, etc.

chifladuras nada tienen que ver con esto. Los aparatos no mienten, y mi aparato hace perceptibles los colores de la música. Tres años antes de conocerte emprendí las experiencias coronadas hoy por el éxito. Nadie lo sabía en casa, donde, por otra parte, la independencia era grande, como recordarás. Casa de viudo con hijos mayores... Dicho esto en forma de disculpa por mi reserva, que espero no atribuyas a desconfianza, quiero hacerte una descripción de mis procedimientos, antes de empezar mi pequeña fiesta científica.

Encendimos los cigarrillos, y Juan continuó:

-Sabemos por la teoría de la unidad de la fuerza que el movimiento es, según los casos, luz, calor, sonido, etcétera, dependiendo estas diferencias -que esencialmente no existen, pues son únicamente modos de percepción de nuestro sistema nervioso- del mayor o menor número de vibraciones de la onda etérea.

Así, pues, en todo sonido hay luz, calor, electricidad latentes, como en toda luz hay a su vez electricidad, calor y sonido. El ultravioleta del espectro señala el límite de la luz y es ya calor, que cuando llegue a cierto grado se convertirá en luz... Y la electricidad igualmente. ¿Por qué no ocurriría lo mismo con el sonido?, me dije; y desde aquel momento quedó planteado mi problema.

La escala musical está representada por una serie de números cuya proporción, tomando al do como unidad, es bien conocida; pues la armonía se halla constituida por proporciones de número, o en otros términos, se compone de la relación de las vibraciones aéreas por un acorde de movimientos desemejantes.

En todas las músicas sucede lo mismo, cualquiera que sea su desarrollo Los griegos, que no conocían sino tres de las consonancias de la escala, llegaban a idénticas proporciones; 1 a 2, 3 a 2, 4 a 3. Es, como observas, matemático. Entre las ondulaciones de la luz tiene que haber una relación igual, y es ya vieja la comparación. El 1 del do está representado por las vibraciones de 369 millonésimas de milímetro que engendran el violado, y el 2 de la octava por el duplo; es decir, por las de 738 que producen el rojo. Las demás notas corresponden cada una a un color.

Ahora bien, mi raciocinio se efectuaba de este modo: cuando oímos un sonido, no vemos la luz, no palpamos el calor, no sentimos la electricidad que produce, porque las ondas caloríficas, luminosas y eléctricas son imperceptibles por su propia amplitud. Por la misma razón no oímos cantar la luz, aunque la luz canta real y verdaderamente, cuando sus vibraciones, que constituyen los colores, forman proporciones armónicas. Cada percepción tiene un límite de intensidad, pasado el cual se convierte en impercepción para nosotros. Estos limites no coinciden en la mayoría de los casos, lo cual obedece al progresivo trabajo de diferenciación efectuado por los sentidos en los organismos superiores; de tal modo que, si al producirse una vibración, no percibimos más que uno de los movimientos engendrados, es porque los otros, o han pasado el limite máximo, o no han alcanzado el límite mínimo de la percepción. A veces se consigue, sin embargo, la simultaneidad. Así, vemos el color de una luz, palpamos su calor y medimos su electricidad...

Todo esto era lógico; pero en cuanto al sonido, tenía una objeción sencilla que hacer y la hice:

-Es claro; y si con el sonido no sucede así, es porque se trata de una vibración aérea, mientras que las otras son vibraciones etéreas.

-Perfectamente; pero la onda aérea provoca vibraciones etéreas, puesto que al propagarse conmueve el éter intermedio entre molécula y molécula de aire. ¿*Qué es* esta segunda vibración? Yo he llegado a demostrar que es luz. ¿Quién sabe si mañana un termómetro ultrasensible averiguará las temperaturas del sonido?

Un sabio injustamente olvidado, Louis Lucas, dice lo que voy a leer, en su *Chimie Nouvelle:* "Si se estudian con cuidado las propiedades del monocordio, se nota que en toda jerarquía sonora no existen, en realidad más que tres puntos de primera importancia: la tónica, la quinta y la tercia, siendo la octava reproducción de ellas a diversa altura, y permaneciendo en las tres resonancias la tónica como punto de apoyo; la quinta es su antagonista y la tercia un punto indiferente, pronto a seguir a aquel de los dos contrarios que adquiera superioridad".

“Esto es también lo que hallamos en tres cuerpos simples, cuya importancia relativa no hay necesidad de recordar: el hidrógeno, el ázoe y el oxígeno. El primero, por su negativismo absoluto en presencia de los otros metaloides, por sus propiedades esencialmente básicas, toma el sitio de la tónica o reposo relativo; el oxígeno, por sus propiedades antagónicas, ocupa el lugar de la quinta; y por fin, la indiferencia bien conocida del ázoe le asigna el puesto de la tercia”. Ya ves que no estoy solo en mis conjeturas, y que ni siquiera voy tan lejos; mas lleguemos cuanto antes a la narración de la experiencia.

Ante todo, tenía tres caminos: o colar el sonido a través de algún cuerpo que lo absorbiera, no dejando pasar sino las ondas luminosas: algo semejante al carbón animal para los colorantes químicos; o construir cuerdas tan poderosas, que sus vibraciones pudieran contarse, no por miles, sino por millones de millones en cada segundo, para transformar mi música en luz; o reducir la expansión de la onda luminosa en el sonido, contenerla en su marcha, reflejarla, reforzarla hasta hacerla alcanzar un límite de percepción, y verla sobre una pantalla convenientemente dispuesta.

De los tres métodos probables, excuso decirte que he adoptado el último; pues los dos primeros requerirían un descubrimiento previo cada uno, mientras que el tercero es una aplicación de aparatos conocidos.

Age dum![121] -prosiguió evocando su latín, mientras abría la puerta del segundo aposento-. Aquí tienes mi aparato -añadió, al paso que enseñaba sobre un caballete una caja como de dos metros de largo, enteramente parecida a un féretro. Por uno de sus extremos sobresalía el pabellón paraboloide de una especie de clarín. En la tapa, cerca de la otra extremidad, resaltaba un trozo de cristal, que me pareció la faceta de un prisma. Una pantalla blanca coronaba el misterioso cajón, sobre un soporte de metal colocado hacia la mitad de la tapa.

Juan se apoyó sobre el aparato y yo me senté en la banqueta del piano.

-Oye con atención.

-Ya te imaginas.

El pabellón que aquí ves recoge las ondas sonoras. Este pabellón toca el extremo de un tubo de vidrio negro, de dobles paredes, en el cual se ha llevado el vacío a una millonésima de atmósfera. La doble pared del tubo está destinada a contener una capa de agua. El sonido muere en él y en el denso almohadillado que lo rodea. Queda sólo la onda luminosa, cuya expansión debo reducir para que no alcance la amplitud suprasensible. El vidrio negro lo consigue; y ayudado por la refracción del agua, se llega a una reducción casi completa. Además, el agua tiene por objeto absorber el calor que resulta.

-¿Y por qué el vidrio negro?

-Porque la luz negra tiene una vibración superior a la de todas las otras; y como por consiguiente el espacio entre movimiento y movimiento se restringe, las demás no pueden pasar por los intersticios y se reflejan. Es exactamente análogo a una trinchera de trompos que bailan conservando distancias proporcionales a su tamaño. Un trompo mayor, aunque animado de menor velocidad, intenta pasar; pero se produce un choque que lo obliga a volver sobre sí mismo.

-¿Y los otros no retroceden también?

-Ese es el percance que el agua está encargada de prevenir.

-Muy bien; continúa.

-Reducida la onda luminosa, se encuentra al extremo del tubo con un disco de mercurio engarzado a aquél; disco que la detiene en su marcha.

-Ah, el inevitable mercurio.

-Sí, el mercurio. Cuando el profesor Lippmann[122] lo empleó para corregir las interferencias de la onda luminosa en su descubrimiento de la fotografía de los colores, aproveché el dato; y el éxito no tardó en coronar mis previsiones. Así, pues, mi disco de

121 *Age dum*: expresión latina; equivale a ¡Vamos, ánimo, ea!, etc.

122 Lippman, Gabriel (1845-1921), físico francés, Premio Nobel, inventó el electrometro capilar y en 1891 un procedimiento de fotografía en colores basado en interferencias luminosas producidas por reflexión.

mercurio contiene la onda en marcha por el tubo, y la refleja hacia arriba por medio de otro, acodado. En este segundo tubo hay dispuestos tres prismas *infrangibles,* que refuerzan la onda luminosa hasta el grado requerido para percibirla como sensación óptica. El número de prismas está determinado por tanteo, a ojo, y el último de ellos, cerrando el extremo del tubo, es el que ves sobresalir aquí. Tenemos, pues, suprimida la vibración sonora, reducida la amplitud de la onda luminosa, contenida su marcha y reforzada su acción. No nos queda más que verla.

-¿Y se ve?

-Se ve, querido; se ve sobre esta pantalla; pero falta algo aún. Este es mi piano, cuyo teclado he debido transformar en series de siete blancas y siete negras, para conservar la relación verdadera de las transposiciones de una nota tónica a otra; relación que se establece multiplicando la nota por el intervalo del semitono menor.

Mi piano queda convertido, así, en un instrumento exacto, bien que de dominio mucho más difícil. Los pianos comunes, construidos sobre el principio de la gama temperada que luego recordaré, suprimen la diferencia entre los tonos y los semitonos mayores y menores, de suerte que todos los sones de la octava se reducen a doce, cuando son catorce en realidad. El mío es un instrumento exacto y completo.

Ahora bien, esta reforma equivale a abolir la gama temperada de uso corriente, aunque sea, como dije, inexacta, y a la cual se debe en justicia el enorme progreso alcanzado por la música instrumental desde Sebastián Bach, quien le consagró cuarenta y ocho composiciones. Es claro, ¿no?

-¡Qué sé yo de todo eso! Lo que estoy viendo es que me has elegido como se elige una pared para rebotar la pelota.

-Creo inútil recordarte que uno no se apoya sino sobre lo que resiste.

Callamos sonriendo, hasta que Juan me dijo:

-¿Sigues creyendo, entonces, que la música no expresa nada?

Ante esta insólita pregunta, que desviaba a mil leguas el argumento de la conversación, le pregunté a mí vez:

-¿Has leído a Hanslick[123]?

-Sí. ¿Por qué?

-Porque Hanslick, cuya competencia crítica no me negarás, sostiene que la música no expresa nada, que sólo evoca sentimientos.

-¿Eso dice Hanslick? Pues bien, Yo sostengo, sin ser ningún crítico alemán, que la música es la expresión matemática del alma.

-Palabras...

-No, hechos perfectamente demostrables. Si multiplicas el semidiámetro del mundo por 36, obtienes las cinco escalas musicales de Platón, correspondientes a los cinco sentidos.

-¿Y por qué 36?

-Hay dos razones: una matemática, la otra psíquica. Según la primera, se necesitan treinta y seis números para llenar los intervalos de las octavas, las cuartas y las quintas hasta 27 ,con números armónicos.

-¿Y por qué 27?

-Porque 27 es la suma de los números cubos 1 y 8; de los lineales 2 y 3; y de los planos 4 y 9; es decir, de las bases matemáticas del universo. La razón psíquica consiste en que ese número 36, total de los números armónicos, representa, además, el de las emociones humanas.

- ¡Cómo!

-El veneciano Gozzi, Goethe y Schillet afirmaban que no deben de existir sino treinta y seis emociones dramáticas. Un erudito, J. Polti, demostró el año 94, si no me equivoco, que la cantidad era exacta y que el número de emociones humanas no pasaba de treinta y seis[124].

123 Hanslick, Edward (1825-1904), crítico y esteta musical austriaco. Su ensayo *De lo bello en la música* (1854) reacciona contra la unidad de las artes Y contra Wagner y es uno de los hitos de la estética musical.

- ¡Es curioso!

-En efecto; y más curioso si se tienen en cuenta mis propias observaciones. La suma o valor absoluto de las cifras de 36 es 9, número irreductible; pues todos sus múltiplos lo repiten si se efectúa con ellos la misma operación. El 1 y el 9 son los únicos números de la misma categoría. Esto da origen, además, a una proporción. 27, o sea el total de las bases geométricas, es a 36, total de las emociones humanas, como X, el alma, es al absoluto 9. Practicada la operación, se averigua que el término desconocido es 6. Seis, fíjate bien: el doble ternario que en la simbología sagrada de los antiguos significaba el equilibrio del universo[125]. ¿Qué me dices?

Su mirada se había puesto luminosa y extraña.

-El universo es música[126] -prosiguió, animándose-. Pitágoras tenía razón, y desde Timeo hasta Kepler, todos los pensadores han presentido esta armonía. Eratóstenes llegó a determinar la escala celeste, los tonos y semitonos entre astro y astro[127]. ¡Yo creo tener algo mejor; pues habiendo dado con las notas fundamentales de la música de las esferas , reproduzco en colores geométricamente combinados el esquema del Cosmos..!

-¿Qué estaba diciendo aquel alucinado? ¿Que torbellino de extravagancias se revolvía en su cerebro...? Casi no tuve tiempo de advertirlo, cuando el piano empezó a sonar.

Juan volvió a ser el inspirado de otro tiempo, en cuanto sus dedos acariciaron las teclas.

-Mi música -iba diciendo- se halla formada por los acordes de tercia menor introducidos en el siglo XVII Y que Mozart mismo consideraba imperfectos, a pesar de que es todo lo contrario, pero su recurso fundamental está constituido por aquellos acordes inversos que hicieron calificar de melodía de los ángeles la música de Palestrina[128]...

En verdad, hasta mi naturaleza refractaria se conmovía con aquellos sones. Nada tenían de común con las armonías habituales, y aún podía decirse que no eran música en realidad; pero lo cierto es que sumergían el espíritu en un éxtasis sereno, como quien dice formado de antigüedad y de distancia.

Juan continuaba:

-Observa en la pantalla la distribución de colores que acompaña a la emisión musical. Lo que estás escuchando es una armonía en la cual entran las notas específicas de cada Planeta del sistema; y este sencillo conjunto termina con la sublime octava del sol, que nunca me he atrevido a tocar, pues temo producir influencias excesivamente poderosas. ¿No sientes algo extrañó?

Sentía, en efecto, como si la atmósfera de la habitación estuviese conmovida por presencias invisibles. Ráfagas sordas cruzaban su ámbito. Y entre la beatitud que me regalaba la grave dulzura de aquella armonía una especie de aura eléctrica iba helándome de pavor. Pero no distinguía sobre la pantalla otra cosa que una vaga fosforescencia y como esbozos de figuras…

De pronto comprendí. En la común exaltación habíasenos olvidado apagar la lámpara.

Iba a hacerlo, cuando Juan gritó enteramente arrebatado, entre un son estupendo del instrumento:

---

124 Gozzi, Carlo (1720-1806), dramaturgo italiano que se opuso a Goldoni e imitó, a Calderón. Schiller tradujo su cuento dramático *Turandot, princesa de China*. Polti, Georges, es autor del libro aludido *Les 36 situations dramatiques*, París, Mercure de France, 1895.

125 Simbología numérica: desde la Antigüedad se ha estimado el valor simbólico de ciertos números y de sus combinaciones: 1, 3, 7, 9, 10, etc., en las más diversas doctrinas y credos. Al asociar números y letras nace la Numerología, la Aritmomancia, la Aritmosofía y otras ciencias ocultas vecinas.

126 El universo es música: este concepto traza toda una línea de permanencia en occidente, desde Pitágoras hasta pensadores contemporáneos. Así se habla de "la música de las esferas celestes", "la lira de la creación", etc.

127 Timeo (345?-250? a.C.), historiador griego, autor de una *Historia de Sicilia*. .Dedicó mucha atención a la exactitud cronológica y computó el tiempo histórico por Olimpíadas.

Kepler. Johann (1571-1630) astrónomo alemán. en su obra *Mysterium Cosmographicum* (1596) intentaba establecer una geometría mística de los cielos. Su *Astronomía Nova* y *Harmonices Mundi* establecen un conjunto de leyes matemáticas referidas al movimiento de los planetas.

Eratóstenes (c. 276-194 a.C.), astrónomo y geógrafo matemático y poeta griego. Hizo importantes cálculos sobre la oblicuidad de la elíptica y la circunferencia de la tierra.

128 Palestrina, Giovanni Perluigi da (c.1524-94), compositor y Maestro de Capilla italiano. Autor de varios volúmenes de Misas Y del conocido *Stabat Mater*.

-¡Mira ahora!

Yo también lancé un grito, pues acababa de suceder algo terrible. Una llama deslumbradora brotó del foco de la pantalla. Juan, con el pelo erizado, se puso de pie, espantoso. Sus ojos acababan de evaporarse como dos gotas de agua bajo aquel haz de dardos flamígeros, y él, insensible al dolor, radiante de locura, exclamaba tendiéndome los brazos:

-¡La octava del sol, muchacho, la octava del sol!

EL ORIGEN DEL DILUVIO

NARRACION DE UN ESPIRITU

...LA TIERRA acababa de experimentar su primera incrustación sólida y hallábase todavía en una oscura incandescencia. Mares de ácido carbónico batían sus continentes de litio y de aluminio, pues éstos fueron los primeros sólidos que formaron la costra terrestre. El azufre y el boro figuraban también en débiles vetas.

Así, el globo entero brillaba como una monstruosa bola de plata. La atmósfera era de fósforo con vestigios de flúor y de cloro. Llamas de sodio de silicio, de magnesio, constituían la luminosa progenie de los metales. Aquella atmósfera relumbraba tanto como una estrella, presentando un espesor de muchos millares de kilómetros. Sobre esos continentes y en semejantes mares había ya vida organizada bien que bajo formas inconcebibles ahora; pues no existiendo aún el fosfato de cal, dichos seres carecían de huesos. El oxígeno y el nitrógeno, que con algunos rastros de bario entraban en la composición de tales vidas, completaban los únicos catorce cuerpos constituyentes del planeta. Así, todo era en él extremadamente sencillo.

La actividad de los seres que poseían inteligencia no era menos intensa que ahora, sin embargo; si bien de mucho menor amplitud; y no obstante su constitución de moluscos, vivían, obraban, sentían, de un modo análogo al de la humanidad presente. Habían llegado, por ejemplo, a construir enormes viviendas con rocas de litio; y el sudor de sus cuerpos oxidaba el aluminio en copos semejantes al amianto incandescente.

Su estructura blanda era una consecuencia del medio poco sólido en que tomaron origen, así como de la ligereza específica de los continentes que habitaban. Poseían también la aptitud anfibia; pero como debían resistir aquellas temperaturas, y mantenerse en formas definidas bajo la presión de la profunda atmósfera, su estructura manteníase en su misma fluidez.

Esbozos de hombres, más bien que hombres propiamente dichos, o especies de monos gigantescos y huecos, tenían la facilidad de reabsorberse en esferas de gelatina o la de expandirse como fantasmas hasta volverse casi una niebla. Esto último constituía su tacto, pues necesitaban incorporar los objetos a su ser, envolviéndolos enteramente para sentirlos. En cambio, poseían la doble vista de los sonámbulos actuales[129]. Carecían de olfato, gusto y oído. Eran perversos y formidables, los peores monstruos de aquella primitiva creación. Sabían emanar de sus fluidos organismos, seres cuya vida era breve pero dañina, semejantes a las carroñas con los gusanos. Fueron los gigantes de que hablan las leyendas.

Construían sus ciudades como los caracoles sus conchas, de modo que cada vivienda era una especie de caparazón exudado por su habitante. Así, las casas resultaban grupos de bóvedas, y las ciudades parecían cúmulos de nubes brillantes. Eran tan altas como éstas, pero no se destacaban en el cielo azul, pues el azul no existía entonces, porque faltaba el aire. La atmósfera sólo se coloreaba de anaranjado y de rojo.

Apenas dos o tres especies de aves cuyas alas no tenían plumas, sino escamas como las de las mariposas, y cuyo tornasol preludiaba el oro inexistente, remontaban su vuelo por la atmósfera fosfórica.

Era ella tan elevada, y el vuelo tan vasto, que las llevaba cerca de la luna. El arrebato magnético del astro solía embriagarlas; y como éste poseía entonces una atmósfera en

129 La doble vista de los sonámbulos: con los ojos cerrados se mueven sin tropezar en su deambular. Hay quienes sostienen que los pies y manos detectan los obstáculos; es lo que llaman *vista paróptica*, ver sin usar los ojos, gracias a las yemas de los dedos, provistos de ocelos.

contacto con la terrestre, afrontábanla en ímpetu temerario yendo a caer exánimes sobre sus campos de hielo.

Una vegetación de hongos y de líquenes gigantes arraigaba en las aún mal seguras tierras; y no lejanos todavía del animal, en la primitiva confusión de los orígenes, algunos sabían trasladarse por medio de tentáculos; tenían otros, a guisa de espinas, picos de ave, que estaban abriéndose y cerrándose; otros fosforecían a cualquier roce; otros frutaban verdaderas arañas que se iban caminando y producían huevos de los cuales brotaba otra vez el vegetal progenitor. Eran singularmente peligrosos los cactus eléctricos que sabían proyectar sus espinas.

Los elementos terrestres se encontraban en perpetua instabilidad. Surgían y fracasaban por momentos disparatadas alotropías[130]. La presión enorme apenas dejaba solidificarse escasos cuerpos. Las rocas actuales dormían el sueño de la inexistencia. Las piedras preciosas no eran sino colores en las fajas del espectro.

Así las cosas, sobrevino la catástrofe que los hombres llamaron después diluvio; pero ella no fue una inundación acuosa, si bien la causó una invasión del elemento líquido. El agua tuvo intervención de otro modo.

Ahora bien: es sabido que los cuerpos, bajo ciertas circunstancias, pueden variar sus caracteres específicos hasta perderlos casi todos con excepción del peso; y esto es lo que recibe el nombre de alotropía. El ejemplo clásico del fósforo rojo y del fósforo blanco debe ser recordado aquí: el blanco es ávido de oxígeno, tóxico y funde a los 44º; el rojo es casi indiferente al oxígeno, inofensivo e infusible, sin contar otros caracteres que acentúan la diferencia. Sin embargo, son el mismo cuerpo, para no hablar de las diversas especies de hierro, de plata, que constituyen también estados alotrópicos.

Nadie ignora, por otra parte, que el calor multiplica las afinidades de la materia, haciendo posibles, por ejemplo, las combinaciones del ázoe y del carbono con otros cuerpos, cosa que no sucede a la temperatura ordinaria; y conviene recordar, además, que basta la presencia en un cuerpo de partículas pertenecientes a algunos otros, para cambiar sus propiedades o comunicar las nuevas, siendo particularmente interesante este respecto lo que sucede al aluminio puesto en contacto, por choque con el mercurio; pues basta eso para que se oxide en seco, descomponga el agua y sea atacado por los ácidos nítrico y sulfúrico, al revés exactamente de lo que le pasa cuando no existe el contacto.

A estas causas de variabilidad de los cuerpos es menester añadir la presión, capaz por sí sola de disgregar los sólidos hasta licuarlos, cualquiera que sea su maleabilidad, y sin exceptuar al mismo acero; pues más que con la presión se ha llegado a convertirlo en una masa blanduzca, trabajándolo con entera comodidad.

Mencionaré, por último, una extraña propiedad que los químicos llaman acción catalítica, o en términos vulgares, acción de presencia, por medio de la cual ciertos cuerpos provocan combinaciones de otros sin tomar parte en las mismas. Entre éstos, uno de los más activos, y el que interviene en mayor número de casos, es el vapor de agua. Los datos que anteceden nos ponen ya en situación de explicar el fenómeno al cual están dedicadas estas líneas.

Sucedió por entonces que la atmósfera terrestre, condensándose en torno al globo, empezó a ejercer una atracción progresiva sobre la atmósfera de la luna. Al cabo de cierto tiempo, esta atmósfera no pudo resistir aquella atracción, y empezó a incorporar con la nuestra sus elementos más ligeros. La falta de presión causada por este fenómeno vaporizó los mares de la luna que estaban helados hacía muchos siglos; y una niebla fría, a muchos grados bajo nuestro cero termométrico, rodeó el astro muerto como un sudario.

Cierto día, el vapor acuoso se precipitó en la atmósfera terrestre, y ésta vio aumentado su peso en varios miles de millones de toneladas. A tal fenómeno unióse la acción catalítica del vapor, y entonces fue cuando empezaron a disgregarse los sólidos terrestres.

---

130 Alotropía: dícese en química de las diferencias que en su aspecto, textura u otras propiedades puede presentar un mismo cuerpo.

Un ablandamiento progresivo dio a todos la consistencia del yeso; pero cuando el fenómeno siguió, deleznándose aquéllos en una especie de lodo, empezó la catástrofe. Las montañas fueron aplastándose por su propio peso, hasta degenerar en médanos que el viento arrasaba. Las mansiones de los gigantes volviéronse polvo a su vez, y pronto hubo de observarse con horror que el elemento liquido cambiaba de estado en la forma más extraordinaria; secábase sin desaparecer, volviéndose también polvo por la disgregación de sus moléculas, y se confundía con el otro en un solo cuerpo, seco y fluido a la vez, sin olor, color ni temperatura.

Lo raro fue que el fenómeno no se efectuaba al mismo tiempo en la materia organizada. Esta resistía mejor, sin duda por su condición semilíquida; pero semejante diferencia comportaba la muerte violenta en aquella disgregación. Poco después no hubo en el globo otra existencia que la flotante sobre esa especie de arenas cósmicas; mas ya la mayor parte de los seres animados había muerto de inanición; pues aunque no comían como nosotros, absorbían del aire sus principios vitales, y el aire estaba cambiado por los elementos de la luna.

Apenas uno que otro gran molusco se revolvía sobre la universal fluidez sin olas, bajo el horror de la atmósfera gigantesca, preñada de tósigos mortales, donde se operaba la futura organización. Tampoco pudieron ellos resistir a esas combinaciones, ni adaptarse al estado de disgregación; y, por otra parte, éste los afectaba a su vez. Ellos fueron también disolviéndose hasta desaparecer; y entonces, sobre el ámbito del planeta fue la soledad y la negra noche.

Millares de años después, los elementos empezaron a recomponerse.

Formidables tempestades químicas conmovieron el estado crítico la masa, y los catorce cuerpos primitivos revivieron, engendrando nuevas combinaciones.

El litio se triplicó en potasio, rubidio y cesio; el fósforo en arsénico, antimonio y bismuto; el carbono engendró titano y zirconio; el azufre, selenio y teluro...

Los océanos fueron ya de agua, el agua de la luna periódicamente exaltada hacia su origen por la armónica dilatación de las mareas. La atmósfera se había vuelto de aire semejante al nuestro, aunque saturado de ácido carbónico.

Ningún ser vivo quedaba de la anterior creación. Hasta sus huellas habían sido destruidas. Pero los vapores de la luna trajeron consigo gérmenes vivificantes, que el nuevo estado de la tierra fue llamando lentamente a la existencia.

El mar se cubrió de vidas rudimentarias. La costra sólida pululó de hierbas, y el dominio de éstas duró una edad.

Pero yo no sabría repetir el enorme proceso. Réstame decir que los primeros seres humanos fueron organismos del agua: monstruos hermosos, mitad pez, mitad mujer, llamados después sirenas en las mitologías. Ellos dominaban el secreto de la armonía original y trajeron al planeta las melodías de la luna que encerraban el secreto de la muerte.

Fueron blancos de carne como el astro materno; y el sodio primitivo que saturaba su nuevo elemento de existencia, al engendrar de sí los metales nobles, hizo vegetar en sus cabelleras el oro hasta entonces desconocido...

…He aquí lo que mi memoria, millonaria de años, evoca con un sentido humano, y he aquí lo que he venido a deciros descendiendo de mi región, el cono de sombra de la tierra. Os añadiré estoy condenado a permanecer en él durante toda la edad del planeta.

*

La médium calló, recostando fatigosamente su cabeza sobre el respaldo del sofá. Y Mr. Skinner, una de las ocho personas que asistían a la sesión, no pudo menos de exclamar en las tinieblas:

-¡El cono de sombra! ¡El diluvio...! ¡Disparatada superchería!

Nada pudimos replicarle, pues un estertor de la médium nos distrajo.

De su costado izquierdo desprendíase rápidamente una masa tenebrosa, asaz perceptible en la penumbra. Creció como un globo, proyectó de su seno largos tentáculos, y acabó por desprenderse a modo de una araña gigantesca. Siguió dilatándose hasta llenar el

aposento, envolviéndonos como un mucílago[131] y jadeando con un rumor de queja. No tenía forma definida en la oscuridad espesada por su presencia; pero si el horror se objetiva de algún modo, aquello era el horror.

Nadie intentaba moverse ante el espantoso hormigueo de tentáculos de sombra que se sentía alrededor, y no sé cómo hubiera acabado eso, si la médium no implora con voz desfallecida:

-¡Luz, luz, Dios mío!

Tuve fuerzas para saltar hasta la llave de la luz eléctrica; y junto con su rayo, la masa de sombra estalló sin ruido, en una especie de suspiro enorme.

Mirámonos en silencio.

Algo como un lodo heladísimo nos cubría enteramente; y aquello habría bastado para prodigio, si al acudir a su lavabo Skinner no realiza un hallazgo más asombroso.

En el fondo de la palangana yacía, no más grande que un ratón, pero acabada de formas y de hermosura, irradiando mortalmente su blancor, una pequeña sirena muerta.

131 Mucílago o mucilago: sustancia viscosa, de cierta transparencia, que se halla en algunos vegetales o se prepara disolviendo en agua materias gomosas.

ABDERA[132], la ciudad Tracia del Egeo, que actualmente es Balastra y que no debe ser confundida con su tocaya bética, era célebre por sus caballos.

Descollar en Tracia por sus caballos no era poco; y ella descollaba hasta ser única. Los habitantes todos tenían a gala la educación de tan noble animal; y esta pasión cultivada a porfía durante largos años había producido efectos maravillosos. Los caballos de Abdera gozaban de fama excepcional, y todas las poblaciones tracias, desde los cicones hasta los bisaltos, eran tributarios en esto de los bistones, pobladores de la mencionada ciudad[133]. Debe añadirse que semejante industria, uniendo el provecho a la satisfacción, ocupaba desde el rey hasta el último ciudadano.

Estas circunstancias habían contribuido también a intimar las relaciones entre el bruto y sus dueños, mucho más de lo que era y es habitual para el resto de las naciones, llegando a considerarse las caballerizas como un ensanche del hogar, y extremándose las naturales exageraciones, de toda pasión, hasta admitir caballos en la mesa.

Eran verdaderamente notables corceles, pero bestias al fin. Otros dormían en cobertores de biso[134]; algunos pesebres tenían frescos sencillos, pues no pocos veterinarios sostenían el gusto artístico de la raza caballar, y el cementerio equino ostentaba entre pompas burguesas, ciertamente recargadas, dos o tres obras maestras. El templo más hermoso de la ciudad estaba consagrado a Arión, el caballo que Neptuno hizo salir de la tierra con un golpe de su tridente[135]; y creo que la moda de rematar las proas en cabezas de caballo tenga igual provenencia; siendo seguro, en todo caso, que los bajos relieves hípicos fueron el ornamento más común de toda aquella arquitectura. El monarca era quien se mostraba más decidido por los corceles, llegando hasta tolerar a los suyos verdaderos crímenes que los volvieron singularmente bravíos; de tal modo que los nombres de Podargos y de Lampón figuraban en fábulas sombrías[136]; pues es del caso decir que los caballos tenían nombres como personas.

Tan amaestrados estaban aquellos animales, que las bridas eran innecesarias; conservándolas únicamente como adornos, muy apreciados desde luego por los mismos caballos. La palabra era el medio usual de comunicación con ellos; y observándose que la libertad favorecía el desarrollo de sus buenas condiciones, dejábanlos todo el tiempo no requerido por la albarda o el arnés[137], en libertad de cruzar a sus anchas las magníficas praderas formadas en el suburbio, a la orilla del Kossínites, para su recreo y alimentación.

A son de trompa los convocaban cuando era menester, y así para el trabajo como para el pienso eran exactísimos. Rayaba en lo increíble su habilidad para toda clase de juegos de circo y hasta de salón, su bravura en los combates, su discreción en las ceremonias solemnes. Así, el hipódromo de Abdera tanto como sus compañías de volatines[138]; su caballería acorazada de bronce y sus sepelios habían alcanzado tal renombre, que de todas partes acudía gente a admirarlos: mérito compartido por igual entre domadores y corceles.

Aquella educación persistente, aquel forzado despliegue de condiciones, y para decirlo todo en una palabra, aquella *humanización* de la raza equina, iban engendrando un fenómeno que los bistones festejaban como otra gloria nacional: la inteligencia de los caballos

---

132 Abdera: ciudad antigua del NE. de Grecia, en la costa egea de Tracia. Muy importante en la antigüedad, hoy es una pequeña aldea llamada Balastra. Con el mismo nombre de aquélla fundaron los fenicios en España otra ciudad, en el actual emplazamiento de Adra. Esta es la "tocaya bética", pues los antiguos llamaron Bética a Andalucía.

133 Cicones, bisaltos y bistones: habitantes de Sitonia, Bisaltía y Bistonia, regiones de Tracia.

134 Biso: véase nota 14 de "La lluvia de fuego".

135 Arión: nacido de los amores de Poseidón con Deméter, convertidos ambos en equinos. Según otras versiones míticas, sería hijo del dios y de la tierra, o de éste y de una Harpía, a la que golpeó haciendo surgir el caballo.

136 Podargos: nombre de uno de los caballos del carro de Héctor (*Iliada*, VIII, 185) y de otro de Menelao (*//.* XXIII, 295). Lampión: nombre de otro de los caballos del carro de Héctor (*//.* VIII, 185).

137 Albarda: pieza principal del aparejo de las caballerías de carga, constituida por dos almohadones cilíndricos unidos entre sí. Arnés: guarniciones de las caballerías.

138 Volatín: volatinero: persona que anda y voleta con destreza por el aire sobre una cuerda o alambre.

comenzaba a desarrollarse pareja con su conciencia, produciendo casos anormales que daban pábulo al comentario general.

Una yegua había exigido espejos en su pesebre, arrancándolos con los dientes de la propia alcoba patronal y destruyendo a coces los de tres paineles cuando no le hicieron el gusto. Concedido el capricho, daba muestras de coquetería perfectamente visible.

Balios[139], el más bello potro de la comarca, un blanco elegante y sentimental que tenía dos campañas militares y manifestaba regocijo ante el recitado de hexámetros heroicos[140], acababa de morir de amor por una dama. Era la mujer de un general, dueño del enamorado bruto, y por cierto no ocultaba el suceso. Hasta se creía que halagaba su vanidad, siendo esto muy natural por otra parte en la ecuestre metrópoli.

Señalábase igualmente casos de infanticidio, que aumentando en forma alarmante, fue necesario corregir con la presencia de viejas mulas adoptivas; un gusto creciente por el pescado y por el cáñamo cuyas plantaciones saqueaban los animales; y varias rebeliones aisladas que hubo de corregirse, siendo insuficiente el látigo, por medio del hierro candente. Esto último fue en aumento, pues el instinto de rebelión progresaba a pesar de todo.

Los bistones, más encantados cada vez con sus caballos, no paraban tintes en eso. Otros hechos más significativos produjéronse de allí a poco. Dos o tres atalajes[141] habían hecho causa común contra un carretero que azotaba su yegua rebelde. Los caballos resistíanse cada vez más al enganche y al yugo, de tal modo que empezó a preferirse el asno. Había animales que no aceptaban determinado apero; mas como pertenecían a los ricos, se difería a su rebelión comentándola mimosamente a título de capricho.

Un día los caballos no vinieron al son de la trompa, y fue menester constreñirlos por la fuerza; pero los subsiguientes, no se reprodujo la rebelión.

Al fin ésta ocurrió cierta vez que la marea cubrió la playa de pescado muerto como solía suceder. Los caballos se hartaron de eso, y se los vio regresar al campo suburbano con lentitud sombría.

Medianoche era cuando estalló el singular conflicto.

De pronto un trueno sordo y persistente conmovió el ámbito de la ciudad. Era que todos los caballos se habían puesto en movimiento a la vez para asaltarla; pero esto se supo luego, inadvertido al principio en la sombra de la noche y la sorpresa de lo inesperado.

Como las praderas de pastoreo quedaban entre las murallas, nada pudo contener la agresión; y añadido a esto el conocimiento minucioso que los animales tenían de los domicilios, ambas cosas acrecentaron la catástrofe.

Noche memorable entre todas, sus horrores sólo aparecieron cuando el día vino a ponerlos en evidencia, multiplicándolos aun.

Las puertas reventadas a coces yacían por el suelo, dando paso a feroces manadas que se sucedían casi sin interrupción. Había corrido sangre, pues no pocos vecinos cayeron aplastados bajo el casco y los dientes de la banda en cuyas filas causaron estragos también las armas humanas.

Conmovida de tropeles, la ciudad oscurecíase con la polvareda que engendraban; y un extraño tumulto formado por gritos de cólera o de dolor, relinchos variados como palabras a los cuales mezclábase uno que otro doloroso rebuzno, y estampidos de coces sobre las puertas atacadas, unía su espanto al pavor visible de la catástrofe. Una especie de terremoto incesante hacía vibrar el suelo con el trote de la masa rebelde, exaltado a ratos como en ráfaga huracanada por, frenéticos tropeles sin dirección y sin objeto; pues habiendo saqueado todos los plantíos de cáñamo y hasta algunas bodegas que codiciaban aquellos corceles pervertidos por los refinamientos de la mesa, grupos de animales ebrios aceleraban la obra de destrucción. Y por el lado del mar era imposible huir. Los caballos, conociendo la misión de las naves, cerraban el acceso del puerto.

---

139 Balios: nombre del caballo inmortal de Aquiles, hijo de Céfiro y de la Harpía Podarga (*Iliada*, XVI, 149 y XIX. 400).

140 Hexámetro: verso heroico de seis pies, usado en las epopeyas griegas y latinas.

141 Atalaje: caballo de tiro.

Sólo la fortaleza permanecía incólume y empezábase a organizar en ella la resistencia. Por lo pronto cubríase de dardos a todo caballo que cruzaba por allá; y cuando caía cerca, era arrastrado al interior como vitualla.

Entre los vecinos refugiados circulaban los más extraños rumores. El primer ataque no fue sino un saqueo. Derribadas las puertas, las manadas introducíanse en las habitaciones, atentas sólo a las colgaduras suntuosas con que intentaban revestirse, a las joyas y objetos brillantes. La oposición a sus designios fue lo que suscitó su furia.

Otros hablaban de monstruosos amores, de mujeres asaltadas y aplastadas en sus propios lechos con ímpetu bestial; y hasta se señalaba una noble doncella que sollozando narraba entre dos crisis su percance: el despertar en la alcoba a la media luz de la lámpara, rozados sus labios por la innoble jeta de un potro negro que respingaba de placer el belfo[142] enseñando su dentadura asquerosa; su grito de pavor ante aquella bestia convertida en fiera, con el resplandor humano y malévolo de sus ojos incendiados de lubricidad; el mar de sangre con que la inundara al caer atravesado por la espada de un servidor...

Mencionábanse varios asesinatos en que las yeguas se habían divertido con saña femenil, despachurrando a mordiscos las víctimas. Los asnos habían sido exterminados, y las mulas subleváronse también, pero con torpeza inconsciente, destruyendo por destruir, y particularmente encarnizadas contra los perros.

El tronar de las carreras locas seguía estremeciendo la ciudad, y el fragor de los derrumbes iba aumentando. Era urgente organizar una salida, por más que el número y la fuerza de los asaltantes la hiciera singularmente peligrosa, si no se quería abandonar la ciudad a la más insensata destrucción.

Los hombres empezaron a armarse; mas, pasado el primer momento de licencia, los caballos habíanse decidido a atacar también.

Un brusco silencio precedió al asalto. Desde la fortaleza distinguían el terrible ejército que se congregaba, no sin trabajo, en el hipódromo. Aquello tardó varias horas, pues cuando todo parecía dispuesto, súbitos corcovos y agudísimos relinchos cuya causa era imposible discernir, desordenaban profundamente las filas.

El sol declinaba ya, cuando se produjo la primera carga. No fue, si se permite la frase, más que una demostración, pues los animales limitáronse a pasar corriendo frente a la fortaleza. En cambio, quedaron acribillados por las saetas de los defensores.

Desde el más remoto extremo de la ciudad lanzáronse otra vez, y su choque contra las defensas fue formidable. La fortaleza retumbó entera bajo aquella tempestad de los cascos, y sus recias murallas dóricas quedaron, a decir verdad, profundamente trabajadas[143].

Sobrevino un rechazo, al cual sucedió muy luego un nuevo ataque.

Los que demolían eran caballos y mulos herrados que caían a docenas; pero sus filas cerrábanse con encarnizamiento furioso, sin que la masa pareciera disminuir. Lo peor era que algunos habían conseguido vestir sus bardas de combate en cuya malla de acero se embotaban los dardos[144]. Otros llevaban jirones de tela vistosa, otros collares; y pueriles en su mismo furor, ensayaban inesperados retozos.

Desde las murallas los conocían. ¡Dinos, Aethon, Ameteo, Xanthos[145]! Y ellos saludaban, relinchaban gozosamente, enarcaban la cola, cargando en seguida con fogosos respingos. Uno, un jefe ciertamente, irguióse sobre sus corvejones, caminó así un trecho manoteando gallardamente al aire como si danzara un marcial balisteo[146], contorneando el cuello con serpentina elegancia, hasta que un dardo se le clavó en medio del pecho...

Entretanto, el ataque iba triunfando. Las murallas empezaban a ceder.

---

142 Belfo: cualquiera de los labios del caballo, especialmente el inferior.

143 Las murallas de estilo dórico -el más sobrio de los tres clásicos griegos: dórico, jónico y corintio- quedaron resentidas, debilitadas con el embate.

144 Embotarse los dardos: perder su punta, engrosarla en el choque contra la malla de acero.

145 Xanthos: Janto, nombre del caballo de Aquiles que le profetizará su muerte (*Iliada*, 'XVI, 149; XIX, 400, 405, 420). También fue un caballo de Héctor (*Il.*, VIII, 185).

146 Corvejones: articulación entre la parte inferior de la pierna y la superior de la caña en las patas de los cuadrúpedos. Balisteo: baile o danza. Serpentina: con la flexibilidad y gracia de la serpiente.

Súbitamente una alarma paralizó a las bestias. Unas sobre otras, apoyándose en ancas y lomos, alargaron sus cuellos hacia la alameda que bordeaba la margen del Kossínites; y los defensores volviéndose hacia la misma dirección, contemplaron un tremendo espectáculo.

Dominando la arboleda negra, espantosa sobre el cielo de la tarde, una colosal cabeza de león miraba hacia la ciudad. Era una de esas fieras antediluvianas cuyos ejemplares, cada vez más raros, devastaban de tiempo en tiempo los montes Ródopes[147]. Mas nunca se había visto nada tan monstruoso, pues aquella cabeza dominaba los más altos árboles, mezclando a las hojas teñidas de crepúsculo las greñas de su melena.

Brillaban claramente sus enormes colmillos, percibíanse sus ojos fruncidos ante la luz, llegaba en el hálito de la brisa su olor bravío. Inmóvil entre la palpitación del follaje, herrumbrada por el sol casi hasta dorarse su gigantesca crin, alzábase ante el horizonte como uno de esos bloques en que el pelasgo[148], contemporáneo de las montañas, esculpió sus bárbaras divinidades.

Y de repente empezó a andar, lento como el océano. Oíase el rumor de la fronda que su pecho apartaba, su aliento de fragua que iba sin duda a estremecer la ciudad cambiándose en rugido.

A pesar de su fuerza prodigiosa y de su número, los caballos sublevados no resistieron semejante aproximación. Un solo ímpetu los arrastró por la playa, en dirección a la Macedonia, levantando un verdadero huracán de arena y de espuma, pues no pocos disparábanse a través de las olas.

En la fortaleza reinaba el pánico. ¿Qué podrían contra semejante enemigo? ¿Qué gozne de bronce resistiría a sus mandíbulas? ¿Qué muro a sus garras…?

Comenzaban ya a preferir el pasado riesgo (al fin era una lucha contra bestias civilizadas) sin aliento ni para enflechar sus arcos, cuando el monstruo salió de la alameda.

No fue un rugido lo que brotó de sus fauces, sino un grito de guerra humano: el bélico ¡*alalé*![149] de los combates, al que respondieron con regocijo triunfal los *hoyohei y los hoyotohó* de la fortaleza.

¡Glorioso prodigio!

Bajo la cabeza del felino, irradiaba luz superior el rostro de un numen; y mezclados soberbiamente con la flava piel[150], resaltaban su pecho marmóreo, sus brazos de encina, sus muslos estupendos.

Y un grito, un solo grito de libertad, de reconocimiento, de orgullo, llenó la tarde:

- ¡Hércules, es Hércules que llega!

147 Montes Ródopes: montañas boscosas en el N de Grecia, en la zona de Tracia, que la separan de Macedonia.

148 Pelasgo: nombre de los primitivos habitantes de Grecia, particularmente de la Tracia.

149 Alalé: alalá, grito de guerra lanzado al avanzar sobre el enemigo después de cantar el peán. Grito de alegría o victoria. Hoyohei y hoyotohó son gritos de augurio, auspiciosos.

150 Flava piel: de color entre amarillo y rojo, tirando a melado.

VIOLA ACHERONTIA[151]

LO QUE DESEABA aquel extraño jardinero era crear la flor de la muerte. Sus tentativas remontaban a diez años, con éxito negativo, siempre, porque considerando al vegetal sin alma, ateníase exclusivamente a la plástica. Injertos, combinaciones, todo había ensayado. La producción de la rosa negra ocupóle un tiempo; pero nada sacó de sus investigaciones. Después interesáronlo las pasionarias y los tulipanes, con el único resultado de dos o tres ejemplares monstruosos, hasta que Bernardin de Saint-Pierre[152] lo puso en el buen camino, enseñándole cómo puede haber analogías entre la flor y la mujer encinta, supuestas ambas capaces de recibir por "antojo" imágenes de los objetos deseados.

Aceptar este audaz postulado equivalía a suponer en la planta un coeficiente mental suficientemente elevado para recibir, concretar y conservar una impresión; en una palabra, para sugestionarse con intensidad parecida a la de un organismo inferior. Esto era, precisamente, lo que había llegado a comprobar nuestro jardinero.

Según él, la marcha de los vástagos en las enredaderas obedecía a una deliberación seguida por resoluciones que daban origen a una serie de tanteos. De aquí las curvas y acodamientos, caprichosos al parecer, las diversas orientaciones y adaptaciones a diferentes planos, que ejecutan las guías, los gajos, las raíces. Un sencillo sistema nervioso presidía esas oscuras funciones. Había también en cada planta su bulbo cerebral y su corazón rudimentario, situados respectivamente en el cuello de la raíz y en el tronco. La semilla, es decir, el ser resumido para la procreación, lo dejaba ver con toda claridad. El embrión de una nuez tiene la misma forma del corazón, siendo asaz parecida al cerebro la de los cotiledones. Las dos hojas rudimentarias que salen de dicho embrión recuerdan con bastante claridad dos ramas bronquiales cuyo oficio desempeñan en la germinación.

Las analogías morfológicas[153] suponen casi siempre otras de fondo; y por esto la sugestión ejerce una influencia más vasta de lo que se cree sobre la forma de los seres. Algunos clarovidentes de la historia natural, como Michelet[154] y Fríes, presintieron esta verdad, que la experiencia va confirmando. El mundo de los insectos pruébalo enteramente. Los pájaros ostentan colores más brillantes en los países cuyo cielo es siempre puro (Gould). Los gatos blancos y de ojos azules son comúnmente sordos (Darwin). Hay peces que llevan fotografiadas en la gelatina de su dorso las olas del mar (Strindberg). El girasol mira constantemente al astro del día, y reproduce con fidelidad su núcleo, sus rayos y sus manchas (Saint-Pierre).

He aquí un punto de partida. Bacon en su Novum Organum[155] establece que el canelero y otros odoríferos colocados cerca de lugares fétidos retienen obstinadamente el aroma, rehusando su emisión; para impedir que se mezcle con las exhalaciones graves...

Lo que ensayaba el extraordinario jardinero con quien iba a verme era una sugestión sobre las violetas. Habíalas encontrado singularmente nerviosas, lo cual demuestra, agregaba, la afección y el horror siempre exagerados que les profesan las histéricas, y quería llegar a hacerlas emitir un tósigo mortal sin olor alguno: una ponzoña fulminante e imperceptible. Qué

---

151 Publicado, con el título de "*Acherontia atropos*" en Tribuna, Buenos Aires, 31 de enero de 1899, p. 2.

152 Bernardin de Saint-Pierre, Jacques Henri (1737-1814), novelista francés, es autor de la célebre obrita *Pablo y Virginia*. Fue director del Jardín de Plantas de París, cargo en el que sucedió a Buffon. Como naturalista publicó *Etudes de la Nature* y *Les Harmonies de la Nature*.

153 Analogías: para el ocultismo, el pensamiento analógico o simbólico es capital. La relación aparente o de semejanza entre dos cosas puede conducir a establecer una compleja cadena analógica; así, entre el microcosmos que es el hombre, y el macrocosmos o universo.

154 Michelet, Jules (1798-1874), francés, autor de la famosa *Historia de Francia* (1835-1866). A partir de 1851 su atención se volcó hacia el campo de las ciencias naturales, y publicó: *El pájaro* (1850), *El insecto* (1857), *El mar* (1861).

155 *Novum Organum* de Francis Bacon (1561-1626), filósofo inglés, su obra *Nuevo órgano o elementos de interpretación de la naturaleza* (1620) pretende constituir una nueva lógica, en contraposición a la de Aristóteles, conocida como *Organum*. Postula una nueva forma de acercamiento a la naturaleza.

se proponía con ello, si no era puramente una extravagancia, permaneció siempre misterioso para mí.

Encontré un anciano de porte sencillo, que me recibió con cortesía casi humilde. Estaba enterado de mis pretensiones, por lo cual entablamos acto continuo la conversación sobre el tema que nos acercaba.

Quería sus flores como un padre, manifestando fanática adoración por ellas. Las hipótesis y datos consignados más arriba fueron la introducción de nuestro diálogo; y como el hombre hallara en mí un conocedor, se encontró más a sus anchas.

Después de haberme expuesto sus teorías con rara precisión, me invitó a conocer sus violetas.

-He procurado -decía mientras íbamos- llevarlas a la producción del veneno que deben exhalar, por una evolución de su propia naturaleza; y aunque el resultado ha sido otro, comporta una verdadera maravilla; sin contar con que no desespero de obtener la exhalación mortífera. Pero ya hemos llegado; véalas usted.

Estaban al extremo del jardín, en una especie de plazoleta rodeada de plantas extrañas. Entre las hojas habituales, sobresalían sus corolas, que al pronto tomé por pensamientos, pues eran negras.

-¡Violetas negras! -exclamé.

-Sí, pues; había que empezar por el color, para que la idea fúnebre grabara mejor en ellas. El negro es, salvo alguna fantasía china, el color natural del luto[156], puesto que lo es de la noche, vale decir, de la tristeza, de la disminución vital y del sueño, hermano de la muerte. Además, estas flores no tienen perfume, conforme a mi propósito, y éste es otro resultado producido por un efecto de correlación. El color negro parece ser, en efecto, adverso al perfume; y así tiene usted que sobre mil ciento noventa y tres especies de flores blancas, hay ciento setenta y cinco perfumadas y doce fétidas; mientras que sobre dieciocho especies de flores negras, hay diecisiete inodoras y una fétida. Pero esto no es lo interesante del asunto. Lo maravilloso está en otro detalle, que requiere, desgraciadamente, una larga explicación...

-No tema usted -respondí-; mis deseos de aprender son todavía mayores que mi curiosidad.

-Oiga usted, entonces, cómo he procedido.

Primeramente debí proporcionar a mis flores un medio favorable para el desarrollo de la idea fúnebre; luego, sugerirles esta idea por medio de una sucesión de fenómenos; después, poner su sistema nervioso en estado de recibir la imagen y fijarla; por último, llegar a la producción del veneno, combinando en su ambiente y en su savia diversos tósigos vegetales. La herencia se encargaría del resto.

Las violetas que usted ve pertenecen a una familia cultivada bajo ese régimen durante diez años. Algunos cruzamientos, indispensables para prevenir la degeneración, han debido retardar un tanto el éxito final de mi tentativa. Y digo éxito final, porque conseguir la violeta negra e inodora es ya un resultado.

Sin embargo, ello no es difícil; redúcese a una serie de manipulaciones en las que entra por base el carbono con el objeto de obtener una variedad de añilina. Suprimo el detalle de las investigaciones a que debí entregarme sobre las toluidinas y los xilenos[157], cuyas enormes series me llevarían muy lejos, vendiendo por otra parte mi secreto. Puedo darle, no obstante, un indicio: el origen de los colores que llamamos añilinas es una combinación de hidrógeno y carbono; el trabajo químico posterior se reduce a fijar oxígeno y nitrógeno, produciendo los álcalis artificiales cuyo tipo es la añilina, y obteniendo derivados después Algo semejante he hecho yo. Usted sabe que la clorofila es muy sensible, y a esto se debe más de un resultado sorprendente. Exponiendo matas de hiedra a la luz solar, en un sitio donde ésta entraba por aberturas romboidales solamente, he llegado a alterar la forma de su hoja, tan persistente, sin embargo, que es el tipo geométrico de la curva cisoides; y luego, es fácil

156 Los entierros chinos se hacen acompañados de una banda musical y vistiendo los asistentes colores vivos.

157 Toluidina: anilina derivada del tolueno o toluol, sustancia obtenida, inicialmente, a partir del bálsamo de Tolú. Hidrocarburo aromático de la serie del benceno. Xileno o xilol: líquido incoloro obtenido por destilación de los aceites ligeros procedentes de la brea de hulla. Ambas sustancias son de amplio uso industrial.

observar que las hierbas rastreras de un bosque se desarrollan imitando los arabescos de la luz a través del ramaje...

Llegamos ahora al procedimiento capital. La sugestión que ensayo sobre mis flores es muy difícil de efectuar, pues las plantas tienen su cerebro debajo de tierra: son seres inversos. Por esto me he fijado más en la influencia del medio como elemento fundamental. Obtenido el color negro de las violetas, estaba conseguida la primera nota fúnebre. Planté luego en torno los vegetales que usted ve: estramonio, jazmín y belladona[158]. Mis violetas quedaban, así, sometidas a influencias química y fisiológicamente fúnebres. La solanina es, en efecto, un veneno narcótico; así como la daturina contiene hioscyamina y Atropina, dos alcaloides dilatadores de la pupila que producen la megalopsia, o sea, el agrandamiento de los objetos. Tenía, pues, los elementos del sueño y de la alucinación, es decir, dos productores de pesadillas; de modo que a los efectos específicos del color negro, del sueño y de las alucinaciones, se unía el miedo. Debo añadirle que para redoblar las impresiones alucinantes, planté además beleño, cuyo veneno radical es precisamente la hioscyamina[159].

- ¿Y de qué sirve, puesto que la flor no tiene ojos? -pregunté.

-Ah, señor; no se ve únicamente con los ojos -replicó el anciano-. Los sonámbulos ven con los dedos de la mano y con la planta de los pies. No olvide usted que aquí se trata de una sugestión.

Mis labios rebosaban de objeciones; pero callé, por ver hasta dónde iba a llevarnos el desarrollo de tan singular teoría.

-La solanina y la daturina -prosiguió mi interlocutor- se aproximan mucho a los venenos cadavéricos (ptomainas y leucomainas) que exhalan olores de jazmín y de rosa. Si la belladona y el estramonio me dan aquellos cuerpos, el olor está suministrado por el jazminero y por ese rosal cuyo perfume aumento, conforme a una observación de de Candolle, sembrando cebollas en sus cercanías[160]. El cultivo de las rosas está ahora muy adelantado, pues los injertos han hecho prodigios; en tiempo de Shakespeare se injertó recién las primeras rosas en Inglaterra...

Aquel recuerdo, que tendía a halagar visiblemente mis inclinaciones literarias, me conmovió.

-Permítame -dije- que admire de paso su memoria verdaderamente juvenil.

-Para extremar aun la influencia sobre mis flores -continuó él sonriendo vagamente-, he mezclado a los narcóticos plantas cadavéricas. Algunos arum y orchis, una stapelia[161] aquí y allá, pues sus olores y colores recuerdan los de la carne corrompida. Las violetas sobreexcitadas por su excitación amorosa natural, dado que la flor es un órgano de reproducción, aspiran el perfume de los venenos cadavéricos añadido al olor del cadáver mismo; sufren la influencia soporífica de los narcóticos que las predisponen a la hipnosis, y la megalopsia alucinante de los venenos dilatadores de la pupila. La sugestión fúnebre comienza así a efectuarse con toda intensidad; pero todavía aumento la sensibilidad anormal en que la flor se encuentra por la inmediación de esas potencias vegetales, aproximándole de tiempo en tiempo una mata de valeriana y de espuelas de caballero, cuyo cianuro la irrita notablemente. El etileno de la rosa colabora también en este sentido. Llegamos ahora al punto culminante del experimento, pero antes deseo hacerle esta advertencia: el ¡*ay*! humano es un grito de la naturaleza.

Al oír este brusco aparte, la locura de mi personaje se me presentó evidente; pero él, sin darme tiempo a pensarlo bien siquiera, prosiguió:

---

158 Estramonio: hierba venenosa, de grandes hojas dentadas y de olor fuerte. Se cultiva por el alcaloide stramonium, que se usa en medicina como sustitutivo de la belladona. Belladona: planta de flores purpúreas, de acción calmante, narcótica y venenosa.

159 Beleño: planta narcótica, de hojas vellosas y flores amarillas. Su principio activo se denomina hioscyamina.

160 Candole, Alphonse de (1806-1893) y su padre, el célebre botánico ginebrino Agustín de Candolle (1778-1841), ambos fueron directores del Jardín Botánico de Ginebra. El padre es el autor de la magna obra *Prodromus systematis naturalis regni vegetalis*, y el hijo de *Geografía botánica razonada* y *Origen de las plantas cultivadas*.

161 Arum, aro o tragontina: género de hierbas euroasiáticas, tales como la cala negra o lirio de Salomón, de Israel y Jordania, el aro dragón, el aro de flecha y el acuático. Orchis: orquídeas. Stapelia: planta de la familia de las asclepiadáceas, como la llamada flor del lagarto, de hermosísimas flores.

-El ¡ay! es, en efecto, una interjección de todos los tiempos. Pero lo curioso es que entre los animales sucede también así. Desde el perro, un vertebrado superior, hasta la esfinge calavera, una mariposa, el ¡ay! es una manifestación de dolor y de miedo. Precisamente el extraño insecto que acabo de nombrar, y cuyo nombre proviene de que lleva dibujada una calavera en el coselete, recuerda bien la fauna lúgubre en la cual el ¡ay! es común. Fuera inútil recordar a los búhos; pero sí debe mencionarse a ese extraviado de las selvas primitivas, el perezoso, que parece llevar el dolor de su decadencia en el ¡ay! específico al cual debe uno de sus nombres...

Y bien; exasperado por mis diez años de esfuerzos, decidí realizar ante las flores escenas crueles que las impresionaran más aun, sin éxito también; hasta que un día...

…Pero aproxímese, juzgue por usted mismo.

Su cara tocaba las negras flores, y casi obligado hice lo propio. Entonces -cosa inaudita- me pareció percibir débiles quejidos. Pronto hube de convencerme. Aquellas flores se quejaban, en efecto, y de sus corolas oscuras surgía una pululación de pequeños ayes muy semejantes a los de un niño. La sugestión habíase operado en forma completamente imprevista, y aquellas flores, durante toda su breve existencia, no hacían sino llorar.

Mi estupefacción había llegado al colmo, cuando de repente una idea terrible me asaltó. Recordé que, al decir de la hechicería, la mandrágora[162] llora también cuando se la ha regado con la sangre de un niño y con una sospecha que me hizo palidecer horriblemente, me incorporé.

-Como las mandrágoras -dije.

-Como las mandrágoras -repitió él, palideciendo aun más que yo. Y nunca hemos vuelto a vernos. Pero mi convicción de ahora es que se trata de un verdadero bandido, de un perfecto hechicero de otros tiempos, con sus venenos y sus flores de crimen. ¿Llegará a producir la violeta mortífera que se propone? ¿Debo entregar su nombre maldito a la publicidad…?

162 Mandrágora: planta narcótica, de hojas anchas y flores malolientes en forma de campanilla. Se le atribuían virtudes mágicas por tener las raíces parecidas a la figura humana. Hay muchas leyendas en torno de esta planta. Se dice que lanza gemidos lastimeros cuando se la arranca del suelo; que vuelve fértiles a las mujeres que no lo son; produce riqueza; revela el porvenir; ella nace del esperma de un ahorcado; es afrodisíaca, etc.

COMPRE el mono en el remate de un circo que había quebrado.

La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relató están dedicadas estas líneas fue una tarde, leyendo no sé dónde que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. "No hablan, decían, para que no los hagan trabajar".

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antropológico: los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal[163].

Claro está que si llegara a demostrarse esto quedarían explicadas desde luego todas las anomalías que hacen del mono un ser tan singular; pero ello no tendría sino una demostración posible: volver el mono al lenguaje.

Entre tanto había corrido el mundo con el mío, vinculándolo cada vez más por medio de peripecias y aventuras. En Europa llamó la atención, y, de haberlo querido, llego a darle la celebridad de un *Cónsul*[164] pero mi seriedad de hombre de negocios mal se avenía con tales payasadas,

Trabajado por mi idea fija del lenguaje de los monos, agoté toda la bibliografía concerniente al problema, sin ningún resultado apreciable. Sabía únicamente, con entera seguridad, *que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable*. Esto llevaba cinco años de meditaciones.

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable. La educación del circo, bien que reducida casi enteramente al mimetismo, había desarrollado mucho sus facultades; y esto era lo que me incitaba más a ensayar sobre él mi en apariencia disparatada teoría.

Por otra parte, sábese que el chimpancé (Yzur lo era) es entre los monos el mejor provisto de cerebro y uno de los más dóciles, lo cual aumentaba mis probabilidades. Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba en mí.

No hay a la verdad razón alguna para que el mono no articule absolutamente. Su lenguaje natural, es decir, el conjunto de gritos con que se comunica a sus semejantes, es asaz variado; su laringe, por más distinta que resulte de la humana, nunca lo es tanto como la del loro, que habla, sin embargo; y en cuanto a su cerebro, fuera de que la comparación con el de este último animal desvanece toda duda, basta recordar que el del idiota es también rudimentario, a pesar de lo cual hay cretinos que pronuncian algunas palabras. Por lo que hace a la circunvolución de Broca[165], depende, es claro, del desarrollo total del cerebro; fuera de que no está probado que ella sea *fatalmente* el sitio de localización del lenguaje. Si es el caso de localización mejor establecido en anatomía, los hechos contradictorios son desde luego incontestables.

Felizmente, los monos tienen, entre sus muchas malas condiciones, el gusto por aprender, como lo demuestra su tendencia imitativa; la memoria feliz, la reflexión que llega hasta una profunda facultad de disimulo, y la atención comparativamente más desarrollada que en el niño. Es, pues, un sujeto pedagógico de los más favorables.

---

163 Es la teoría regresiva, que invierte el proceso de la que sostiene que el hombre proviene del mono. Para la regresiva, el mono es un hombre degenerado, degradado.

164 Cónsul: nombre de un mono célebre hacia comienzos del siglo. Darío lo vio trabajar en un music-hall de París, donde se presentaba vestido a la moda con un perro y un negrito como sirviente.

165 Circunvolución de Broca: situada en el lóbulo frontal izquierdo del cerebro; en ella se localiza el centro del lenguaje articulado.

El mío era joven además, y es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro. La dificultad estribaba solamente en el método que emplearía para comunicarle la palabra.

Conocía todas las infructuosas tentativas de mis antecesores; y está de más decir que, ante la competencia de algunos de ellos y la nulidad de todos sus esfuerzos, mis propósitos fallaron más de una vez; cuando el tanto pensar sobre aquel tema fue llevándome a esta conclusión:

Lo primero consiste en desarrollar el aparato de fonación del mono.

Así es, en efecto, como se procede con los sordomudos antes de llevarlos a la articulación; y no bien hube reflexionado sobre esto, cuando las analogías entre el sordomudo y el mono sé agolparon en mi espíritu.

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa al lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquélla. Después, otros caracteres más peculiares por ser más específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora: la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al mareo.

Decidí, entonces, empezar mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono, tratándolo en esto como a un sordomudo. En lo restante, me favorecería el oído para establecer comunicaciones directas de palabra, sin necesidad de apelar al tacto. El lector verá que en esta parte prejuzgaba con demasiado optimismo.

Felizmente, el chimpancé es de todos los grandes monos el que tiene labios más movibles; y en el caso particular, habiendo padecido *Yzur* de anginas, sabía abrir la boca para que se la examinaran.

La primera inspección confirmó en parte mis sospechas. La lengua permanecía en el fondo de su boca, como una masa inerte, sin otros movimientos que los de la deglución. La gimnasia produjo luego su efecto, pues a los dos meses ya sabía sacar la lengua para burlar. Esta fue la primera relación que conoció entre el movimiento de su lengua y una idea; una relación perfectamente acorde con su naturaleza, por otra parte.

Los labios dieron más trabajo, pues hasta hubo que estirárselos con pinzas; pero apreciaba -quizá por mi expresión- la importancia de aquella tarea anómala y la acometía con viveza. Mientras yo practicaba los movimientos labiales que debía imitar, permanecía sentado, rascándose la grupa con su brazo vuelto hacia atrás y guiñando en una concentración dubitativa, o alisándose las patillas con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas por medio de ademanes rítmicos. Al fin aprendió a mover los labios.

Pero el ejercicio del lenguaje es un arte difícil, como lo prueban los largos balbuceos del niño, que lo llevan, paralelamente con su desarrollo intelectual, a la adquisición del hábito. Está demostrado, en efecto, que el centro propio de las inervaciones vocales se halla asociado con el de la palabra en forma tal, que el desarrollo normal de ambos depende de su ejercicio armónico; y esto ya lo había presentido en 1785 Heinicke, el inventor del método oral para la enseñanza de los sordomudos, como una consecuencia filosófica. Hablaba de una "concatenación dinámica de las ideas", frase cuya profunda claridad honraría a más de un psicólogo contemporáneo.

Yzur se encontraba, respecto al lenguaje, en la misma situación del niño que antes de hablar entiende ya muchas palabras; pero era mucho más apto para asociar los juicios que debía poseer sobre las cosas, por su mayor experiencia de la vida.

Estos juicios, que no debían ser sólo de impresión, sino también inquisitivos y disquisitivos, a juzgar por el carácter diferencial que asumían, lo cual supone un raciocinio abstracto, le daban un grado superior de inteligencia muy favorable por cierto a mi propósito.

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea, el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales. Como que el silogismo es originariamente una comparación entre dos sensaciones. Si no, ¿por qué los animales que conocen al hombre huyen de él, y no aquellos que nunca lo conocieron…?

Comencé, entonces, la educación fonética de Yzur.

Tratábase de enseñarle primero la palabra mecánica, para llevarlo progresivamente a la palabra sensata.

Poseyendo el mono la voz, es decir, llevando esto de ventaja al sordomudo, con más ciertas articulaciones rudimentarias, tratábase de enseñarle las modificaciones de aquélla, que constituyen los fonemas y su articulación, llamada por los maestros estática o dinámica, según que se refiera a las vocales o a las consonantes.

Dada la glotonería del mono, y siguiendo en esto un método empleado por Heinicke con los sordomudos, decidí asociar cada vocal con una golosina: *a* con papa; *e* con leche; *i* con vino; *o* con coco; *u* con azúcar, haciendo de modo que la vocal estuviese contenida en el nombre de la golosina, ora con dominio único y repetido como en *papa, coco, leche,* ora reuniendo los dos acentos, tónico y prosódico, es decir, como sonido fundamental: *vino, azúcar*.

Todo anduvo bien mientras se trató de las vocales, o sea, los sonidos que se forman con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. La *u* fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes diéronme un trabajo endemoniado; y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos colmillos le estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces, a las cinco vocales; la b, la k, la m, la g, la f y la c, es decir, todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como con un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

En el circo había aprendido a ladrar, como los perros, sus compañeros de tareas; y cuando me veía desesperar ante las vanas tentativas para arrancarle la palabra, ladraba fuertemente como dándome todo lo que sabía. Pronunciaba aisladamente las vocales y consonantes, pero podía asociarlas. Cuando más, acertaba con una repetición vertiginosa de *pes* y de *emes*.

Por despacio que fuera, se había operado un gran cambio en su carácter. Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditabundas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de lágrimas.

Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra Yzur. Este se intelectualizaba más, en el fondo de su mutismo rebelde, y empezaba a convencerme de que nunca lo sacaría de allí, cuando supe de golpe que no hablaba porque no quería.

El cocinero, horrorizado, vino a decirme una noche que había sorprendido al mono "hablando verdaderas palabras". Estaba, según su narración, acurrucado junto a una higuera de la huerta; pero el terror le impedía recordar lo esencial de esto, es decir, las palabras. Sólo creía retener dos: *cama y pipa*. Casi le doy de puntapiés por su imbecilidad.

No necesito decir que pasé la noche poseído de una gran emoción; Y lo que en tres años no había cometido, el error que todo lo echó a perder, provino del enervamiento de aquel desvelo, tanto como de mi excesiva curiosidad.

En vez de dejar que el mono llegara naturalmente a la manifestación del lenguaje, llamélo al día siguiente y procuré imponérsela por obediencia.

No conseguí sino las *pes* y las *emes* con que me tenía harto, las guiñadas hipócritas y -Dios me perdone- una cierta vislumbre de ironía en la azogada ubicuidad de sus muecas[166].

Me encolericé, y sin consideración alguna le di de azotes. Lo único que logré fue su llanto y un silencio absoluto que excluía hasta los gemidos.

A los tres días cayó enfermo, en una especie de sombría demencia complicada con síntomas de meningitis. Sanguijuelas, afusiones frías, purgantes, revulsivos cutáneos, alcoholaturo de briona, bromuro: toda la terapéutica del espantoso mal le fue aplicada. Luché con desesperado brío, a impulsos de un remordimiento y de un temor. Aquél por creer a la bestia una víctima de mi crueldad; éste por la suerte del secreto que quizá se llevaba a la tumba.

Mejoró al cabo de mucho tiempo, quedando, no obstante, tan débil, que no podía moverse de la cama. La proximidad de la muerte habíalo ennoblecido y humanizado. Sus ojos, llenos de gratitud, no se separaban de mí, siguiéndome por toda la habitación como dos bolas giratorias, aunque estuviese detrás de él; su mano buscaba las mías en una intimidad de convalecencia. En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona.

El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábame, sin embargo, a renovar mis experiencias. En realidad, el mono había hablado. Aquello no podía quedar así.

Comencé muy despacio, pidiéndole las letras que sabía pronunciar. ¡Nada! Dejélo solo durante horas, espiándolo por un agujerillo del tabique. ¡Nada! Habléle con oraciones breves, procurando tocar su fidelidad o su glotonería. ¡Nada! Cuando aquéllas eran patéticas, los ojos se le hinchaban de llanto. Cuando le decía una frase habitual, como el "yo soy tu amo" con que empezaba todas mis lecciones, o el "tú eres mi mono" con que completaba mi anterior afirmación, para llevar a su espíritu la certidumbre de una verdad total, él asentía cerrando los párpados; no producía un sonido, ni siquiera llegaba a mover s labios.

Había vuelto a la gesticulación como único medio de comunicarse conmigo; y este detalle, unido a sus analogías con los sordomudos, redoblaba mis precauciones, pues nadie ignora la gran predisposición de estos últimos a las enfermedades mentales. Por momentos deseaba que se volviera loco, a ver si el delirio rompía al fin su silencio.

Su convalecencia seguía estacionaria. La misma flacura, la misma tristeza. Era evidente que estaba enfermo de inteligencia y de dolor. Su unidad orgánica habíase roto al impulso de una cerebración anormal, y día más, día menos, aquel era caso perdido.

Mas, a pesar de la mansedumbre que el progreso de la enfermedad aumentaba en él, su silencio, aquel desesperante silencio provocado por mi exasperación, no cedía. Desde un oscuro fondo de tradición petrificada en instinto, la raza imponía su milenario mutismo al animal, fortaleciéndose de voluntad atávica en las raíces mismas de su ser. Los antiguos hombres de la selva, que forzó al silencio, es decir, al suicidio intelectual, quién sabe qué bárbara injusticia, mantenían su secreto formado por misterios de bosque y abismos de prehistoria, en aquella decisión ya inconsciente, pero formidable con la inmensidad de su tiempo.

Infortunios del antropoide retrasado en la evolución cuya delantera tomaba el humano con un despotismo de sombría barbarie, habían, sin duda, destronado a las grandes familias cuadrumanas del dominio arbóreo de sus primitivos edenes, raleando sus filas, cautivando sus hembras para organizar la esclavitud desde el propio vientre materno, hasta infundir a su impotencia de vencidas el acto de dignidad mortal que las llevaba a romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto de la palabra, refugiándose como salvación suprema en la noche de la animalidad.

Y qué horrores, qué estupendas sevicias[167] no habrían cometido los vencedores con la semibestia en trance de evolución, para que ésta, después de haber gustado el encanto

166 Azogarse: contraer la enfermedad producida por los vapores de azogue, que genera un temblor continuado. En sentido figurado, turbarse y agitarse mucho; aquí, referido a las muecas incesantes del simio.

167 Sevicia: crueldad excesiva.

intelectual que es el fruto paradisíaco de las biblias, se resignara a aquella claudicación de su estirpe en la degradante igualdad de los inferiores; a aquel retroceso que cristalizaba por siempre su inteligencia en los gestos de un automatismo de acróbata; a aquella gran cobardía de la vida que encorvaría eternamente, como en distintivo bestial, sus espaldas de dominado, imprimiéndole ese melancólico azoramiento que permanece en el fondo de su caricatura.

He aquí lo que al borde mismo del éxito había despertado mi malhumor en el fondo del limbo atávico. A través del millón de años, la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana; pero contra esa tentación que iba a víolar las tinieblas de la animalidad protectora, la memoria ancestral, difundida en la especie bajo un instintivo horror, oponía también edad sobre edad corno una muralla.

Yzur entró en agonía sin perder el conocimiento. Una dulce agonía a ojos cerrados, con respiración débil, pulso vago, quietud absoluta, que sólo interrumpía para volver de cuando en cuando hacia mí, con su desgarradora expresión de eternidad, su cara de viejo mulato triste. Y la última tarde, la tarde de su muerte, fue cuando ocurrió la cosa extraordinaria que me ha decidido a emprender esta narración.

Habíame dormitado a su cabecera, vencido por el calor y la quietud del crepúsculo que empezaba, cuando sentí de pronto que me asían por la muñeca.

Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia hacia él, que hube de inclinarme inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro, el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron -estoy seguro- brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies:

-AMO, AGUA. AMO, MI AMO…

LA ESTATUA DE SAL[168]

HE AQUI cómo refirió el peregrino la verdadera historia del monje Sosístrato:

-Quien no ha pasado alguna vez por el monasterio de San Sabas[169] diga que no conoce la desolación. Imaginaos un antiquísimo edificio situado sobre el Jordán[170], cuyas aguas saturadas de arena amarillenta se deslizan ya casi agotadas hacia el Mar Muerto por entre bosquecillos de terebintos y manzanos de Sodoma[171]. En toda aquella comarca no hay más que una palmera cuya copa sobrepasa los muros del monasterio. Una soledad infinita, sólo turbada de tarde en tarde por el paso de algunos nómadas que trasladan sus rebaños; un silencio colosal que parece bajar de las montañas, cuya eminencia amuralla el horizonte. Cuando sopla el viento del desierto, llueve arena impalpable; cuando el viento es del lago, todas las plantas quedan cubiertas de sal. El ocaso y la aurora confúndense en una misma tristeza. Sólo aquellos que deben expiar grandes crímenes arrostran semejantes soledades. En el convento se puede oír misa y comulgar. Los monjes, que no son ya más que cinco, y todos por lo menos sexagenarios, ofrecen al peregrino una modesta colación de dátiles fritos, uvas, agua del río y algunas veces vino de palmera. Jamás salen del monasterio, aunque las tribus vecinas los respetan porque son buenos médicos. Cuando muere alguno, lo sepultan en las cuevas que hay debajo, a la orilla del río, entre las rocas. En esas cuevas anidan ahora parejas de palomas azules, amigas del convento; antes, hace ya muchos años, habitaron en ellas los primeros anacoretas, uno de los cuales fue el monje Sosístrato, cuya historia he prometido contaros. Ayúdeme Nuestra Señora del Carmelo y vosotros escuchad con atención. Lo que vais a oír me lo refirió palabra por palabra el hermano Porfirio, que ahora está sepultado en una de las cuevas de San Sabas, donde acabó su santa vida a los ochenta años en la virtud y la penitencia. Dios lo haya acogido en su gracia. Amén.

*

Sosístrato era un monje armenio, que había resuelto pasar su vida en la soledad con varios jóvenes compañeros suyos de vida mundana, recién convertidos a la religión del crucificado. Pertenecía, pues, a la fuerte raza de los estilitas[172]. Después de largo vagar por el desierto, encontraron un día las cavernas de que os he hablado y se instalaron en ellas. El agua del Jordán, los frutos de una pequeña hortaliza que cultivaban en común, bastaban para llenar sus necesidades. Pasaban los días orando y meditando. De aquellas grutas, surgían columnas de plegarias, que contenían con su esfuerzo la vacilante bóveda de los cielos próxima a desplomarse sobre los pecados del mundo. El sacrificio de aquellos desterrados, que ofrecían diariamente la maceración de sus carnes y la pena de sus ayunos a la justa ira de Dios, para aplacarla, evitaron muchas pestes, guerras y terremotos. Esto no lo saben los impíos que ríen con ligereza de las penitencias de los cenobitas[173]. Y, sin embargo, los sacrificios y oraciones de los justos son las claves del techo del universo.

Al cabo de treinta años de austeridad y silencio, Sosístrato y sus compañeros habían alcanzado la santidad. El demonio, vencido, aullaba de impotencia bajo el pie de los santos monjes. Estos fueron acabando sus vidas uno tras otro, hasta que al fin Sosístrato se quedó solo. Estaba muy viejo, muy pequeñito. Se había vuelto casi transparente. Oraba arrodillado quince horas diarias, y tenia revelaciones. Dos palomas amigas traíanle cada tarde algunos granos de granada y se los daban a comer con el pico. Nada más que de eso vivía; en cambio,

168 Publicado en Tribuna, Buenos Aires, 17 de mayo de 1898, pp. 1-2.

169 San Sabas, obispo de Cesárea, fundador del monasterio que lleva su nombre, cerca de Belén en el siglo IV.

170 Jordán: el río más largo del SO de Asia Menor, asociado íntimamente a la historia hebrea A sus orillas hay restos de más de, cincuenta ciudades, algunas de hace 5.000 años.

171 Véanse notas sobre Gomorra en “La lluvia de fuego”.

172 Estilita: anacoreta que, por sacrificio, vivía sobre una columna, como San Simeón, el Estilita.

173 Cenobita: persona que, en los primeros siglos del cristianismo, vivía en una comunidad religiosa (cenobio: monasterio) gobernada por un superior, a diferencia del anacoreta, que vivía en la soledad.

olía bien como un jazminero por la tarde[174]. Cada año, el viernes doloroso, encontraba al despertar, en la cabecera de su lecho de ramas, una copa de oro llena de vino y un pan, con cuyas especies comulgaba absorbiéndose en éxtasis inefables. Jamás se le ocurrió pensar de dónde vendría aquello, pues bien sabía que el Señor Jesús puede hacerlo. Y aguardando con unción perfecta el día de su ascensión a la bienaventuranza, continuaba soportando sus años. Desde hacía más de cincuenta, ningún caminante había do por allí.

Pero una mañana, mientras el monje rezaba con sus palomas, éstas, asustadas de pronto, echaron a volar abandonándolo. Un peregrino acababa de llegar a la entrada de la caverna. Sosístrato, después de saludarlo con santas palabras, lo invitó a reposar indicándole un cántaro de agua fresca. El desconocido bebió con ansia, como si estuviese anonadado de fatiga; y después de consumir un puñado de frutas secas que extrajo de su alforja, oró en compañía del monje.

Trascurrieron siete días. El caminante refirió su peregrinación desde Cesárea hasta las orillas del Mar Muerto, terminando la narración con una historia que preocupó a Sosístrato.

- He visto los cadáveres de las ciudades malditas -dijo una noche su huésped-; he mirado humear el mar como una hornalla, y he contemplado lleno de espanto a la mujer de sal, la castigada esposa de Lot[175]. La mujer está viva, hermano mío, y yo la he escuchado gemir y la he visto sudar al sol del: mediodía.

-Cosa parecida cuenta Juvencus[176] en su tratado *De Sodoma* -dijo en voz baja Sosístrato.

-Sí, conozco el pasaje -añadió el peregrino-. Algo más definitivo hay en él todavía; y de ello resulta que la esposa de Lot ha seguido siendo fisiológicamente mujer. Yo he pensado que sería obra de caridad libertarla de su condena...

-Es la justicia de Dios -exclamó el solitario.

-¿No vino Cristo a redimir también con su sacrificio los pecados del antiguo mundo? -replicó suavemente el viajero, que parecía docto en letras sagradas-. ¿Acaso el bautismo no lava igualmente el pecado contra la Ley que el pecado contra el Evangelio...?

Después de estas palabras, ambos entregáronse al sueño. Fue aquella la última noche que pasaron juntos. Al siguiente día el desconocido partió, llevando consigo la bendición de Sosístrato; y no necesito deciros que, a pesar de sus buenas apariencias, aquel fingido peregrino era Satanás en persona.

El proyecto del maligno fue sutil. Una preocupación tenaz asaltó desde aquella noche el espíritu del santo. ¡Bautizar la estatua de sal, libertar de su suplicio aquel espíritu encadenado! La caridad lo exigía, la razón argumentaba. En esta lucha trascurrieron meses, hasta que por fin el monje tuvo una visión. Un ángel se le apareció en sueños y le ordenó ejecutar el acto.

Sosístrato oró y ayunó tres días, y en la mañana del cuarto, apoyándose en su bordón de acacia, tomó, costeando el Jordán, la senda del Mar Muerto. La jornada no era larga, pero sus piernas cansadas apenas podían sostenerlo. Así marchó durante dos días. Las fieles palomas continuaban alimentándolo como de ordinario, y él rezaba mucho, profundamente, pues aquella resolución afligíalo en extremo. Por fin, cuando sus pies iban a faltarle, las montañas se abrieron y el lago apareció.

Los esqueletos de las ciudades destruidas iban poco a poco desvaneciéndose. Algunas piedras quemadas era todo lo que restaba ya: trozos de arcos, hileras de adobes carcomidos por la sal y cimentados en betún... El monje reparó apenas en semejantes restos, que procuró evitar a fin de que sus pies no se manchasen a su contacto. De repente, todo su viejo cuerpo tembló. Acababa de advertir hacia el sur, fuera ya de los escombros, en un recodo de las montañas desde el cual apenas se los percibía, la silueta de la estatua.

---

174 Olor de santidad: una de las virtudes que se señalan en algunos santos es la de exhalar aroma perfumado, en vida, en momentos de éxtasis, y aun después da muertos.

175 La mujer de sal: la castigada esposa de Lot, que no cumplió con el mandato divino y tornó la cabeza para ver la destrucción de la ciudad.

176 Juvencus, Cayo Vecio Aquilino: de origen español, vivió en tiempos de Constantino. Presbítero cristiano, de formación clásica, versificó los *Evangelios* h. 330 en hexámetros.

Bajo su manto petrificado, que el tiempo había roído, era larga y fina como un fantasma. El sol brillaba con límpida incandescencia, calcinando las rocas, haciendo espejear la capa salobre que cubría las hojas de los terebintos. Aquellos arbustos, bajo la reverberación meridiana, parecían de plata. En el cielo no había una sola nube. Las aguas amargas dormían en su característica inmovilidad. Cuando el viento soplaba, podía escucharse en ellas, decían los peregrinos, cómo se lamentaban los espectros de las ciudades.

Sosístrato se aproximó a la estatua. El viajero había dicho verdad. Una humedad tibia cubría su rostro. Aquellos ojos blancos, aquellos labios blancos, estaban completamente inmóviles bajo la invasión de la piedra en el sueño de sus siglos. Ni un indicio de vida salía de aquella roca. El sol la quemaba con tenacidad implacable, siempre igual desde hacía miles de años; y sin embargo, ¡esa efigie estaba viva, puesto que sudaba! Semejante sueño resumía el misterio de los espantos bíblicos. La cólera de Jehová había pasado sobre aquel ser, espantosa amalgama de carne y de peñasco. ¿No era temeridad el intento de turbar ese sueño? ¿No caería el pecado de la mujer maldita sobre el insensato que procuraba redimirla? Despertar el misterio es una locura criminal, tal vez una tentación del infierno. Sosístrato, lleno de congoja, se arrodilló a orar en la sombra de un bosquecillo...

Cómo se verificó el acto, no os lo voy a decir. Sabed únicamente que, cuando el agua sacramental cayó sobre la estatua, la sal se disolvió lentamente, y a los ojos del solitario apareció una mujer, vieja como la eternidad, envuelta en andrajos terribles, de una lividez de ceniza, flaca y temblorosa, llena de siglos. El monje, que había visto al demonio sin miedo, sintió el pavor de aquella aparición. Era el pueblo réprobo lo que se levantaba en ella. ¡Esos ojos vieron la combustión de los azufres llovidos por la cólera divina sobre la ignominia de las ciudades; esos andrajos estaban tejidos con el pelo de los camellos de Lot; esos pies hollaron las cenizas del incendio del Eterno! Y la espantosa mujer le habló con su voz antigua.

Ya no recordaba nada. Sólo una vaga visión del incendio, una sensación tenebrosa despertada a la vista de aquel mar. Su alma estaba vestida de confusión. Había dormido mucho, un sueño negro como el sepulcro. Sufría sin saber por qué, en aquella sumersión de pesadilla. Ese monje acababa de salvada. Lo sentía. Era lo único claro en su visión reciente. Y el mar... el incendio... la catástrofe... las ciudades ardidas... Todo aquello se desvanecía en una clara visión de muerte. Iba a morir. Estaba salvada, pues. ¡Y era el monje quien la había salvado!

Sosístrato temblaba, formidable. Una llama roja incendiaba sus pupilas. El pasado acababa de desvanecerse en él, como si el viento de fuego hubiera barrido su alma. Y sólo este convencimiento ocupaba su conciencia: ¡*la mujer de Lot estaba allí*! El sol descendía hacia las montañas. Púrpuras de incendio manchaban el horizonte. Los días trágicos revivían en aquel aparato de llamaradas. Era como una resurrección del castigo, reflejándose por segunda vez sobre las aguas del lago amargo. Sosístrato acababa de retroceder en los siglos. Recordaba. Había sido actor en la catástrofe. Y esa mujer... ¡esa mujer le era conocida!

Entonces un ansia espantosa le quemó las carnes. Su lengua habló, dirigiéndose a la espectral resucitada:

-Mujer, respóndeme una sola palabra.

-Habla... Pregunta...

- ¿Responderás?

-Sí; habla. ¡Me has salvado!

Los ojos del anacoreta brillaron, como si en ellos se concentrase el resplandor que incendiaba las montañas.

-*Mujer, dime qué viste cuando tu rostro se volvió para mirar.*

Una voz anudada de angustia le respondió:

-Oh, no... Por Elohim[177], ¡no quieras saberlo!

-¡Dime qué viste!

177 Elohim: aunque es nombre en plural (sing.: eloah) se lo usa en el Antiguo Testamento como sinónimo del único Dios verdadero, sea o no el de los israelitas.

-No... no... ¡Sería el abismo!

-Yo quiero el abismo.

-Es la muerte...

-¡Dime qué viste!

-¡No puedo… no quiero!

-Yo te he salvado.

-No... no...

El sol acababa de ponerse.

-¡Habla!

La mujer se aproximó. Su voz parecía cubierta de polvo; se apagaba, se crepusculizaba, agonizando.

-¡Por las cenizas de tus padres...!

-¡Habla!

Entonces aquel espectro aproximó su boca al oído del cenobita y dijo una palabra. Y Sosístrato, fulminado, anonadado, sin arrojar un grito, cayó muerto. Roguemos a Dios por su alma.

EL PSYCHON[178]

EL DOCTOR PAULIN, ventajosamente conocido en el mundo científico por el descubrimiento del telectróscopo, el electroide y el espejo negro[179], de los cuales hablaremos algún día, llegó a esta capital hará próximamente ocho años, de incógnito, para evitar manifestaciones, que su modestia repudiaba. Nuestros médicos y hombres de ciencia leerán correctamente el nombre del personaje, que disimulo bajo un patronímico supuesto, tanto por carecer de autorización para publicarlo cuanto porque el desenlace de este relato ocasionaría polémicas, que mi ignorancia no sabría sostener en campo científico.

Un reumatismo vulgar, aunque rebelde a todo tratamiento, me hizo conocer al doctor Paulin cuando todavía era aquí un forastero. Cierto amigo, miembro de una sociedad de estudios psíquicos a quien venía recomendado desde Australia el doctor, nos puso en relaciones. Mi reumatismo desapareció mediante un tratamiento helioterápico original del médico; y la gratitud hacia él, tanto como el interés que sus experiencias me causaban, convirtió nuestra aproximación en amistad, desarrollando un sincero afecto.

Una ojeada preliminar sobre las mencionadas experiencias servirá de introducción explicativa, necesaria para la mejor comprensión de lo que sigue.

El doctor Paulin era, ante todo, un físico distinguido. Discípulo de Wroblewski en la Universidad de Cracovia, habíase dedicado con preferencia al estudio de la licuación de los gases, problema que, planteado imaginativamente por Lavoisier, debía quedar resuelto luego por Faraday, Cagniard-Latour y Thilorier[180]. Pero no era éste el único género de investigaciones en que sobresalía el doctor. Su profesión se especializaba en el mal conocido terreno de la terapéutica sugestiva[181], siendo digno émulo de los Charcot, los Dumontpallier, los Landolt, los Luys; y aparte el sistema helioterápico citado más arriba, mereció ser consultado por Guimbail y por Branly repetidas veces, sobre temas tan delicados como la conductibilidad de los neurones, cuya ley recién determinada entonces por ambos sabios era el caso palpitante de la ciencia.

Forzoso es confesar, no obstante, que el doctor Paulin adolecía de un defecto grave. Era espiritualista, teniendo, para mayor pena, la franqueza de confesado. Siempre recordaré a este respecto el final de una carta que dirigió en julio del 98 al profesor Elmer Gates, de Washington, contestando otra en la cual éste le comunicaba particularmente sus experiencias sobre la sugestión en los perros y sobre la "dirigación", o sea, la acción modificadora ejercida por la voluntad sobre determinadas partes del organismo.

"Y bien, sí -decía el doctor-; tenéis razón para vuestras conclusiones, que acabo de ver publicadas junto con el relato de vuestras experiencias en el *New York Medical Times.* El espíritu es quien rige los tejidos orgánicos y las funciones fisiológicas, porque es él quien crea esos tejidos y asegura su facultad vital. Ya sabéis si me siento inclinado a compartir vuestra opinión", etc.

Así, el doctor Paulin era mirado de reojo por las academias. Como a Crookes, como a de Rochas[182], lo aceptaban con agudas sospechas. Sólo faltaba la estampilla materialista para que le expidieran su diploma de sabio.

---

178 Publicado en Tribuna, Buenos Aires, 31 de enero de 1898; p. 2.

179 El espejo negro: con este título publicó un cuento Lugones, que no recogió en *Las fuerzas extrañas*. Véase estudio preliminar.

180 Físicos. Los más importantes son los aportes de Lavoisier, Antoine Laurent (1743-1794) en el estudio de la combustión del oxígeno; y Faraday, Michael (1791-1867) en el campo de la licuefacción de los gases y en la electrodinámica.

181 La terapéutica sugestiva: tratamiento de los pacientes, especialmente histéricos, por medio de la sugestión hipnótica. El célebre neurólogo francés J. M. Charcot, precursor de la psicopatología, realizó sus experiencias en el Hospital de la Salpétrière.

182 Rochas, Albert de. Oficial de la Escuela Politécnica francesa dedicado al estudio de la sugestión hipnótica en sensitivos histéricos. Además realizó sesiones con la celebre médium Eusapia Paladino. Publicó *Le Fluide des magnétiseurs* y *L' Extériorisation de la sensibilité*, entre otras.

¿Por qué estaba en Buenos Aires el doctor Paulin? Parece que a causa de una expedición científica con la que procuraba coronar ciertos estudios botánicos aplicados a la medicina. Algunas plantas que por mi intermedio consiguió, entre otras la jarilla, cuyas propiedades emenagogas[183] habíale yo descrito, dieron pie para una súplica a que su amabilidad defirió de buen grado. Le pedí autorización para asistir a sus experimentos, siendo testigo de ellos desde entonces.

Tenía el doctor, en el pasaje X, un laboratorio al cual se llegaba por la sala de consultas. Todos cuantos lo conocieron recordarán perfectamente este y otros detalles, pues nuestro hombre era tan sabio como franco y no hacía misterio de su existencia. En aquel laboratorio fue donde una noche, hablando con el doctor sobre las prescripciones rituales que afectan a los cleros de todo el mundo, obtuve una explicación singular de cierto hecho que me traía muy atareado.

Comentábamos la tonsura[184], cuya explicación yo no hallaba, cuando el doctor me lanzó de pronto este argumento que no pretendo discutir:

-Sabe usted que las exhalaciones fluídicas del hombre son percibidas por los sensitivos en forma de resplandores, rojos los que emergen del lado derecho, azulados los que se desprenden del izquierdo. Esta ley ’es constante, excepto en los zurdos, cuya polaridad se trueca, naturalmente, lo mismo para el sensitivo que para el imán. Poco antes de conocerlo, experimentando sobre ese hecho con Antonia, la sonámbula que nos sirvió para ensayar el electroide, me hallé en presencia de un hecho que llamó extraordinariamente mi atención. La sensitiva veía desprenderse de mi occipucio una llama amarilla, que ondulaba alargándose hasta treinta centímetros de altura. La persistencia con que la muchacha afirmaba este hecho me llenó de asombro. No podía siquiera presumir una sugestión involuntaria, pues en este género de investigaciones empleo el método del doctor Luys, hipnotizando solamente las retinas para dejar libre la facultad racional.

El doctor se levantó de su asiento y empezó a pasearse por la habitación.

-Con el interés que se explica ante un fenómeno tan inesperado, ensayé el otro día una experiencia con cinco muchachos pagados al efecto. Antonia no vio en ninguno la misteriosa llama, aunque sí las aureolas ordinarias; mas cuál no sería mi sorpresa al oírla exclamar en presencia del portero, don Francisco, usted sabe, llamado por mí como último recurso: “El señor sí la tiene, clarita pero menos brillante”. Cavilé dos días sobre aquel fenómeno; hasta que de pronto, por ese hábito de no desperdiciar detalle adquirido en semejantes estudios, me ocurrió una idea que, ligeramente ridícula primero, no tardó en volverse aceptable.

Chupó vigorosamente su cigarro y continuó:

-Tengo la costumbre de operar llevando puesto mi fez casero[185]; la calvicie me obliga a esta incorrección... Cuando Antonia vio sobre mi cabeza el fulgor amarillo, estaba sin gorro, habiéndomelo quitado por el excesivo calor. ¿No habría sido el cabello de los muchachos lo que impidió la emisión de la llama? Según Fugairon, la capa córnea que constituye la epidermis es mal conductor de la electricidad animal; de modo que el pelo, sustancia córnea también, posee idéntica propiedad. Además, don Francisco es calvo como yo, y la coincidencia del fenómeno en ambos autorizaba una presunción atendible. Mis investigaciones posteriores la confirmaron plenamente; y ahora comprenderá usted la razón de ser de la tonsura. Los sacerdotes primitivos observarían sobre la cabeza de algunos apóstoles *electrógenos,* diremos, aceptando un término de reciente creación, el resplandor que Antonia percibía en las nuestras. El hecho, de Moisés acá, no es raro en las cronologías legendarias. Luego se notaría el obstáculo que presentaba el cabello, y se establecería el hábito de rapar aquel punto del cráneo por donde surgía el fulgor, a fin de que este fenómeno, cuyo prestigio se infiere, pudiera manifestarse con toda intensidad. ¿Le parece convincente mi explicación?

---

183 Propiedades emenagogas: que producen o provocan la menstruación de la mujer.

184 Tonsura: corte de pelo, al ras del cuero cabelludo, en forma circular, en la zona de la coronilla. Es uso muy antiguo en sectas y religiones.

185 Fez: gorro de fieltro rojo, en forma de cubilete, usado especialmente por los turcos.

-Me parece, por lo menos, tan ingeniosa como la de Volney[186], para quien la tonsura es el símbolo del sol...

Tenía la costumbre de contradecirlo así, indirectamente, para que llegase hasta el fin en sus explicaciones.

-Podría usted citar, asimismo, la de Brillat-Savarin[187], según el cual se ha prescrito la tonsura a los monjes para que tengan fresca la cabeza -replicó el doctor entre picado y sonriente-. No obstante, hay algo más -prosiguió animándose-. Desde mucho tiempo antes proyectaba una experiencia sobre esas emanaciones fluídicas, sobre la *lohé*, para usar la expresión de Reichenbach, su descubridor: quería obtener el espectro de esos fulgores. Lo intenté, haciéndome describir por la sensitiva, minuciosamente, todos los fenómenos...

-¿...Y qué resulta? -pregunté entusiasmado.

-Resulta una raya verde en el índigo para la coloración roja, y dos negras en el verde para la coloración azul. En cuanto a la amarilla descubierta por mí, el resultado es extraordinario. Antonia dice ver en el rojo una raya violeta claro.

- ¡Absurdo!

-Lo que usted quiera; pero yo le he presentado un espectro, y ella me ha indicado en él la posición de la raya que ve o cree ver. Según estos datos, y con todas las suposiciones de error posible, creo que esa raya es la número 5567. De ser así, habría una identidad curiosa; pues la raya 5567 coincidiría exactamente con la hermosa raya número 4 de la aurora boreal...

- ¡Pero, doctor, todo esto es fantasía pura! -exclamé alarmado por aquellas ideas vertiginosas.

-No, amigo mío. Esto significaría sencillamente que el polo es algo así como la coronilla del planeta (!).

Poco después de la conversación que he referido y cuya última frase concluyó entre la más afable sonrisa del doctor Paulin, éste me leyó una tarde, entusiasmado, las primeras noticias sobre la licuación del hidrógeno efectuada por Dewar en mayo de aquel año, y sobre el descubrimiento hecho algunos días después por Travers y Ramsay, de tres elementos nuevos en el aire: el *krypton,* el *neón* y el *metargón*[188], aplicando precisamente el procedimiento de licuación de los gases; y a propósito de estos hechos recuerdo aún su frase de labor y de combate:

-No; no es posible que yo muera sin ligar mi nombre a uno de estos descubrimientos, que son la gloria de una vida. Mañana mismo continuaré mis experiencias.

Desde el siguiente día púsose a trabajar, en efecto, con ardor febril; y aunque yo debía estar curado de asombro ante sus éxitos, no pude menos de estremecerme cuando una tarde me dijo con voz tranquila:

-¿Creerá usted que he visto con mis propios ojos esa raya en el espectro del neón?

-¿De veras? -dije con evidente descortesía.

-De veras. Creo que la tal raya me ha puesto en buen camino. Pero a fin de satisfacer su curiosidad, me es menester hablarle de ciertas indagaciones que he mantenido reservadas.

Agradecí calurosamente y me dispuse a oír con avidez. El doctor empezó:

-Aunque las noticias sobre la licuación del hidrógeno eran harto breves, mis conocimientos en la materia me permitieron completarlas, bastándome modificar el aparato de Olzewski, que uso en la preparación del aire líquido. Aplicando después el principio de la destilación fraccionada, obtuve, como Travers y Ramsay, los espectros del kryptón, el neón y el metargón. Dispuse luego extraer estos cuerpos, por si aparecía algún espectro nuevo en el residuo, y efectivamente, cuando ya no quedó más, vi aparecer la raya mencionada.

-¿Y cómo se opera la extracción?

---

186 Volney, Constantin F., Conde de (1757-1820), historiador francés, cuya obra capital *Las ruinas o meditaciones sobre los revoluciones de los imperios* (1790) fue lectura reiterada de Lugones.

187 Brillat-Savarin, Anthelme (1755-1826), gastrónomo y jurista francés. Su obra más notable, *Psicología del gusto* (1825) sobre el arte del buen comer, está matizada con fino humor.

188 Dewar, Sir James (1842-1923), físico y químico británico. Investigó sobre la licuefacción de los gases y obtuvo el hidrógeno líquido (1898) y luego solidificado (1899).

Ramsay, Sir William (1852-1916), químico británico. Descubrió cinco elementos gaseosos inertes: el argón (1894), el helio (1895) y el kriptón, el neón y el xenón, estos tres últimos juntamente con Morris W. Travera, en 1898.

-Evaporando lentamente el aire líquido, y recogiendo en un recipiente el gas desprendido por esa evaporación. Si tuviera aquí una máquina Linde que me suministrara sesenta kilogramos de aire líquido por hora, podría operar en gran escala; pero he debido contentarme con una producción de ochocientos centímetros cúbicos. Obtenido el gas en el recipiente, lo trato por el cobre calentado para retirar el oxígeno, y por una mezcla de cal con magnesio para absorber el ázoe. Queda, pues, aislado el argón; y entonces es cuando aparece la doble raya verde del kryptón, descubierta por Ramsay. Licuando el argón aislado, y sometiéndolo a una evaporación lenta, los productos de la destilación suministran en el tubo de Geissler[189] una luz rojo-anaranjada, con nuevas rayas, que por la interposición de una botella de Leyden[190] aumentan, caracterizando el espectro del neón. Si la destilación prosigue, se obtiene un producto sólido de evaporación muy lenta, cuyo espectro se caracteriza por dos líneas, una verde y la otra amarilla, denunciando la existencia del metargón o *eosium*, según propone Berthelot[191]. Hasta aquí, es todo lo que se sabe.

- ¿Y la raya violeta?

-Vamos a verla dentro de algunos instantes. Sepa usted, entretanto, que para llegar a resultados iguales yo procedo de otro modo. Retiro el oxígeno y el ázoe por medio de las sustancias indicadas; luego el argón y el metargón con hiposulfito de soda; el kryptón en seguida con fosfuro de cinc, y por último el neón con ferrocianuro de potasio. Este método es empírico. Queda todavía en el recipiente un residuo comparable a la escarcha, que se evapora con suma lentitud. El gas resultante es mi descubrimiento.

Me incliné ante aquellas palabras solemnes.

-He estudiado sus constantes físicas, llegando a determinar algunas. Su, densidad es de 25,03, siendo la del oxígeno de 16, como es sabido. He determinado también la longitud de la onda sonora en ese fluido y el número encontrado, permitiéndome evaluar la relación de los calores específicos, que me ha indicado que es monoatómico. Pero el resultado sorprendente está en su espectro, caracterizado por una raya violeta en el rojo, la raya 5567 coincidente con la número 4 de la aurora boreal, la misma que presentaba el fulgor amarillo percibido por Antonia sobre mi cabeza.

Ante tal afirmación, dejé escapar esta pregunta inocente:

-¿Y qué será ese cuerpo, doctor?

Con gran sorpresa mía, el sabio sonrió satisfecho.

-Ese cuerpo... ¡hum! Ese cuerpo bien podría ser pensamiento volatilizado.

Di un salto en la silla, pero el doctor me impuso silencio con un ademán.

-¿Por qué no? -siguió diciendo-. El cerebro irradia pensamiento en forma de fuerza mecánica, habiendo grandes probabilidades de que lo haga también en forma fluídica. La llama amarilla no sería en este caso más que el producto de la combustión cerebral, y la analogía de su espectro con el de la sustancia descubierta por mí me hace creer que sean algo idéntico. Figúrese, por el consumo diario de pensamiento, la enorme irradiación que debe producirse. ¿Qué se harían, efectivamente, los pensamientos inútiles o extraños, las creaciones de los imaginativos, los éxtasis de los místicos, los ensueños de los histéricos, los proyectos de los ilógicos, todas esas fuerzas cuya acción no se manifiesta por falta de aplicación inmediata? Los astrólogos decían que los pensamientos viven en la luz astral, como fuerzas latentes susceptibles de actuar en determinadas condiciones. ¿No sería esto una intuición del fenómeno que la ciencia está en camino de descubrir? Por lo demás, el pensamiento como entidad psíquica es inmaterial; pero sus manifestaciones deben de ser fluídicas, y esto es quizá lo que he llegado a obtener como un producto de laboratorio.

A horcajadas en su teoría, el doctor lanzábase audazmente por aquellas regiones, desarrollando una temible lógica, a la que yo intentaba resistir en vano.

---

189 El tubo de Geissler, lleno de gases enrarecidos y atravesados por una corriente de alta frecuencia, produce luminosidad más o menos intensa. Su inventor fue el físico alemán Heinrich Geissler (1814-1879).

190 La botella de Leyden es un condensador eléctrico: una botella de vidrio recubierta hasta los dos tercios de su altura por una lámina de estaño. Su inventor fue el médico alemán Ernst von Leyden (1832-1910).

191 Berthelot, Marcelin (1827-1907), químico francés. Sintetizó numerosos compuestos orgánicos (metano, acetileno, benceno, etc.); midió el calor latente en la vaporización de los líquidos.

-He dado a mi cuerpo el nombre de *Psychon* -concluyó-: ya comprende usted por qué. Mañana intentaremos una experiencia: licuaremos el pensamiento. (El doctor me agregaba, como se ve, a sus experimentos, y me guardé bien de rehusar.) Después calcularemos si es posible realizar su oclusión en algún metal, y acuñaremos medallas psíquicas. Medallas de genio, de poesía, de audacia, de tristeza... Luego determinaremos su sitio en la atmósfera, llamando "psicósfera", si se permite la expresión, a la capa correspondiente... Hasta mañana a las dos, entonces, y veremos lo que resulta de todo esto.

A las dos en punto estábamos en obra.

El doctor me enseñó su nuevo aparato. Consistía en tres espirales concéntricas formadas por tubos de cobre y comunicadas entre sí. El gas desembocaba en la espiral exterior, bajo una presión de seiscientas cuarenta y tres atmósferas, y una temperatura de -136º obtenida por la evaporación del etileno según el sistema circulatorio de Pictet; recorriendo las otras dos serpentinas, iba a distenderse en la extremidad inferior de la espiral interna, y atravesando sucesivamente los compartimientos anulares en que se encontraban aquéllas, desembocaba cerca de su punto de partida en el extremo superior de la segunda. El aparato medía en conjunto 0,70 m de altura por 0,175 m de diámetro. La distensión del fluido compresionado ocasionaba el descenso de temperatura requerido para su licuación, por el método llamado de la cascada, también perteneciente al profesor Pictet[192].

La experiencia comenzó, previos los trámites del caso que sólo interesarían a los profesionales, siendo por ello suprimidos.

Mientras el doctor operaba, yo me disponía a escribir los resultados que me dictase, en un formulario. Doy a continuación esas anotaciones tal como las redactó, en gracia de la precisión indispensable.

Decía el doctor:

"Cuando la distensión llega a cuatrocientas atmósferas, se obtiene una temperatura de -237º3 y el fluido desemboca en un vaso de dobles paredes separadas por un espacio vacío de aire; la pared interior está plateada, para impedir aportes de calor por convexión o por irradiación".

"El producto es un líquido transparente e incoloro que presenta cierta analogía con el alcohol."

"Las constantes críticas del psychon son, pues, cuatrocientas atmósferas y -237º3."

"Un hilo de platino cuya resistencia es de 5038 ohms en el hielo fundente no presenta más que una de 0.119 en el psychon hirviendo. La ley de variación de la resistencia de este hilo con la temperatura me permite fijar la de la ebullición del psychon en -265º."

-¿Sabe usted lo que quiere decir esto? -me preguntó, suspendiendo bruscamente el dictado.

No le respondí; la situación era demasiado grave.

-Esto quiere decir -prosiguió como hablando consigo mismo- que ya no estaríamos más que a ocho grados del cero absoluto.

Yo me había levantado, y con la ansiedad que es de suponer examinaba el líquido cuyo menisco se destacaba claramente en el vaso. ¡El pensamiento...! ¡El cero absoluto...! Vagaba con cierta lúcida embriaguez en el mundo de las temperaturas imposibles.

Si pudiera traducirse, pensaba, *¿qué diría* este poco de agua clara que tengo ante mis ojos? ¿Qué oración pura de niño, qué intento criminal, qué proyectos estarán encerrados en este recipiente? ¿O quizá alguna malograda creación de arte, algún descubrimiento perdido en las oscuridades del ilogismo…?

El doctor, entretanto, presa de una emoción que en vano intentaba reprimir, medía el aposento a grandes pasos. Por fin se aproximó al aparato diciendo:

-El experimento está concluido. Rompamos ahora el recipiente para que este líquido pueda escapar evaporándose. Quién sabe si al retenerlo no causamos la congoja de alguna alma...

192 Pictet, Raúl (1846-1929), físico suizo que licuificó el nitrógeno y el oxígeno.

Practicóse un agujero en la pared superior del vaso, y el líquido empezó a descender, mientras el ruido mate de un escape se percibía distintamente.

De pronto noté en la cara del doctor una expresión sardónica[193] enteramente fuera de las circunstancias; y casi al mismo tiempo, la idea de que sería una inconveniencia estúpida saltar por encima de la mesa acudió a mi espíritu; mas, apenas lo hube pensado, cuando ya el mueble pasó bajo mis piernas, no sin darme tiempo para ver que el doctor arrojaba al aire como una pelota su gato, un siamés legítimo, verdadera niña de sus ojos. El cuaderno fue a parar con una gran carcajada en las narices del doctor, provocando por parte de éste una pirueta formidable en honor mío. Lo cierto es que durante una hora estuvimos cometiendo las mayores extravagancias, con gran estupefacción de los vecinos a quienes atrajo el tumulto y que no sabían cómo explicarse la cosa. Yo recuerdo apenas que, en medio de la risa, me asaltaban ideas de crimen entre una vertiginosa enunciación de problemas matemáticos. El gato mismo se mezclaba a nuestras cabriolas con un ardor extraño a su apatía tropical, y aquello no cesó sino cuando los espectadores abrieron de par en par las puertas; pues el pensamiento puro que habíamos absorbido era seguramente el elixir de la locura.

El doctor Paulin desapareció al día siguiente, sin que por mucho tiempo me fuese dado averiguar su paradero.

Ayer, por primera vez, me llegó una noticia exacta. Parece que ha repetido su experimento, pues se encuentra en Alemania en una casa de salud.

193 Expresión sardónica: reacción patológica, convulsión y contracción de los músculos de la cara que producen un gesto como cuando uno ríe.

ENSAYO DE UNA COSMOGONIA
EN DIEZ LECCIONES

PROEMIO

HALLÁNDOME cierta vez en un paso de la cordillera de los Andes, trabé conocimiento con un caballero que allá moraba desde poco tiempo atrás, por cuenta de cierto sindicato para el cual estaba efectuando una mensura.

Era un hombre alto, moreno, en cuyo tipo resaltaba ante todo una gran distinción, a poco acentuada por el encanto de su lenguaje.

Un accidente montañés, que inutilizó por varios días a mi peón de mano, me obligó a compartir su real de agrimensor con cierto exceso quizá; pero mi hombre merecía aquel corto sacrificio de tiempo, y yo, además, no llevaba prisa.

Arrobado verdaderamente por su conversación, confieso que las horas se me iban sin sentirlo, así las ideas expresadas por aquellos labios fuesen de las más extraordinarias; pero entre ellas y su autor había cierta correlación de singularidad que las hacía enteramente aceptables mientras él hablaba.

En el hombre aquél, el tipo era tan indefinible como la edad, bien que a primera vista se le atribuyera una vigorosa juventud y una procedencia americana; pero éstas pueden ser ocurrencias mías en las cuales ruego al lector que no insista.

Nuestras pláticas -sus conferencias, mejor dicho- dejaron en mi ánimo una gran impresión a la cual contribuirían ciertamente la soledad inspiradora de las noches andinas, la comunión de naturaleza que sugería su serenidad, y el silencio divino de las estrellas; pero cuyo mérito intrínseco bien merecía el estupor de un mortal.

Una de aquellas noches, cerca del fuego medio apagado, mientras los peones reparaban en el sueño las fatigas del día, escuché la revelación que procuraré trasmitir tan fielmente como me sea posible, ya que no se me exigió secreto alguno. Por mucho que difiera de las ideas científicas dominantes, el lector apreciará su concepción profunda, su lógica perfecta, y comprenderá que explica bastantes cosas con mayor claridad aun. He meditado bien antes de decidirme a publicarla, pero dos circunstancias me han impulsado sobre todo. La primera es que, a pesar de las más prolijas indagaciones, no he podido encontrar indicio alguno de aquel casual interlocutor, pues todas las señas que me dio a su respecto han resultado inciertas; la segunda es la facilidad con que me hizo el confidente de sus revelaciones. Estas dos circunstancias me hacen creer que yo fui tomado como agente para comunicar tales ideas, papel que acepto desde luego con la más perfecta humildad.

La ocultación del revelador podría infundir sospechas; pero el lector verá que ella era innecesaria dada la naturaleza de sus enseñanzas, y que, en todo caso, responde a la decisión de no decir más, o a la modestia. Ambas cosas respetables.

Para no caer en conjeturas, lo mejor será abordar cuanto antes el asunto.

Primera LECCIÓN

EL ORIGEN DEL UNIVERSO

LA VIDA, que es la eterna conversión de las cosas en otras distintas, abarca con su ley primordial el universo entero. Todas las cosas que son dejarán de ser, y vienen de otras que ya han dejado de ser. Tan universal como la vida misma es esta periodicidad de sus manifestaciones.

El día y la noche, el trabajo y el reposo, la vigilia y el sueño, son, como quien dice, los polos de la manifestación de la vida. Engendrándose unos a otros y permutándose es como engendran los fenómenos. Toda fuerza será inercia y toda inercia será fuerza. Siendo ambas vida en su esencia, su identidad radical es lo que produce sus permutaciones.

Su diferencia aparenté, la contradicción en que parecen hallarse, es sencillamente una diferencia de magnitudes: la noche es menos día, y así en lo demás.

Ahora bien, toda magnitud es una progresión y de esto depende que no haya brusquedad en los cambios de estado de las cosas. Así es como la continuidad de la vida se mantiene en la periodicidad.

Vivir es estar continuamente viniendo a ser y dejando de ser. Cada uno de los focos donde esto se opera -átomo o planeta, célula u organismo- es una vida. Ese equilibrio infinitamente instable, sin duración puesto que la más mínima permanencia en uno u otro de los estados que lo forman lo anularía ya; y sin tiempo, puesto que es una coincidencia de ser y de no ser, ese equilibrio es lo que se llama la existencia. Dejar de existir es acabarse ese equilibrio: entrar el ser en un estado inconcebible. En nuestro universo, *lo que viene a ser* se llama *materia*, y *lo que deja de ser* se llama *energía*; pero claro está que estas cosas figuran aquí como entidades abstractas. No obstante, como las manifestaciones polares de la vida se permutan, lo que viene a ser, es decir, la materia, proviene de la energía, y viceversa.

Si toda magnitud es una progresión, su crecimiento y su decrecimiento deben de tener una duración equivalente, y éste es otro carácter de la periodicidad en las manifestaciones de la vida. El isocronismo de las oscilaciones pendulares materializa en forma visible tal ley.

Estas consideraciones, que en nada afectan a las ideas científicas y filosóficas de nuestra época, son necesarias para que se comprenda mejor la exposición del sistema cosmogónico.

Un universo que nace es el producto de un universo que fue, y basta para demostrarlo, que ese universo haya nacido: *ex nihilo nihil*.

Los universos acaban como manifestación material, convirtiéndose en energía pura según la ley fundamental de la vida, y en este último estado permanecen por una duración equivalente a la que tuvieron como materia. Esta duración, que respecto a la materia es un reposo absoluto en el cual no hay tiempo ni ninguna otra idea proveniente de la relación de magnitudes, pues al no existir la materia no hay magnitud de ningún género, esta duración es la eternidad. Eternidad significa, como es sabido, ausencia de tiempo.

Semejante estado, que es el no existir de qué hablábamos más arriba, es un estado inconcebible como decíamos también. Hay, pues, una imposibilidad absoluta para especular a su respecto. Sólo podemos saber que es energía incondicionada.

Los antiguos decían que las tinieblas son luz absoluta; y siendo la luz una forma de energía, la forma más elevada, mejor dicho, para nuestra percepción, luz pura, es decir, energía pura, equivale a aquel estado inconcebible, o sea, a las tinieblas: luz absoluta. La ciencia habla ahora de luz negra, exactamente como el *Zohar*, libro hebreo más antiguo que la

Biblia; y esta luz negra parece ser la forma más sutil del éter, teniendo una absoluta fuerza de penetración. Resulta superior a la otra luz, bien que sea invisible.[194]

Trascurrida la duración de un universo como energía pura, la ley de periodicidad lo llama de nuevo a la existencia material; pero esta nueva existencia no será, naturalmente, una repetición de la antigua. Constituirá, por el contrario, una continuación de las actividades que cesaron al dejar de existir ese universo, y que han permanecido latentes en el seno de la absoluta energía[195]. De otro modo se volvería atrás, y la naturaleza nunca vuelve atrás.

¿Pero qué habrá podido ser, supongamos, el universo anterior al nuestro, aquel de que el nuestro procede?

Siendo una realidad la ley que rige las manifestaciones de la vida bajo determinadas formas, la más simple desviación de ella comporta el cambio de todas esas formas. Así, por ejemplo, nuestro universo tiene por base la curva; todo lo presupone en él; todas nuestras percepciones dependen de este acomodo fundamental. Supongamos que en vez de ser la curva fuese la recta. El universo se convertiría en algo «enteramente imperceptible para nosotros, y hasta podría coexistir con nuestro universo actual, sin la más mínima sospecha de nuestra parte. Ahora, si conjeturamos -lo que es bien posible- otros conceptos geométricos y otras formas de universos, el problema se simplifica más aun. Quizá el “mundo invisible” que nos rodea y se comunica a veces con nosotros bajo formas tan extrañas no sea sino esto; y con una existencia tan real, tan material como el nuestro, nos resulte del todo imperceptible.

El universo antecesor del nuestro había regresado, pues, a su estado de éter puro, de pura energía, al concluir un ciclo de evolución bajo determinadas formas, cuyo desarrollo, al entrar de nuevo en el período material, engendraría nuestro universo curvilíneo.

Este determinismo cósmico nada tiene de violento para nuestros conceptos científicos; y quizá más pronto de lo que se cree las especulaciones sobre la cuarta dimensión del espacio puedan darnos un esquema del origen de nuestra geometría.

Pero lo interesante es describir el proceso de la organización de la materia tal como la conocemos.

194 "Luz negra" y "tinieblas" no equivalen, naturalmente, a sombra, es decir, a una disminución de luz. Son la "no-luz" en absoluto. (*Esta y las demás notas de las presentes* Lecciones *pertenecen a Leopoldo Lugones.*)

195 Esta causalidad, que es la ley suprema de toda vida, tiene un símbolo admirable en el paganismo. Queremos hablar del destino (o sea, el determinismo de las causas anteriores) que era superior a todos los dioses, sin ser él mismo un dios.

SEGUNDA LECCIÓN

EL ORIGEN DE LA FORMA

CUANDO el éter puro en que se disolvió un universo ha tenido una duración equivalente a la de este último, ocurre en él un cambio de estado. La vida, ya lo hemos dicho, es un eterno cambiar de estado.

La primera manifestación de esto en el éter del cual nuestro universo procede fue un movimiento. Sabemos que las diversas manifestaciones de la electricidad son cambios de estado por el movimiento; de tal modo que basta mover con velocidad uniforme un cuerpo cargado de electricidad estática para que ésta se vuelva corriente voltaica; y que basta con variar esa velocidad para producir la inducción: es decir, tres electricidades distintas.

Ahora bien, los primeros fenómenos del éter que va a organizarse en materia presentan una gran analogía con estos cambios de estado, pues la primera manifestación del éter es, en efecto, electricidad.

Para seguir con la analogía, conviene recordar que la electricidad en el vacío produce los rayos catódicos y los rayos X. La ciencia acaba de descubrir los rayos γ, más poderosos aun, pues atraviesan todos los obstáculos y no hay fuerza que pueda desviarlos. Este estado todavía mal conocido de la electricidad, esta "luz" invisible que sólo presenta una analogía lejana con la luz habitual, es la primera manifestación material del éter. Es electricidad puramente dinámica en una forma que no podemos concebir ahora, según lo prueba su indiferencia ante todos los obstáculos y todas las fuerzas. Es el primer ser del universo, el universo mismo, puesto que todas las formas que han de componerlo serán sus desdoblamientos; y he aquí por qué la antigua sabiduría llamaba a la electricidad *alma del mundo*. Representa el mundo de una sola dimensión, el mundo de la longitud absoluta, inconcebible para nosotros a no ser como una mera abstracción.

La propagación de este rayo es rectilínea, pero su forma es ondulada; y a medida que se propaga, van agrandándose naturalmente sus ondulaciones. Como el absoluto dinamismo posee una tendencia a convertirse en electricidad[196] estática, pues a esto se debe su manifestación en forma de "luz" y, llega un momento en que las ondulaciones dividen el rayo en trozos venciendo su cohesión; y como estas ondulaciones son arcos de círculo, sus extremos, libres de toda solicitación por otras fuerzas, se buscan, se unen y forman ruedas en el espacio.

La ondulación, levísima al principio en el rayo γ, empieza siendo una tendencia hacia la segunda dimensión, la latitud; pero ésta no alcanza manifestación real sino al formarse los primeros círculos. El mundo de la longitud absoluta, el mundo de una dimensión, era, como es claro, el mundo de lo uniforme: un simple movimiento sin puntos de referencia, tan abstracto para nosotros como una idea, pero con existencia real. La transformación de la electricidad puramente estática en electricidad dinámica es, pues, lo que engendra la segunda dimensión -la latitud- y con ella la superficie, es decir, la forma.

Esta tendencia de la energía a permanecer, cambiando su movimiento absoluto en equilibrio, o sea, engendrando el principio de inercia, constituye la fuerza original en el nacimiento y organización de la materia; sin serlo todavía en nuestro supuesto universo de dos dimensiones, aunque en él existan ya la forma y la magnitud. Predomina en él todavía el dinamismo, pues la materia, es decir, el equilibrio de fuerzas que conocemos bajo semejante

196 Conviene tener presente siempre que esta electricidad es la del rayo γ, y no la que conocemos habitualmente.

nombre, no es posible sino en el espacio de tres dimensiones: cuando el equilibrio entre la electricidad estática y la dinámica engendra la tercera dimensión.

Sábese, en efecto, que el único carácter constante de la materia, el que permanece bajo los diversos estados que ella puede asumir, es el peso; y el peso no puede existir sin volumen, o, lo que es lo mismo, sin la tercera dimensión.

Así, pues, las ruedas formadas por la división del rayo original son simples manchas de luz en el espacio, pero carecen de volumen. Tienen magnitud y forma, pero no son materia aún, pues la forma y la magnitud anteceden a la materia. Por absurdo que esto pueda parecer, basta recordar la mancha de luz producida por la reflexión solar en un espejo. Tiene forma y magnitud; pero ¿es materia...?[197]

197 La ciencia empieza a considerar como materia a la luz y a la electricidad, porque está obligada a suponerlas atómicas. Nosotros también; pero si son materia porque son objetivas y ésta es la verdadera definición, carecen de la propiedad sustancial única de la materia: el peso. No sabemos si la ciencia creerá que no hay, entonces, diferencia sustancial entre la materia y la energía; pero la lógica obliga a esta conclusión.

TERCERA LECCIÓN

EL ESPACIO Y EL TIEMPO

ENTRETANTO, el espacio ha nacido con la manifestación de la vida, pues el dinamismo absoluto del éter puro excluye el espacio. El mundo de una dimensión, que supone un espacio de una dimensión también, da a éste su propio carácter inconcebible a no ser como abstracción. Conviene recordar que el concepto del espacio nace para nuestra mente por comparación entre magnitudes de materia y de movimiento; y que siendo así, son éste y aquélla los que engendran el espacio.

Por incomprensible que sea el espacio, su objetividad es evidente, pues siempre lo concebiremos como un cuerpo, aunque sea ilimitado e inmaterial. El hecho de que es algo prueba su objetividad, y desde este punto de vista su materialidad también[198]. Spencer ha demostrado en los *Primeros principios* que científicamente equivale a un sólido perfecto, pues si se le supusiera la más mínima solución de continuidad, la transmisión de la luz sería imposible, por ejemplo; pero como no es un sólido, y como los sólidos tampoco poseen la continuidad perfecta que excluiría, por otra parte, toda vibración, debe ser algo homogéneo e inmaterial a la vez, desde el punto de vista de la materia ponderable: el mundo de una dimensión, es decir, la primera manifestación de la vida, que está eternamente convirtiéndose en los otros estados más complejos.

Precisamente al convertirse en el segundo estado adquiere el espacio la extensión, si bien continúa siendo inconcebible para nuestra mente. Necesita llegar a la tercera para ser el espacio concebible, el objeto ilimitadamente hueco donde todo se mueve; pues ésta es nuestra concepción intuitiva del espacio.

El tiempo es lo mismo que el espacio esencialmente, si bien no existe en el mundo de una dimensión. Es también una relación de magnitudes, pero con referencia a la duración de los seres, mientras que el espacio no necesita de ella para existir. Ahora bien, el rayo absolutamente longitudinal del primer mundo es eterno como manifestación vital, puesto que sólo puede concluir en un estado negativo en que no hay espacio ni abstracciones siquiera: la energía absoluta de donde procede; pero las manchas luminosas del segundo estado de vida pueden morir, es decir, transformarse, y aquí cabe ya el tiempo. Por lo demás, el rayo primordial es unidad absoluta como manifestación vital[199], mientras que las manchas son varios seres; cabe ya entre ellas la relación de existencia a que debe la suya el tiempo, pues una puede morir mientras las otras permanecen, engendrando así la relación.

Tenemos, entonces, que en el mundo de dos dimensiones, poblado únicamente por estas vastas y sencillas existencias cósmicas que son las manchas de luz, existe ya el espacio como *magnitud*, si bien no como *extensión*[200] todavía; y el tiempo en su concepto actual.

Podrá objetarse que siendo el tiempo y el espacio estados de conciencia, nuestras consideraciones son pura dialéctica; pero nosotros replicamos -y muy luego se verá el desarrollo de esto- que todas esas manifestaciones de la vida, de las cuales proceden el

198 Recuérdese nuestra definición de la materia en la nota anterior: materia es todo lo objetivo.

199 La unidad absoluta en abstracto es la energía absoluta; por eso decimos que el rayo es unidad absoluta como *manifestación vital.*

200 No se nos escapa lo imperfecto de estas expresiones, pues parece, en realidad, que la extensión debiera preceder a la magnitud; pero creemos haber demostrado en el caso de la mancha de luz que ésta puede tener magnitud sin tener volumen, mientras que la extensión lo requeriría. El valor convencional que damos a las palabras resulta de la novedad de las ideas.

espacio y el tiempo, son estados de conciencia, *puesto que son pensamientos*. Así pues, seguiremos la descripción del proceso vital de nuestro planeta[201]

201 Nosotros llegamos a Dios, es decir, al Ser Supremo (que de ninguna manera se nos representa como un tipo semejante al humano) a través de la materia y de la fuerza, sin necesidad de negarlas; antes, refundiéndolas en su propio ser, una de cuyas manifestaciones las consideramos. De aquí que tengamos a las manifestaciones de la vida absoluta (Dios) por estados de conciencia.

CUARTA LECCIÓN

LOS ÁTOMOS

LAS RUEDAS de luz continúan moviéndose en el espacio con la velocidad del rayo de que proceden; pero esta velocidad que era infinita en la longitud absoluta, lo cual da un carácter más abstracto aun a ese primer mundo de una dimensión, se convierte en rotatoria por la forma circular de las manchas. Estas, seres unitarios como formas, si bien como vidas[202] resultan ya compuestas por el equilibrio de dos fuerzas, constituyen toda la población del espacio.

Sin embargo, la luz no era uniforme en todos los puntos de su superficie, pues se debilitaba hacia el centro; y sucedió que los puntos de mayor intensidad fueron los vértices de otros tantos polígonos regulares, primeras formas en la rueda luminosa que era la única hasta entonces.

Nuestra electricidad reproduce ahora este fenómeno; pues sabido es que en el fluido eléctrico acumulado sobre la superficie de un cuerpo se provoca la formación de polígonos regulares por la proximidad de varios mecheros que ionizan[203] la electricidad. Esta propiedad de engendrar en su seno formas geométricas por acciones análogas es común a todos los fluidos, así sean líquidos dispuestos en capas delgadas, o metales en fusión bruscamente enfriados: y es ella la que, constituyendo una ley primordial como acaba de verse, engendra la tendencia hacia la cristalización, que todos los sólidos manifiestan. Pero ya veremos esto mejor en la parte relativa al origen de la vida orgánica.

Dichos polígonos son las primeras diferenciaciones individuales de la energía absoluta, consistiendo su tarea vital en marchar armónica y proporcionalmente con la rotación y la traslación de la mancha luminosa donde toman origen, y en el mismo sentido que ella. No existe, pues, para ellos, *adelante* ni *atrás*, conservando desde este punto de vista la tendencia del rayo primordial hacia el movimiento en un solo sentido. Disminuidas o aceleradas sus velocidades, la línea que los forma se rompe y el ser perece: reingresa en el no ser, que es para él el ser absoluto, el infinito. Este es el concepto superior de la muerte.

Semejantes seres son lo que en nuestro lenguaje se llama “espíritus”, es decir, existencias incorpóreas, bien que limitadas y dinámicas; y así es como procediendo la materia de la energía pura localizada en movimiento, en forma, en extensión, el espiritualismo resulta una consecuencia lógica de la organización universal, y la inmortalidad del alma un fenómeno natural en el universo. Más adelante veremos que esas fuerzas primordiales tienen que ser inteligencias y voluntades en acción, si la ciencia positiva no quiere caer en el mismo contrasentido que las religiones, asignando al hombre un papel extranatural.

La vida, que para esos seres rectilíneos es moverse en una sola dirección, dinamiza a su paso la luz amorfa incorporándola a cada uno de ellos, pero sin conservarla en él. En realidad, lo único que permanece *es la idea de la figura*, una existencia puramente espiritual[204], como que es una idea solamente, y a la vez inmaterial, sin emociones y sin desgaste. Rotos los polígonos, se desvanecen en un ángulo infinito, pues son organismos unitarios en su esencia, bien que ya poseen forma, magnitud y movimiento. Su tarea es preparar la luz amorfa para la futura atomización, pues estas formas geométricas superficiales son los esbozos de los átomos.

---

202 Recuérdese nuestra definición de la vida.

203 Es decir que producen iones. Los iones surgidos de los mecheros son los productores del fenómeno. En las manchas de luz primordial, los puntos más luminosos vienen a ser las fuentes de ionización.

204 Las analogías entre estas vidas con los fenómenos del mundo actual no implican identidades. Los fenómenos de aquéllas son los prototipos de nuestros fenómenos; son parecidos, pero no iguales.

Las ruedas luminosas han seguido, entretanto, su curso por el infinito; pero como proceden de muchos puntos a la vez, y como su traslación se verifica en sentido rectilíneo bajo el impulso del rayo primordial, hay entre ellas acercamientos y conflictos. Estos no son otra cosa que la absorción de unas ruedas por otras de mayor magnitud o velocidad, es decir, nuevos cambios de estado equivalentes a nuevas formas de vida.

Pero las fuerzas tangenciales que estos choques engendran[205], unidas a una menor actividad central de las ruedas, por efecto de su propia forma, inicia en éstas un principio de expansión que las convierte en lentejas, originando la tercera dimensión y por consiguiente nuestro espacio. Esta fuerza obra de dentro hacia afuera, hasta convertir las lentejas en esferas huecas, existiendo en nuestro mundo una analogía sencillísima para objetivar el procedimiento. Nos referimos a las pompas de jabón, que la fuerza del soplo originario agranda, engendrando a la vez un rapidísimo movimiento rotatorio de sus partículas, perceptible claramente a simple vista[206].

Esta fuerza expansiva transforma los polígonos absolutamente superficiales en poliedros, es decir, divide la luz dentro de la cual eran formas lineales en partículas poliédricas. Ahora bien, si las ruedas de luz conservaban la velocidad del rayo primordial, y los polígonos formados en ellas marchaban con la misma velocidad, según hemos visto, como en cada punto donde se hallaban dichas figuras dinamizaban la luz amorfa, geometrizándola[207] a la vez en otros tantos polígonos; y como aquella velocidad era prácticamente infinita, resulta que no había punto de la rueda que no estuviera contenido en una de dichas formas. Al convertirse éstas en poliédricas por efecto de la expansión de toda la masa, que adquirió así la tercera dimensión, dicha masa quedó formada por poliedros innumerables, que constituyeron los átomos. Las masas fueron lo que conocemos astronómicamente por nebulosas.

Ahora, una explicación más detallada del fenómeno.

Cualquiera entiende que el número de puntos en que puede dividirse una superficie (las ruedas de luz) es infinito; y si es infinita también la velocidad de la fuerza divisora, quiere decir que la masa, en cualquier momento, se encuentra dividida en infinito número de puntos. No pudiendo éstos ser materiales por causa de su divisibilidad infinita, deben ser simples centros de fuerza,.y la expansión de ésta tiene que resultar poliédrica para que todos sus planos de desarrollo puedan coincidir y no queden huecos en la masa.

Esto fue lo que sucedió, según hemos visto[208].

Así, pues, tenemos que la primera manifestación de la energía absoluta en que se resolvió, al concluir su ciclo de existencia, el universo predecesor del nuestro, fue un movimiento de desarrollo absolutamente longitudinal, un rayo γ; y que este movimiento engendró el espacio. El rayo en cuestión llevaba en su propio curso la segunda dimensión, puesto que serpenteaba; y sus ondulaciones, al acentuarse, concluyeron por dividirlo en arcos cuyos extremos, faltos de toda solicitud hacia una u otra parte, por no haber en el infinito más existencias, se unieron formando ruedas y engendrando el espacio de segunda dimensión.

En el ámbito de estas ruedas formáronse (ya vimos cómo) polígonos que fueron los primeros seres, con una existencia análoga a la de los que conocemos, y que constituyeron los prototipos lineales de los átomos.

Las ruedas luminosas se atrajeron, y al chocar o absorberse según sus magnitudes, se desarrolló en ellas el volumen a que tendían, transformándolas en lentejas, en ovoides y en esferoides, y engendrando por consecuencia el espacio de tercera dimensión, nuestro espacio,

---

205 Como siempre que hay choque de dos magnitudes de forma circular.

206 El sol, que es, sin duda, una esfera fluida, no tiene achatamiento polar alguno, como una pompa de jabón, aunque su densidad sea sólo una cuarta parte de la terrestre, y su fuerza centrífuga cuatro veces mayor. A su tiempo recordaremos esta singularidad solar.

207 El pensamiento divino geometriza en el Cosmos, decía Platón, que sabía a qué atenerse.

208 Conviene quizá advertir que el hexaedro es la única forma material perceptible que realice estas condiciones, si bien un agregado de hexaedros nunca puede componer un todo perfecto, estando limitado siempre por ángulos abiertos. Es lo que ocurre con la materia en eterno trabajo de desintegración, que la pone en contacto con la absoluta energía, como los ángulos abiertos con el infinito a nuestro conjunto de hexaedros.

al par que la rotación planetaria. Los polígonos se convirtieron en poliedros y nacieron los átomos, que son centros de fuerza individualizada.

Naturalmente, esto no es más que un desarrollo esquemático del proceso cósmico.

QUINTA LECCIÓN

NUESTRA TEORÍA ANTE LA CIENCIA

FÁCILMENTE se echa de ver que estas ideas nada tienen de semejante con el sistema de Laplace, hoy en vigencia; pero intentemos demostrar que no son anticientíficas.

El sistema de Laplace empieza suponiendo una nebulosa ígnea surgida del espacio *ex nihilo*, o al impulso del azar, que es la misma cosa[209]. Cualquiera nota la inferioridad de este comienzo, así como la consiguiente embrolla en la organización de los movimientos que impulsan a la nebulosa en cuestión, haciéndola girar, aplastarse, desprender anillos, dividirlos y reunirlos en esferoides; si bien existe con nuestra teoría un punto común: los arcos procedentes de la división de los anillos en que se descompone la nebulosa tienden a unirse por sus extremos engendrando los esferoides, así como los provenientes de la división de nuestro rayo primordial, lo hacen para formar las ruedas luminosas. La diferencia está en que el sistema de Laplace supone la existencia previa del espacio y de la materia tal como los conocemos, para describir la vida de su nebulosa; mientras que el nuestro acomete radicalmente el problema de los orígenes. El positivismo nada quiere saber de esto, y le daríamos razón, si no empezara por faltar a su propio método construyendo a su vez hipótesis como ésta de Laplace; pero cuando él lo hace, el mismo derecho nos asiste y usaremos ampliamente de él.

Ahora bien, como la ciencia quiere hechos y el método positivo afirma que teoría es "hipótesis verificada", diremos que de todas las nebulosas conocidas, ninguna confirma la hipótesis de Laplace. Algunas se hallan en un estado de homogeneidad muy primitivo, pues su espectro sólo manifiesta la raya del hidrógeno, lo cual hace suponer que están formadas de este gas exclusivamente; pero ninguna presenta uno solo de los supuestos anillos. Adoptan las más variadas formas, bajo un aspecto común de masas profundamente atormentadas, y algunas han cambiado de forma, imposibilitando así el argumento de que si no se las ve anillarse, es debido a la gran lentitud de su evolución. Las más regulares, las que afectan precisamente una forma lenticular, han resultado no ser nebulosas, sino sistemas de estrellas, vías lácteas semejantes a la nuestra[210]. Ya veremos de dónde resulta esa forma atormentada de las nebulosas.

Falta, entonces, el testimonio de los hechos; a no ser que se quiera darle por confirmación, harto lejana ciertamente, la subordinación planetaria al sol de nuestro sistema; pero como la ciencia admite que esta subordinación puede ser ejercida por los soles sobre los cometas, no queda ya mucho para la teoría.

No hemos olvidado, naturalmente, a Saturno, que con sus anillos parece presentar un testimonio, bien que ellos estén considerados sólidos, lo cual es un obstáculo sobremanera grave; pero una excepción evidente entre los astros no puede servir para verificar una hipótesis, con mayor razón cuando ella se refiere a las nebulosas donde no hay nada parecido,

---

209 En efecto, el azar que es una causa sin causa, equivale a los dioses de las religiones positivas, cuyo carácter más saliente y común es la arbitrariedad.

210 La astronomía moderna se inclina a creer que todo el universo estelar tiene esta forma, y que nuestra vía láctea se halla próxima a su centro; pues el número de estrellas de dos puntos opuestos del cielo, ya estén situadas en la vía misma o en sus polos, es casi igual. Siendo esto así, el universo estelar presentaría la forma de una lenteja o esferoide muy achatado en la misma dirección que la vía láctea. Dividiendo el cielo en nueve círculos paralelos al plano de ésta (las zonas primera y novena abarcarían sus polos) resulta la siguiente relación de densidades: 1,2.8; 2,3.0; 3,3.5; 4,5.3; 5,8.2; 6,6.1; 7,3.7; 8,3.2; 9,3.1 ;lo cual establece el puesto central de la vía láctea (5,8.2), así como la forma del universo estelar. Nuestras *lentejas* no son, pues, pura fantasía.

y cuando de conformidad a su enunciado los astros sólidos *no debieran* presentar esa conformación[211].

Saturno es realmente un defectuoso del espacio, y de aquí que la astrología lo considere el planeta de las malas influencias; pero esto puede ser desdeñado por el lector, sin más trámite.

Otra cosa que la hipótesis de Laplace no explica es el origen del movimiento rotatorio, ya muy complicado, de su supuesta nebulosa originaria, que como todas las masas esferoidales del espacio giraba sobre sí misma y se trasladaba a la vez; para no hablar de los movimientos secundarios engendrados por los dos anteriores. La nebulosa en cuestión era un organismo bastante complejo, según se ve, y por templada que sea la curiosidad positivista, ha de sentir tentaciones de buscar más simples antecedentes.

Pero cuando la hipótesis pierde todo su valor, quedando reducida a un mero juego de gabinete, es cuando se considera que una masa rotatoria debe forzosamente trasladarse en una órbita espiral, tal como se acepta actualmente. Suprimidas entonces las curvas cerradas, vale decir, las elipses perfectas de la hipótesis, los supuestos anillos desprendidos de la nebulosa serían largas espirales de materia cósmica difusa, que tenderían a concretarse en cometas, no en planetas concéntricos. El experimento de Plateau falla, entonces, por su base, y los anillos de Saturno se desvanecen definitivamente esta vez[212].

Al experimento de Plateau, que empieza por suponer la nebulosa originaria parada en el espacio (la gota de aceite en el seno del agua alcoholizada), nosotros oponemos nuestra modesta pompa de jabón, que le lleva de ventaja su sencillez, siendo ésta, como es sabido, un atributo de la verdad; y consecutivamente alegamos contra la hipótesis la falta completa de hechos confirmatorios[213].

Tampoco es admisible la nebulosa infinita que supondría esa supuesta falta de movimiento traslaticio, necesario para que el experimento de Plateau se realice; pues con sólo tener en cuenta la aparición en ella de focos que serán los futuros soles centrales, y sus diversas magnitudes, la suposición se vuelve insostenible.

Por otra parte, la astronomía se aleja cada vez más de la suposición de un universo infinito, o siquiera de ilimitadas dimensiones; pues piensa que si ello fuera así, los rayos de las estrellas infinitas llenarían todo el espacio (dado que el rayo de luz no se pierde por razones de distancia, según enseña la física); no habría punto del espacio sin un rayo de luz, y por consiguiente no existiría la noche.

Newcomb supone, basándose sobre los paralajes de las estrellas y por medio de complicados cálculos, cuyo resumen es imposible sin confusión, que nuestro universo es una esfera de siete mil millones de millones de leguas de radio[214]. Sin aceptar especialmente ningún cálculo, opinamos que nuestro universo es limitado en efecto, es decir, un organismo en evolución por enorme que se lo considere; si bien esto no supone que rechacemos la eterna actividad del cosmos en el infinito[215].

Nuestra teoría va apoyada en todo su desarrollo por hechos científicos, desde el rayo primordial hasta la generación de los átomos; consistiendo su diferencia con el criterio positivista en que no hace distinción fundamental entre fuerza y materia, o considera los

---

211 Dadas su velocidad rotatoria y la condensación de la materia gaseosa de los anillos en materia sólida, esta última es inexplicable. En efecto, si es del mismo peso y densidad que la del planeta, no ha podido condensarse sin romperse; y si no es del mismo peso y de la misma densidad, ¿cómo gira armónicamente con él?

212 Los cambios de conformación de algunas nebulosas manifiestan tendencia a definirse en torbellinos espirales. El capítulo siguiente expresará en detalle estos movimientos.

213 En cambio, abundan los contradictorios, y entre éstos son los más notables: la densidad de Venus, menor que la de la Tierra, no obstante su mayor proximidad al Sol; la de Urano; mayor que la de Saturno, a pesar de hallarse más lejano que éste; la de los satélites de Júpiter, mucho mayor que la de éste; el movimiento retrógrado de los satélites de Urano y de Neptuno; la falta de achatamiento polar del Sol, antes mencionada; la depresión polar de Mercurio, diez veces mayor que la de la Tierra, a pesar de que su rotación equivale apenas a un tercio de la de esta, siendo mayor su densidad en una cuarta parte tan sólo; las depresiones polares igualmente desproporcionadas de Saturno y de Júpiter...

214 Es curioso que el número 7, el número sagrado por excelencia, reaparezca como cifra inicial de este resultado; pero lo es más aun el que la docena y la decena, también números, sagrados, estén significados en la población de ciento veinte millones (diez docenas de millones) de estrellas que los mismos cálculos asignan al universo.

215 Del propio modo que no se niega la continuidad de la vida, porque los organismos individuales acaben.

elementos permutables y provenientes de una sola causa: la energía absoluta. Salvo esta última parte, la ciencia va aceptando la identidad sustancial de fuerza y materia e inclinándose más a nuestra definición: materia es todo lo objetivo, sea o no ponderable. La electricidad y el rádium le imponen esta conclusión.

Los estados de la materia y de la conciencia, así como la generación de unos elementos por otros, puesto que la vida, como hemos dicho, es un perpetuo cambiar de estado, explican mejor la evolución total del universo que la hipótesis cosmogónica de la ciencia, sin subordinarla exclusivamente a la materia ni al azar, que es lo arbitrario, antes conciliando el doble aspecto sustancial de los fenómenos y dando a su producción inicial un carácter determinista; todo lo cual es, por cierto, mucho más filosófico y aceptable.

Expresaremos, para concluir este capítulo, algo que acentúa aun el carácter científico de la teoría.

Apenas la luz primordial se individualiza, comienza ya en el espacio la lucha por la vida (la absorción de unas ruedas por otras) que acarrea de consiguiente la supervivencia de los más aptos, principio progresivo de toda evolución; lo que está lejos de suceder en la demasiado perfecta maquinaria de la nebulosa de Laplace. Las leyes de la vida, ya lo hemos dicho, son las mismas para el insecto que para la nebulosa.

El lector está ya lo bastante informado para elegir entre esa hipótesis o la nuestra; entre el proceso puramente material, o el cambio de estado de la absoluta energía, que al volverse materia engendra simultáneamente al tiempo y al espacio, o mejor dicho, la extensión por el movimiento; la magnitud, la forma, el átomo, es decir, los fundamentos del universo bajo sus múltiples aspectos de ideación, de conciencia, de número y de objetividad.

Veamos ahora cómo prosiguió la evolución de ese universo.

SEXTA LECCIÓN

LA VIDA DE LA MATERIA

AL ADQUIRIR la tercera dimensión, las lentejas se hacen perceptibles bajo la forma de copos de luz blanca, pues mientras fueron simples cambios de estado de la energía tuvieron una existencia tan invisible como la de las "luces" ***α, β, γ,*** que la ciencia conoce ahora. Entonces es cuando empieza a haber propiamente materia y fuerza y a desarrollarse fenómenos más familiares para nosotros.

El primero de ellos (y en relación con la materia ponderable, el primordial) es el calor, o sea, la electricidad bajo este aspecto, resultante de la fricción de los átomos[216].

Átomos dotados de una velocidad casi infinita producen al chocar entre sí una incandescencia enorme, cuyo primer efecto es consumir a muchos, o mejor dicho, refundirlos en otros, condensando así la materia al revés de lo que el calor hace ahora. Los átomos sobrevivientes de esa verdadera lucha por la existencia representan, pues, sumas colosales de energía en equilibrio, explicándose así la procedencia de esta energía que tiene perpleja a la ciencia. La armonía vibratoria formada por proporciones numéricas, que resulta de este acomodo tanto como de la estructura poliédrica de los átomos, es el prototipo de las vibraciones armónicas que llamamos música, y que explica a la vez la "música de las esferas" de Pitágoras y el poder constructor de la lira de Amphion; pues siendo el sonido fuerza primordial, es naturalmente fuerza creadora[217].

El calor se manifiesta al mismo tiempo que la luz roja, la luz más caliente como es sabido; del propio modo que la electricidad fría de los anteriores estados había coincidido con los rayos ultravioletas excitadores de la fosforescencia y de la fluorescencia, manifestaciones a su vez de la radiactividad de la materia.

De aquí que el calor y la luz carezcan (en sentido material) de magnitud y de tiempo, respectivamente. Basta con reflexionar que la más pequeña llama puede encender los fuegos de toda la tierra sin disminuir absolutamente; y que el rayo de luz, según queda enunciado más arriba, no se pierde por razones de distancia, viajando incesantemente. No era necesario el rádium, como se ve, para hacer perceptible la infinitud de la energía, pues bastaba observar la más mísera candela como fuente de luz y de calor; pero la ciencia requiere también sus maravillas. Por lo demás, sostenemos que el olor es también una forma de radiactividad, como lo prueba el ejemplo bien conocido de la partícula de almizcle que perfuma durante un siglo sin variar de peso. Ya veremos todo el alcance de estas consideraciones[218].

La materia, pues, existía ya, cada vez con mayor tendencia hacia la inercia; y para valernos de una analogía gráfica, que encierra una verdad, por otra parte, diremos que la tensión eléctrica se había transformado en gravedad, identificándose con el volumen. La materia es, si se tiene esto en cuenta, electricidad neutra cuya tensión se ha transformado en gravedad[219].

Pero ¿qué era esta materia? Esta materia era el hidrógeno, cuya raya figura *única* en el espectro de las nebulosas propiamente dicho. El hidrógeno es la electricidad bajo forma de

---

216 En la materia no atómica, es claro que no puede haber calor.

217 Sábese que el sonido aumenta la producción de rayos.

218 La emanación continua del rádium, tanto como la propagación de la luz, el desprendimiento odorífero, etc., resultan ser movimiento perpetuo. La locura del pasado es la razón del presente.

219 No damos a la palabra *gravedad* su acepción corriente. Para nosotros, gravedad es atracción magnética, por más extraño que esto pueda parecer. Por lo demás, la atracción en razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias no se efectúa conforme a esta ley, según es sabido, en las masas muy pequeñas; y en las grandes existe un hecho por demás curioso: los cometas desarrollan su cola (materia más tenue que el núcleo) en oposición al sol, por el cual son atraídos en razón directa de las masas, etc. Se ve, entonces, que la gravedad ofrece contradicciones harto serias.

gas, y de aquí sus cualidades características. Todos los gases son formas alotrópicas del hidrógeno, provienen de su átomo; pero este átomo, que es el hexaedro primordial antes mencionado, desarrolla al girar un torbellino formado por espirales concéntricas, según resulta de su forma en rotación, y este torbellino constituye, como quien dice, su cuerpo. Así, cuando la ciencia vea los átomos no ha de ser bajo la forma de menudas chispas[220], sino de torbellinos espiraloides enteramente análogos a los sistemas solares.

Los tres estados que la energía debió asumir al convertirse en materia son inapreciables para nosotros mientras no llegan al perfecto equilibrio y se manifiestan bajo forma de hidrógeno. He aquí por qué en los ocho grupos del sistema de los elementos los compuestos hidrogenados primordiales no tienen clasificación sino a contar desde el cuarto (MH4); los tres restantes son materia radiactiva pura.

Esas masas de gas incandescente sufren diversos percances; explosiones que las destruyen, absorciones, divisiones en regueros espirales que se convierten en cometas y desplazamientos que las arrojan al espacio con movimiento parabólico, bajo forma de cometas igualmente[221]. Este desplazamiento eterno de las masas estelares va dejando el sitio necesario para nuevas formaciones, y así es como vive el infinito, convirtiéndose perpetuamente; todo ello sin contar los cataclismos que semejantes movimientos suponen y que explican la forma atormentada de las nebulosas.

La lucha por la vida es activísima entre esos errantes del espacio. Unos son devorados por los que ya se convirtieron en soles; otros se conjugan y forman seres mixtos; otros se organizan en sistemas; pero al cabo de cierto tiempo ninguno es simple ya, sino una suma de otros, exactamente como el animal que incorpora a su organismo los de diversos seres; y su vida se vuelve singularmente compleja. Menester es que aquí dejemos al astro hipotético, para seguir la evolución de la vida en nuestro planeta.

Antes de pasar a otro capítulo, conviene tener presente, sin embargo, que las leyes primordiales de la vida son comunes a todos los astros y a todos aplicables por analogía; así como que dichos astros nunca pierden su relación sustancial, continuando ésta bajo comunicaciones luminosas, magnéticas, etc. El átomo originario sigue siendo el prototipo de cada ser, tanto en el insecto como en la estrella.

220 Como en el último aparato de Crookes, que pone al rádium en presencia del sulfuro de cinc fosforescente a la distancia de medio milímetro.

221 La astronomía supone que algunos cometas son masas desprendidas de las nebulosas.

SÉPTIMA LECCIÓN

LOS ELEMENTOS TERRESTRES

A CADA UNO de los cambios de estado del movimiento que engendra el espacio de tres dimensiones corresponde, como hemos visto, una clase de electricidad, una clase de forma, una clase de luz. En la tierra corresponde también a cada uno un elemento.

En el gas predomina la fuerza expansiva del rayo primordial; en el líquido, la expansión horizontal del segundo estado; en el sólido, el equilibrio del tercero, que es la tensión eléctrica convertida en gravedad: la electricidad neutra.

Prototipo de todos los líquidos, el agua es una permutación del hidrógeno, cuyo nombre significa, como es sabido, generador del agua. El agua viene a ser, así, electricidad líquida, como el hidrógeno es electricidad gaseosa[222]. A esto se debe que las leyes de distribución de la electricidad y de los líquidos sean las mismas; aunque éstos se hallen sometidos a la gravedad y aquélla no; pero tensión y gravedad son una misma cosa, como hemos visto. Lo líquido es, pues, dado nuestro punto de vista, más vivo, es decir, más próximo al estado de energía pura o éter, y por esto el agua es la fuente de la vida orgánica. Los alquimistas decían que el mercurio es el más vivo de los metales (en francés, *vif argent*) y debe notarse que los vehículos esenciales de la vida orgánica -sangre, savia, leche- son líquidos.

Tanto en el estado gaseoso como en el líquido, la forma poliédrica de los átomos continúa siendo el prototipo, y esto se encuentra asaz bien demostrado por las fórmulas químicas, para que debamos insistir; no obstante, en el estado líquido, los poliedros son ya cristales prototípicos de los futuros sólidos en que se manifestará el máximum de inercia de la materia.

La tierra era una especie de océano esferoidal, denso y glutinoso, en el cual los átomos se agruparon baja formas cristalinas, es decir, poliédricas, según su modelo fundamental. La ciencia produce cristales semifluidos en el seno de un líquido, por medio del calor y de la electricidad, y estos cristales se portan como seres vivos, no sólo por su estructura semejante a la de las células, sino porque poseen propiedades tan notables como la de reparar sus mutilaciones. Esto bastará, según creemos, para demostrar que el estado líquido no es un estado amorfo, y que el sólido ha podido perfectamente derivar de él. De aquí la tendencia de todos los sólidos a cristalizar, es decir, a modelarse bajo el patrón originario.

Cuando un planeta[223] ha organizado toda su materia en los tres estados, o, en términos generales: cuando la materia de un planeta ha alcanzado su *máximo* de estabilidad, comienza el proceso de desintegración de esta materia. Ella ha de efectuarse en un tiempo equivalente al que empleó para formarse, conforme a la ley de periodicidad, y en estados semejantes, bien que inversos[224].

La función vital preponderante, que era condensar éter, es reemplazada por la de “eterizar” la materia, aunque esto no quiere decir que haya sustitución completa de un proceso

---

222 Esta "agua" y este "hidrógeno" no son, naturalmente, los que conocemos; basta reflexionar que si todos los gases son formas alotrópicas, el hidrógeno primordial era todos estos gases, es decir, una cosa bien distinta de hoy, cuando ellos se encuentran ya diferenciados. Del propio modo, el líquido primordial, cuya forma actual es el agua, era un conjunto ahora diferenciado, una especie de fluido coloidal, como se verá luego. El hidrógeno y el agua primordiales eran estados generales de materia: *lo gaseoso y lo líquido*.

223 Como el nuestro.

224 Siendo el hidrógeno y el agua, el gas y el líquido prototípicos, ¿cuál era el sólido de esta cualidad? Probablemente, el rádium, o una composición parecida, que al solidificarse del todo debe de perder muchas de sus cualidades radiantes (tensión eléctrica) para adquirir peso (gravedad). El rádium posee la propiedad de descomponer el agua en hidrógeno y oxígeno, y esto es un fuerte indicio.

por otro. El equilibrio entre ambos persiste por mucho tiempo, exactamente como ahora lo vemos en nuestro mundo, sin diferencias apreciables, pero con tendencia progresiva hacia la eterización. A esto último responde la aparición de los seres orgánicos.

OCTAVA LECCIÓN

LA VIDA ORGÁNICA

EN LOS MUNDOS de una y de dos dimensiones no había sensibilidad, puesto que faltaba extensión y la vida de relación no era posible por lo tanto. Al existir aquélla, o sea, el espacio de tres dimensiones, la sensibilidad se hizo posible en la materia.

Pero ¿qué es la sensibilidad? La sensibilidad es la radiactividad de la materia, el fenómeno por el cual ésta se transforma en energía pura; y como toda materia es radiactiva, según lo prueba el descubrimiento de los rayos N, de Blondlot, toda materia posee sensibilidad.

La ciencia se encamina rápidamente a esta comprobación, que cuenta ya con una cantidad de hechos tan grande como singular. Los rayos N, la fatiga de los metales, sus propiedades eléctricas y terapéuticas, la vida de los cristales, han demostrado ya hasta la evidencia que la sensibilidad no es una propiedad exclusiva de la matera llamada orgánica.

Ahora, en cuanto a la producción de los seres vivos, las fuerzas de las moléculas libres en el seno de los líquidos; la presión osmótica, que es un fenómeno fundamental de la vida orgánica; las propiedades todavía vagas -mas no por ello menos prodigiosas- de los metales coloidales, tan semejantes a los fermentos orgánicos en sus manifestaciones[225], todo eso está indicando cómo debió de producirse grosso modo el fenómeno. La generación espontánea es, entonces, un hecho real, bien que limitado a épocas, por la coexistencia en ellas de diversas circunstancias; todo depende de las condiciones en que se halle el átomo.

Los seres vivos son máquinas poderosas de eterización, porque son los cuerpos más sensibles, y la sensibilidad es -ya lo hemos dicho- la radiactividad de la materia. El amor es el producto eléctrico del contacto de dos cuerpos heterogéneos[226]. La sangre es un potentísimo reservorio de electricidad.

Ahora bien, los organismos siguieron, al formarse, las mismas leyes que la materia. Un solo ser, primero difuso y de constitución unitaria, desarrolló de sí mismo los primeros órganos y se propagó por los conocidos procedimientos de generación -fisiparidad, ovulación, hermafroditismo- hasta alcanzar en la sexualidad su *máximum* de materialización.

Poderosas oxidaciones habían engendrado la vegetación, cuyas formas asumió previamente el reino mineral como un intento prototípico, debiéndose a dichas oxidaciones el nacimiento de la vida orgánica.

El sexo único que concebía y paría por los métodos ya descritos era naturalmente femenino. Todos los seres eran madres, llevando reasumido, y luego latente en su facultad de autoengendrar, el sexo masculino futuro.

De aquí que la materia haya sido considerada por las antiguas filosofías como la “gran madre” (*mater-ia*) personificada en el agua, pues el agua es, a contar desde el punto en que la energía pura se manifiesta como materia, una permutación de la electricidad, o sea, su cuarto estado.

Procuraremos hacer tangibles estas permutaciones de la energía absoluta en un esquema que será un resumen a la vez de todo lo estudiado.

---

225 Las diastasas, las toxinas, presentan también analogías sorprendentes con los metales en estado coloidal. Estos obran sobre ciertos cuerpos (formiatos, alcoholes) como las bacterias específicas de ciertas transformaciones, y son neutralizadas por los mismos cuerpos. El átomo, resumen de las fuerzas primordiales, lleva en sí resumida la potencia de todos los fenómenos, y le basta cambiar de estado para producirlos a todos.

226 Basta este contacto, como es sabido, para producir electricidad; y es claro que aquí nos referimos solamente al amor físico en su más simple expresión.

Lo que concibe y produce por sí mismo llevará el signo (-), el signo de la pasividad o femenino; y el elemento engendrador, el signo (+), el signo de la actividad o masculino.

El ser absoluto, la absoluta energía, en que todo se reasume al concluir el universo su ciclo de manifestación material, será los dos elementos a la vez en un absoluto equilibrio equivalente a cero (+ -); más como de eso sale el rayo primordial, puede ser considerado como elemento femenino: autoengendra.

Previa esta explicación, véase el esquema:

Estas propiedades lo son *por excelencia* de los diversos estados de materia, pero no excluyen las otras; forman sus características, pero no son exclusivas.

Se ve, entonces, que el elemento femenino es el primordial, y que la situación del estado líquido (agua) en el cuadro de las manifestaciones materiales justifica su símbolo[227].

La biología moderna considera primitivo también al sexo femenino, y cree que desarrolló su contrario antecediéndolo con la fase hermafrodita. No tenemos, pues, por qué esforzarnos en buscar mayores razones.

Conviene hacer notar ahora que esas formas de vida eran fluídicas, verdaderos moldes de las actuales por causa del enorme calor del globo y de la todavía escasa diferenciación de sus elementos; y si el rádium u otra cosa análoga era el sólido prototípico, dichas formas debían de ser luminosas, o, en otros términos, manifestar más intensamente la radiación que hoy perciben apenas las sensitivas (el *od* de Reichenbach, la exteriorización de la sensibilidad del coronel de Rochas) y que la placa fotográfica revela como rayos N.

La fluidez de esos seres, tanto como su relación de magnitud con la tierra que, al ser casi gaseosa, era de mucho mayor volumen, debía darles una estructura gigantesca y a la vez sencillísima, para que resistieran mejor los vastos conflictos de fuerzas a que se veían sometidos.

El hombre, o mejor dicho, el ser inteligente que devendría hombre con el tiempo, bogaba en el fluido glutinoso del mar universal como una célula gigantesca, sin órganos, sin conciencia, sin mente, reproduciéndose como los zoófitos y desvaneciéndose como ellos, sin morir realmente, en los seres que de su masa engendraba.

227 Haremos notar, sin embargo, que el símbolo físico del agua en todas las filosofías antiguas es la cruz; pero ello viene de que, cuando se parte del espacio de tres dimensiones, o sea, de la materia tal como podemos percibirla, el agua ocupa el cuarto lugar; siendo la cruz el símbolo cuaternario. Las dos líneas horizontal y vertical que la componen simbolizan también el equilibrio material que es la forma líquida, y ésta era otra razón.

NOVENA LECCIÓN

LA INTELIGENCIA EN EL UNIVERSO

LO QUE acabamos de expresar es de tal modo extraño a las ideas corrientes, que requiere una explicación de los fenómenos estudiados bajo un aspecto no percibido hasta aquí: el aspecto intelectual del universo, o mejor dicho, el universo como manifestación inteligente.

Si el pensamiento es un producto de las combinaciones físico-químicas del organismo humano, dondequiera que haya análogas combinaciones existirán efectos análogos. A iguales causas, idénticos efectos.

Ahora, cuando se piensa que la vida obedece a leyes muy simples en su comienzo, y que no hay realmente diferencia entre la materia orgánica y la inorgánica, siéndoles común la sensibilidad, parece que no es ya tan absurdo buscar pensamiento en toda manifestación de la vida. Atribuirlo solamente al hombre es caer ya en el antropocentrismo del ser singular creado ex profeso por los dioses de las religiones positivas; decir que es una actividad peculiar a su organismo es negar la perfecta analogía e identidad sustancial de éste con los del resto del mundo animal, sin excluir a los insectos, cuya inteligencia es tan notable; limitarlo a los seres vivos es volver a la separación de materias, que no existe en realidad.

¿Qué derecho tendría el hombre para considerarse como el único ser inteligente del universo, si apenas es superior en su pequeño mundo?

¿Superior en absoluto? De ningún modo. Superior a él es el mineral en estabilidad; el vegetal en duración como ser vivo; el animal en muchas facultades. Víctima de la bacteria microscópica durante edades, hace muy poco que ha empezado contra ella una lucha desigual, en la que hasta ahora lleva la peor parte. Durante edades ha sido la víctima de los más ínfimos del reino animal.

Esto para los materialistas. Los espiritualistas, especialmente los fieles de las religiones positivas, creen en entidades espirituales o inteligencias superiores al hombre, conforme lo manifiestan sus complicadas angelologías, y en otras inferiores a él, según sus demonologías más complicadas aun. Con esto nos bastará para ponernos de acuerdo sobre el *modus operandi* de semejantes inteligencias.

Sentadas estas advertencias, podemos ya iniciar el asunto.

El pensamiento, nadie puede negarlo, es una forma de la energía, si bien no presenta identidad con ninguna de las otras. No es luz, calor, electricidad, aroma ni sonido; pero es lo que percibe de un modo consciente esas formas de energía, puesto que las estudia o investiga sus leyes. El pensamiento es la energía absoluta de que todo procede y a la que todo regresa, lo que en sí lleva potencialmente todas las formas de energía, sin tener sus cualidades, como es natural, pues no es ninguna de ellas parcialmente considerada. El es realmente el ser absoluto cuya primera manifestación consiste en electricidad puramente dinámica, como se recordará, o sea, el movimiento absolutamente lineal e inconcebible. Sabe todo el mundo que la actividad cerebral produce fenómenos eléctricos; y los sensitivos y lúcidos de de Rochas dicen que durante dicho trabajo ven a las células cerebrales relumbrar como estrellas. Más recientemente aun, se ha observado que la actividad nerviosa aumenta la producción de rayos N.

Como energía sensible, el pensamiento es imponderable y no objetivo a la vez: no es materia absolutamente. Su indiferencia a la distancia y al tiempo, puesto que se traslada con abstracción de ambos y sin que ambos lo estorben, prueba su superioridad sobre ellos; así como demuestra, al concebirlos, que los contiene y que puede crearlos. Las consecuencias de

su lógica, anteriores al conocimiento de los hechos, puesto que los predice en ciertos casos, establece cuando menos la identidad de sus leyes con las que rigen el universo. Maxwell encontró como un resultado matemático la onda eléctrica, que Hertz hizo perceptible, sin realizar ninguna experiencia y bastante tiempo antes que Hertz. Estos hechos podrían multiplicarse.

Todas las manifestaciones de la vida son formas de pensamiento, puesto que lo son de la energía absoluta en su eterno doble trabajo de integrarse y desintegrarse; pero entonces, también, las fuerzas son seres inteligentes en proporción con su mayor vecindad a la energía de donde proceden.

Así, el primer movimiento en sentido lineal, o bien la electricidad puramente dinámica, sería la primera idea, el primer ser, que en su simple unidad lleva potencialmente todo el universo por desarrollarse, un dios verdaderamente; pero no la unidad neutra y extracósmica de las religiones, sino la síntesis de todas las energías, que hasta su tercer estado no es materia en realidad.

Oímos ya que se objeta con el panteísmo; pero los estados sucesivos no tienen lugar por disminución o desaparición del primero, según lo prueba nuestro pensamiento en acción, pues coexiste con todos ellos y nunca deja de estar convirtiéndose. Así se explica que los universos acaben y vuelvan a empezar en el punto donde acabaron, no como un nuevo proceso de repetición, sino como una continuación del que lo precediera.

No siendo esa energía una magnitud, no puede disminuir, lo que explica su permanencia; y así está eternamente convirtiéndose y siendo la misma.

Las ruedas de luz en que luego se divide forman la primera hueste de seres, multiplicados en los polígonos inscritos en ellas, y sucesivamente en los poliedros del primer estado atómico; pero corno estos seres no son materia de la nuestra, digamos así, es forzoso considerarlos entidades incorpóreas, o sea, espíritus[228].

Unitarios en un principio, como que no son sino formas, se convierten en hermafroditas al volverse átomos, no por razones de sexo, naturalmente, sino por reunir en el perfecto equilibrio que constituye su existencia la materia y la fuerza bajo el estado potencial. El átomo es, así, un espíritu puro, y su conversión al estado de materia y de fuerza ya definido, su caída.

Entretanto, los seres que fueron las primeras ruedas, y que como estados de energía no han dejado de existir, van dirigiendo su propio fraccionamiento evolucionario, por actos de conciencia y de voluntad; pues se recordará que, no siendo nada material, resultan forzosamente espíritus: pensamiento en acción.

¿Quién duda, por otra parte, que cada pensamiento es una individualidad? Cuando leemos un pensamiento, no necesitamos recordar a su autor, ni se ve que aquél tenga ninguna identidad con éste, pues de ninguna manera es necesario conocer al autor de un pensamiento, ni saber nada sobre él, para entenderlo. Una vez creado, el pensamiento es una individualidad con vida propia; y si esto sucede en la humanidad, cualquiera advierte la importancia que revestirá cuando se trate de seres cósmicos.

La fuerza, cualquiera que ella sea, nunca posee esta individualidad; y he aquí otra demostración de que son cosas distintas, así sea toda fuerza una manifestación de pensamiento, como son cosas distintas el rastro y la planta que lo imprimió.

Aquellas primeras energías cósmicas debían de poseer una potencia prodigiosa, dadas su libertad y la asimilación de energías que constituía su ser; pero esto no querrá significar nunca la omnipotencia ni la omnisciencia, sino relativamente al intelecto humano. Los fracasos de mundos estallados en asteroides o consumidos en las hogueras solares, tanto como la desaparición de especies animales que convivieron con otras aún existentes, revelan errores de criterio y de procedimiento en esas inteligencias primordiales[229].

---

228 He aquí por qué llamamos *ideación* al ternario superior de nuestro esquema.

229 Conviene no olvidar que si el pensamiento es la energía primordial, todas las fuerzas (energía manifestada) son pensamiento, es decir, seres inteligentes.

Ahora, lo que es existencia corpórea, no la tuvieron sino cuando hubo materia voluminosa y extensión, correspondiendo entonces al calor su puesto de primer numen[230]; pero el catálogo de las existencias cósmicas no tendría interés para el lector sino como una nomenclatura estéril de personajes fantásticos.

Lo que sí interesa saber es que todas estas manifestaciones son atómicas y susceptibles de transformarse en otras, es decir, de crear, si ha de darse a este verbo su único sentido aceptable[231]. Son atómicas como el hombre es celular, sin que su unidad de ser individual se resienta; y si están sujetas a la evolución que hemos descrito como una serie de consecuencias, este determinismo es el resultado de las causas desconocidas que actuaron sobre ellas en el universo anterior; pero *ellas sabían lo que les pasaba*, y ayudaban a la evolución dirigiéndola en los seres emanados de ellas, si bien no sin conflictos, es decir, sin errores, como lo prueban los cataclismos cósmicos[232]. Si hubiera un Creador omnisciente y omnipotente, el universo sería una maquinaria perfecta, sin ningún tropiezo posible.

Por lo demás, las fuerzas están demostrándonos a cada momento su inteligencia. Todos los fenómenos naturales nos revelan operaciones complicadísimas, ejecutadas con una precisión, con una economía tal de esfuerzo, con una adaptación tan perfecta a su objeto, que revelan direcciones muy superiores a nuestra razón. Compárese el trabajo que ésta ha debido ejecutar para repetir el más insignificante de esos fenómenos, y se tendrá la relación entre ella y las fuerzas directoras de éstos.

La ley del menor esfuerzo, la tendencia a la regularidad de las formas, que la ciencia llama “inclinación natural” de la materia, ¿qué son sino deliberaciones inteligentes? ¿No implican, acaso, comparación entre dos términos? Todavía si el universo fuera de una estabilidad perfecta, se explicaría esa precisión como un equilibrio resultante de largas oscilaciones; pero cuando todo cambia incesantemente, las fuerzas ciegas son inexplicables.

Al no asignar inteligencia sino al hombre, la ciencia cae en el error antropocéntrico de las religiones, o está obligada a suponerla en toda manifestación físico-química, en todo fenómeno cuya dirección tenga analogía con un raciocinio, una comparación, una modalidad intelectual en una palabra; mucho más cuando esa modalidad resulte, como hemos visto, superior a las suyas. Efectos análogos suponen causas semejantes.

¿Qué será, finalmente, si parangonamos al hombre con el planeta que habita, y cuyas manifestaciones físico-químicas mucho más poderosas y complicadas que la suya (como que él es una en el planeta) supone una inteligencia mucho más vasta, así sea ella la causa (espiritualismo) o el efecto (materialismo) de esas manifestaciones?

¿O sería osado el hombre a suponerse más perfecto como ser, que el planeta -el ser enorme- en el cual aquél no es sino una célula...?[233]

Hay, sin embargo, otro aspecto muy interesante del asunto.

Si la radiactividad de la materia en forma de luz, calor, electricidad, olor, sonido, es un trabajo de regreso hacia la energía absoluta, percibir esas manifestaciones por medio de los sentidos es incorporarlas a dicha energía, es decir, al pensamiento. Esto explica a la vez la percepción y la naturaleza etérea (radiactividad absoluta) del pensamiento. De aquí que el mejor aparato para apoderarse de la energía etérea sea el hombre, que al llevarla en sí está en ella y es ella, como entidad espiritual, naturalmente.

Así, pues, toda luz, todo sonido, todo calor, todo fenómeno olfatorio o gustativo son trabajos de desintegración de la materia, y toda percepción inteligente de estos fenómenos es reintegración de materia a la energía absoluta.

Esto acarrea una consecuencia racional inesperada, y que resuelve uno de los más oscuros problemas filosóficos.

---

230 El calor, como se recordará, es una forma de la electricidad, que en estado puramente dinámico es pensamiento.

231 Si de la nada, nada sale, crear es sólo transformar.

232 El calor mata o vivifica según el poder y las circunstancias de su acción. Por otra parte, no hay evolución posible sin errores, es decir, progreso, causalidad, fenómenos. La absoluta perfección, o sea, el Dios de las religiones, implica la absoluta esterilidad.

233 El capítulo siguiente dilucidará esta cuestión.

Sábese, en efecto, que el espacio como extensión infinita e incorpórea, vale decir, el movimiento absoluto, puesto que es el movimiento lo que entendra al espacio, es a un tiempo inconcebible e imprescindible para nuestra mente. Si el pensamiento es la energía absoluta, nuestro pensamiento y el espacio son una misma cosa, o sea, éter infinito e incondicionado donde no hay magnitud ni tiempo; resultando así inconcebible como sensación, bien que imprescindible porque constituye nuestro propio ser. Los términos, al parecer antagónicos, se hallan así conciliados.

He aquí el espiritualismo y la inmortalidad del alma como soluciones racionales de una concepción cosmogónica, es decir, aceptables sin conflicto con la ciencia o con la razón. Posición intermedia, bien que sólo por razones de distancia, entre el materialismo y el supernaturalismo, la nuestra considera todos los fenómenos como naturales, pero no los deriva totalmente de la materia; y lejos de someterlos a la arbitrariedad del azar o de un dios *ex nihilo*, los considera determinados por una existencia anterior. Todas las consecuencias que se derivan del espiritualismo así concebido: solidaridad humana, inmortalidad, causalidad del destino humano, son consecuencias racionales.

DECIMA LECCIÓN

EL HOMBRE

CUANDO vuelve a la vida un universo, los seres que lo poblaron vuelven también a la acción por orden de importancia; es decir que las fuerzas superiores, las más poderosas y activas, son las primeras en reaparecer. Esto explica la formación de los mundos como entidades primordiales, y todo el proceso de conversión de la energía en materia, hasta que ésta alcanza su *máximum* de estabilidad en el estado sólido. A partir de este punto se inicia el proceso inverso, o de desintegración, y los seres van tendiendo a convertirse en focos de eterización cada vez más activa. Siendo éstos los seres vivos, según se expresó, y figurando entre ellos el hombre como el más activo de todos, alcanzar el estado humano viene a ser para los seres de la tierra la suprema perfección en este mundo. Conociendo este proceso, la Kábala había dicho muchos siglos antes que los darwinistas: "La piedra se convierte en árbol, el árbol en animal, el animal en hombre y el hombre en espíritu puro", dando a las cosas un alcance bien superior, como se ve.

Sabido esto, es claro que al aparecer en la tierra la vida animal, su primer representante ha tenido que ser el hombre; y ya hemos visto que vida animal, tanto como vegetal y mineral, hubo en la tierra desde que ésta entró en el estado líquido, bajo formas fluídicas pero no menos reales por ello.

Antes del proceso cristalino y del vegetativo, en el cual la ciencia va encontrando ya las células poliédricas primordiales, así como los rudimentos de un sistema nervioso[234], el espíritu del hombre existía ya, pero no dividido todavía en seres humanos, sino como una entidad sintética que dirigía la evolución todavía poco diferenciada de su planeta. Era un habitante de la nebulosa ígnea que constituía la tierra entonces, y engendraba por acción mental, es decir, pensaba su descendencia.

Cuando el planeta entró en el estado líquido, aparecieron en su seno los cristales blandos, los rudimentos de existencias filamentosas que constituirían la vegetación, y las primeras células animales. El ser planetario se había dividido en existencias. De éstas, las destinadas a formar el reino animal eran inteligencias, es decir, hombres, según correspondía, dado que el hombre era la fuerza superior en la animalidad y debía, por lo tanto, aparecer primero. Todas las formas animales son derivados de aquellas células, ideaciones suyas, y la escala darwiniana se encuentra, así, totalmente invertida[235]. El hombre es, pues, el progenitor del reino animal, explicando esto por qué repite las características de la serie zoológica durante su vida intrauterina: argumento el más poderoso del darwinismo para demostrar que es la síntesis inversa de toda esa serie.

Pero Darwin, urgido por imperativos teológicos, habló del hombre como del "coronamiento de la escala animal". La lógica anuló bien pronto esa capitulación con la Biblia; pues si el hombre no era más que un peldaño, no había razón para que fuese el superior y el último, sino uno de tantos. Así, pues, el mono antecesor se ha convertido en un primo, lo cual ya es algo.

Sin embargo, hay un hecho bastante significativo; y es que el esqueleto o los rastros del hombre coexisten con todas las formas de vertebrados extinguidos y en todas las épocas geológicas, sin mostrar alteraciones muy sensibles en su estructura y en su tamaño, lo cual

234 Porque el vegetal es un reino intermedio entre los otros dos y participa de la naturaleza de ambos.

235 Esto explica por qué en el Génesis, Adán "da nombre" o, lo que es igual, especifica a los animales que ya estaban creados por Dios; es igual que existían como meras potencialidades sin objetividad alguna en la mente del espíritu director del planeta.

revela cuando menos una estabilidad superior como especie; y teniendo en cuenta que semejante estabilidad no puede provenir sino de una organización superior a la de los coetáneos ya desaparecidos, así como que se requiere una antigüedad muy grande para fijar los caracteres de una especie cuanto más complejos son[236], parece que la misma ciencia va demostrando la situación anterior del hombre en el reino animal.

La división que hemos debido establecer entre el hombre como espíritu de la tierra y como ser material requiere también una explicación

En efecto, como espíritu de la tierra, o sea, en su carácter de fuerza sintética animadora, el hombre es el progenitor de todos los reinos; pero como ser material, es decir, dividido en mónadas[237] activas, se circunscribe al reino animal. Eso sí, como la ley de vida es una sola, al constituir el hombre la fuerza superior de la animalidad, aparece primero.

Teniendo en cuenta, sin embargo, que la vida de los planetas concluye dentro del ciclo de todo el universo, del propio modo que la del hombre dentro de la vida del planeta, muchas de esas mónadas quedan detenidas en su evolución hacia la espiritualidad, cuando el planeta sucumbe. ¿Qué sucede entonces?

Hemos dicho que los astros de un sistema conservan relaciones magnéticas y luminosas, pudiendo agregar ahora que dichas relaciones son influencias evidentes, pues la ciencia dice que basta la incidencia de un rayo de luz sobre un punto para provocar múltiples fenómenos.

Siendo ello así, la energía de esas mónadas pasa a otros astros que se encuentran en evolución correlativa, para seguir su ciclo en ellos; y de aquí que el pretendido absurdo de la astrología sea sostenido por talentos superiores.

Callaremos, no obstante, lo que pasa, para limitarnos a decir lo que pasó, continuando así nuestras descripciones.

Al entrar la tierra en el estado líquido, la vida orgánica de la luna había concluido su ciclo de manifestación, y las mónadas de sus seres inteligentes debieron pasar a incorporarse en las nuestras. No lo hicieron como puras energías, sino también como agregados de materia sutil que se infiltró en la masa de la gigantesca célula humana a modo de influencia magnética, comunicándole nuevas propiedades, de la manera que el imán al acero. De aquí las relaciones magnéticas que el estado líquido conserva con la luna bajo la forma de mareas.

El vehículo de que esos espíritus lunares se valieron para venir a la tierra fue el cono de sombra que ésta proyecta sobre la luna, y que durante los eclipses nos trae exhalaciones maléficas de aquel astro; pues siendo él un cadáver, no ha de exhalar vida, naturalmente. Esto explica la tradición en cuya virtud los chinos y muchas otras gentes alborotan durante los eclipses “para ahuyentar los malos espíritus”.

El cono de sombra es tan objetivo para esas formas sutiles como un chorro de agua o una columna de humo; pues siendo la luz el más poderoso agente de eterización de la materia, donde ella falta, es decir, donde hay sombra, la materia es más densa y puede servir de vehículo. Cuando se dice que la luz ahuyenta los espectros se expresa una verdad más grande de lo que parece; y cuando los “bárbaros” hacen ruido para producir un efecto igual, por estar la luna oculta, echan mano de un agente (el sonido) que según se ha visto es una fuerza primordial, pues es la que ordena los átomos en series armónicas. La luz y la música son enemigas de la muerte.

Muchos errores había cometido el hombre, espíritu puro sin conciencia, en sus engendros de la animalidad, así como en los tanteos para adoptar su propia forma; y de este modo, sobre el glutinoso mar primitivo iban formándose los monstruos (fracasos) cuya descendencia estudia nuestra paleontología.

---

236 Esta es la respuesta a los que objetan que ciertos insectos viven también con su forma adquirida, desde remotas edades geológicas, por más que ninguno alcance la antigüedad del hombre.

237 Usamos el término como una semejanza y advirtiendo que estas mónadas tienen la misma existencia incorpórea de los átomos, ya descrita en otro lugar, siendo sustancialmente idénticas a los átomos minerales o vegetales, pero en otro estado de vida, según los antecedentes del ser que las engendra.

Sobre un coágulo de temblorosa masa albúmina, aparecía de pronto un inmenso ojo azul; una pulida mano que al carecer de huesos[238] era más tierna aun, surgía de la antena de un molusco monstruoso; peces con cara humana, copos de nácar fluido en cuyo centro latían con intermitente fosforescencia glándulas pineales; serpientes engendradas por el simple movimiento de las olas coloidales, y aniquiladas de pronto en una multitud de cabecitas de pájaro; membranas de colores, esbozando en su tornasol complicaciones intestinales y vesículas natatorias...

Los espíritus de la luna trajeron al hombre su experiencia, es decir, le dieron la percepción mental que puso orden en aquella confusión; pero esto no bastaba; requeríase aún la conciencia y la memoria para que aquel espíritu tuviera responsabilidad, o sea, para que se individualizara del todo, aprendiendo a causar su propio destino.

Entonces los espíritus solares se esparcieron por el planeta.

Iban a ayudar al hermano inferior en su obra, que la simple ley evolucionaría habría llevado a término; pero que por este acto se adelantaba hacia la perfección, economizando edades[239]. Este era un deber (como lo es todo acto caritativo), un deber de los espíritus solares; pero muchos de ellos no quisieron llenarlo, por no descender de su puesto superior. Llegó un momento, sin embargo, en que la ley evolucionarla los impelió a cumplir como fatalidad lo que habían rehusado como deber[240], y entonces debieron encarnarse en las mónadas que les tocaba animar; pero éstas, mientras tanto, habían seguido cometiendo errores, que refluyeron sobre los que habrían debido impedirlos animándolas, y es así como esas mónadas se encontraron retrasadas en su evolución.

Comprendiendo, entonces, que durante la vida de este globo no pueden alcanzar la perfección de los otros, continúan entregados a la fatalidad, que es la trasgresión del deber, es decir, *haciendo mal*. El bien y el mal, las diferencias de calidad, de inteligencia, etc., en los hombres quedan así explicados en carácter de fenómenos lógicos y productos de la conciencia espiritual. Así es como, únicamente, el mal no viene a ser una forma del bien, según el conocido sofisma deísta, y como el dualismo de Dios y de Satanás no es tampoco un imperativo categórico. Hay condenados por su culpa (por no haber animado voluntariamente las mónadas), pero su condenación no es eterna, sino respecto al ciclo de evolución de este planeta. Los que han preferido obrar como fuerza ciega son las víctimas de la fatalidad[241].

Sólo falta por agregar ahora que, así como después de reingresar en la energía absoluta, el universo vuelve a ser materia, mundos y hombres hacen lo propio en ciclos equivalentes a la duración de sus vidas; y que de tal modo, la reencarnación humana resulta una ley racional y necesaria[242]. Necesaria, sobre todo, si a los actos de su corta vida no han de corresponder, contra toda razón y toda justicia, eternidades de gloria o de tormento. Una sola es la ley de la vida, lo mismo para el insecto que para la estrella[243].

---

238 No se olvide que el estado sólido no existía aún, y téngase presente que aun después de existir, el fosfato de cal, producto de los moluscos primitivos, fue de los últimos en aparecer.

239 Este es el origen del mito de Prometeo, un numen que roba fuego para los hombres. Cuando se sabe que Prometeo viene de *pro-methis*, "premeditación", el mito resulta enteramente claro.

240 Cumplir un deber indicado por la razón es adelantarse a la ley fatal, activando la vida consciente, o sea, produciendo un acto meritorio; pues siendo la razón un ser superior al hombre, si bien encarnado en él -el espíritu solar mismo-, ella es realmente la guía del hombre. Así se explica satisfactoriamente el bien y la superioridad en apariencia paradójica de la razón humana, que, estando en el hombre, es superior al hombre y da leyes a su existencia.

241 Este es el concepto del pecado, cuando se lo considera individualmente. Pecado es ignorancia, es decir, fuerza ciega, según la propia definición teológica.

242 Conviene no olvidar que la razón de estos regresos a la vida está en la ley de causalidad puesta en acción por el mismo ser que sufre sus consecuencias.

243 Repetimos que toda esta cosmogonía es sólo un esquema. La evolución de las razas humanas, así como la explicación detallada de las relaciones interplanetarias, excederían de su objeto; pero algo me dice que he de volver a encontrar un día las huellas de mi augusto revelador...

EPILOGO

Y MI EXTRAÑO interlocutor calló durante una hora, cuyo silencio no me atreví a turbar.

Sobre nuestras cabezas palpitaba de astros la inmensidad transparente y oscura. Su antigüedad formada por el transcurso de todos los tiempos era, no obstante, ligera como un aroma; su profundidad estaba serena como un sueño en paz.

En el silencio de aquella noche, ante la cordillera ahí erguida como una presencia superior, tenía realmente la elevación de una idea. Estrellas y sombras, infinito y eternidad, componían para mi mente en comunión con ellos esa armonía del silencio que presta alas al éxtasis.

Pero semejante grandeza no me anonadaba. Era grata por el contrario a mi pequeñez, y experimentaba ante ella, como ante una madre, la dulce seguridad de un niño desnudo.

Los misterios cuya exposición había oído eran poca cosa ante aquél mucho más grande de todos los astros del firmamento, concentrando sus rayos en mi pobre ojo humano, inconcebiblemente pequeño ante el universo, y subordinados por la mísera chispa de mi cerebro al imperio de una ley; pues a través del frágil cristal de mi ojo, el universo entero estaba en mí, y todos sus astros brillaban en mí como si yo hubiera sido el infinito.

Música de las esferas que el iniciado heleno concibió en su sistema: ¿qué necesidad tenía de oírte con mis orejas, si tu transporte comunicaba a mí ser la beatitud inefable? Espectáculo de la bóveda estrellada, siempre el mismo y nunca monótono para el humano en meditación: ¿qué mérito mayor podía atribuirte que el de consolar mis tristezas? Condición humana, dulcemente grata en tu pequeñez, puesto que a ella debes la dicha de adorar; vida del hombre, preciosa en su fugacidad de soplo, ya que ésta misma te acerca a la inmortalidad: nunca como aquella noche comprendí vuestro destino, uno con el infinito y siendo el infinito mismo, a la manera del rayo solar que tamizado por el más pequeño poro lleva, no obstante, a la pupila la sensación de todo el sol.

Mi interlocutor hizo un movimiento como si despertara, y alzando su mano señaló el cielo del sur.

Las nubes magallánicas rozaban el horizonte con sus lejanos tules, evocando recuerdos de navegación y de noches antiguas.

-Eso -dijo el sabio-, aquellas manchas negras, sombra de la sombra, que la astronomía llama sacos de carbón, son sitios de futuros universos, abismos de pensamiento eterno donde reposa la eterna vida.

¿Qué fueron, qué son, qué serán? Un silencio más hondo que la muerte, el silencio mismo del no ser, guarda ese secreto. Los rayos de todos los astros son impotentes para penetrar esa sombra cuya existencia es tan real como la de la luz, puesto que se destaca sobre la otra sombra que es disminución de luz, siendo tinieblas existentes por sí mismas.

¿Cómo explica la ciencia la impenetrabilidad de esas sombras al rayo estelar? No lo explica. ¿Qué conjetura sobre su naturaleza? Nada conjetura. Ante esos abismos donde piensa la eternidad y no existe el tiempo; donde el sol más flamígero se apagaría como un candil en una cueva; donde el silencio mismo no existe, donde la extensión misma no es concebible -el pavor de lo absoluto paraliza aun al rayo de luz que la inmensidad no detiene.

Pero un día, cuando nuestro universo esté quizá disuelto en una nubecilla atómica, el seno de esas tinieblas se estremecerá al impulso del rayo inicial, y los abismos estelares volverán a transformarse en soles. Quizá nosotros mismos seamos los animadores de esa vida, y así como ahora pensamos ideas, pensemos entonces espíritus vivientes. Pero nuestras ideas son también espíritus, espíritus que aspiran a realizar, como los astros en el cielo y las flores sobre la tierra, no la sombría *struggle for life* de la ciencia, sino la divina *struggle for light* de los seres superiores...

Su estatura parecía haber crecido hasta sobrepasar la vecina montaña; no era ya más que una larga niebla confundiéndose con la vía láctea en el fondo del horizonte. Y fuese ilusión de mi mente sobreexcitada, o maravillosa realidad, es lo cierto que, sin darme cuenta del prodigio, estaba viendo, desde hacía un rato, emblanquecer su rostro entre las estrellas.